



Los Reyes en Cataluña

El viaje de SS. MM. á Cataluña ha sido, como todos los que realizan nuestros Soberanos, triunfal. Para ello hay un motivo máximo: la compenetración absoluta de los Monarcas con el pueblo. La simboliza esta fotografía en que el Rey, al salir de la Quinta de Salud «La Alianza», estrecha complacido la mano de una entusiasta mujer del pueblo que se acercó á saludarle. Antes, en la Quinta, Don Alfonso había felicitado al escultor Durán por un bello busto de Dato colocado allí. (Fot. Gaspar)

DE LA VIDA QUE PASA

G A B R I E L M I R Ó



GABRIEL MIRO

Ilustre poeta, que ha fallecido el día 27 de Mayo

Es lamentable que se haya esperado la hora del morir para enaltecer la figura de Gabriel Miró. Se le elogia ahora precisamente por lo que dejara de elogiarse antes: porque vivía retirada y retraídamente; porque no formaba parte de corrillos y tertulias, ni se amparó en el servicio ni halago de ninguna empresa periodística, mirando con algún desdén las colaboraciones que se le ofrecieron ó solicitaron. El autor del cuento *Nómada*, premiado en 1907 por una publicación que dirigía Eduardo Zamacois, para quien no era un desconocido, sino, antes al contrario, un compañero en las galeras editoriales de Barcelona, tenía su tienda propia, plantada en el desierto espiritual de España. Indiferente al tráfigo de la vida, ajeno su espíritu á las conturbaciones de España, se recreaba en su labor literaria meditada, pulida, acabada, fruto sazonado de una plena personalidad y de un original temperamento. Se había modelado su cultura y pulido su talento en un colegio de jesuitas, é impregnado todo su ser espiritual de aquel misticismo dulce, melancólico, desesperanzado, que encontramos en Renán y en otros muchos discípulos de las escuelas Solipsas. La meditación espiritual, el gusto de mirarse y contemplarse hacia adentro, encontrando en sí mismo la fuente de toda emoción, era también un dejo y un resabio jesuitas que le quedaban á Miró. Y, finalmente, aquel amor del idioma, aquel gustamiento de la belleza interna de cada palabra, también delataba la tradición de las enseñanzas ignacianas, con las muchas horas dedicadas al griego, al latín y á la composición literaria, tan descuidada en nuestras escuelas laicas.

Cuando Gabriel Miró corría el riesgo de tener que rendirse á las exigencias de los editores ó entregarse al periodismo ó á la colaboración asidua y forzada en las revistas, le llegó providencialmente la mano amparadora de don Antonio Maura, que le encomendó una función burocrática en el ministerio de Instrucción Pública. Modesto y humilde, de sencillas costumbres y mínimas ambiciones, bastóle aquel gaje para asegurar su independencia de escritor. Pocos como él han podido realizar su labor literaria con tanta libertad, tan á su gusto, tan á la medida de su temperamento, sin estímulo de forzamiento alguno y sin ninguna claudicación.

La predilección que mostró en sus comienzos por temas religiosos hizo esperar á algunos sectarios que Miró sería un glorioso partidista incapaz de separarse del bando amparador; pero a libertad alcanzada por Miró no era sólo eco-

nómica, sino espiritual. Su misticismo puro, efusivo, sincero, humano, cordial, apasionado, volaba sin trabas y cuidados hacia el cielo, sin preocuparse de que también en estos caminos hay aduanas para el pensamiento, lindes que separan la ortodoxia de la heterodoxia. Y bien pronto su humanismo confiado y cálido se entregó á interpretaciones que parecieron heréticas. Los profesionales del credencialismo rasgaron sus vestiduras y hasta reclamaron contra la protección otorgada por don Antonio Maura, creyendo que aquel mecenismo, como el otorgado á Ricardo León, tenía forma de contrata.

A este enojo se ha atribuido la indiferencia en que parecía tenerse á tan excelso escritor, y hasta la hostilidad con que le negara la Academia de la Lengua la concesión de un premio, y hasta que le cerrara la puerta cuando quiso llevarle á un sillón vacante la mano amiga y paisana de *Azorín*. El gesto de este gran escritor, retirándose de la Academia cuando vió repudiado su candidato, es digno del de Maura cuando le amparara y cuando mantuviera su estimación, á pesar de las inculpaciones de heretismo. Sin embargo, por el mismo recato en que Miró vivía, no necesitando acudir á la Prensa diariamente con sus colaboraciones, este pleito trascendía poco ó nada al público. Es más: yo no creo que fuese este pleito doctrinal quien alejara á Miró de la Academia de la Lengua. Sería grave afrenta para los académicos pertenecientes profesionalmente á escuelas liberales. Ni es pleito que pueda quedar callado y liquidado con la muerte de Gabriel Miró. La Academia de la Lengua no es una tertulia de amigos, sino una corporación nacional, un instituto de este Estado, donde aún no ha perecido del todo la Constitución, que ga-

rantiza iguales derechos á todos los ciudadanos, cualquiera sea su profesión de fe religiosa. El mejor homenaje que podríamos rendir al gran estilista, al gran hablante, al gran amador y feliz cultivador del idioma, sería hacer de su nombre guión y banderín de una campaña para esclarecer si hubo este veto doctrinario en los consejos de la Academia.

Se ha olvidado, en las biografías de Miró publicadas estos pasados días, que obtuvo en 1924 el premio *Mariano de Cavia*, que anualmente otorga *A B C*. Fué entonces la ocasión propicia para que cuantos disponemos un poco de tribunas periodísticas, y aun las monopolizamos, hubiéramos rodeado el nombre de Miró del aura popular que le faltaba. La ocasión propicia fué desaprovechada. Acaso fuera bueno indagar también, como en el caso de la Academia, por qué nues-

tras Empresas periodísticas prestan tan poca atención, ya que no digamos afecto cordial, alegría compañera, á estos sucesos literarios. En Francia, por ejemplo, donde pasa de un centenar el número de premios literarios instituidos, muchos de menor cuantía que el de *A B C*, cada fallo de los Jurados da motivo á exaltaciones de los escritores premiados, que repercuten en toda la Prensa... Aquí, el silencio de los camaradas es la recompensa mejor de las labores meritorias...

Ya en estas exequias con que despedimos para el más allá de la vida á Gabriel Miró se ha insinuado y repetido insistentemente que este escritor cuidaba excesivamente, miniaturísticamente, el primor de su estilo, careciendo con esto de espontaneidad, de frescura, de claridad y alegría. Ciertamente no era un *ja presto*, acaso porque no necesitó nunca remar en galeras periodísticas, y, acaso también, porque profesaba muy sensiblemente la dignidad de la labor que estaba realizando, y que le alejaba de la búsqueda de muchedumbre de lectores. Por esto mismo parece poco cristiana la premura con que se quiere sugerir á los lectores superficiales la advertencia de la fatiga que encontrarán leyendo á Gabriel Miró. Sería más justo divulgar entre las gentes la idea de que en sus escritos este clásico tiene abierta aula del bien hablar, donde todos debemos acudir á aprender, para mayor gloria de Castilla, madre del idioma, que la Academia, toda confusión, ha dado en llamar español. Que, por escasa que sea la actual popularidad de Miró, y por mucho que quieran oscurecer su nombre los aduaneros de la fe, sus páginas vivirán íntegras y glorificadas cuantos siglos perdure entre los hombres el uso del habla castellana.

DIONISIO PEREZ

«NUESTRO PADRE SAN DANIEL»

DICE el señor Espuch y Loriga que no hay, en todo el término de Oleza, casaherredad de tan claro renombre como el «Olivar de Nuestro Padre», de la familia Egea y Pérez Motos.

He visto un óleo del señor Espuch y Loriga: en su boca mineralizada, en sus ojos adheridos como unos quevedos al afilado hueso de la nariz, en su frente ascética, en toda su faz de lace-rado pergamino, se lee la difícil y abnegada virtud de las comprobaciones históricas. Todos sus rasgos nos advierten que una enmienda, una duda de su texto equivaldría á una desgracia para la misma verdad objetiva.

En Oleza corre como adagio: «saber más que Loriga». Loriga ya no es la memoria de un varón honorable, sino la cantidad máxima de sapiencia que mide la de todos los entendimientos.

Pues el señor Espuch y Loriga escribe que antes de Oleza—brasero y archivo del carlismo de la comarca, ciudad insigne por sus cáñamos, por sus naranjos y olivares, por la cría de los capullos de la seda y la industria terciopelista, por el número de los monasterios y la excelencia de sus confituras, principalmente el *manjar blanco* y los *pasteles de gloria* de las clarisas de San Gregorio—, antes de Oleza «ya estaba» el *Olivar de Nuestro Padre*. O como si escribiese con la encendida pluma del águila evangélica: En el principio era el Olivar.

De la abundancia de sus árboles y de sus generosas oleadas procede el nombre de Oleza, que desde 1565, en el pontificado de Pío IV, ilustra ya nuestro episcopologio.

De 1580 á 1600—según pesquisas del mismo señor Espuch—un escultor desconocido labra en una olivera de los Egea la imagen de San Daniel, que por antonomasia se le dice el «Profeta del Olivo». El tocón del árbol cortado retoña prodigiosamente en laurel. Una estela refiere con texto latino el milagro. Fué el primero.

El segundo—afirma el infatigable señor Espuch—lo hizo la imagen en su escultor, dejándole manco, «para que no esculpiese otra maravilla».

En un cartulario de los Archivos Capitulares de la Catedral se habla de un imaginero que vino de «lueñes países, y se le secó la su mano derecha, y acabó misero». Nombre y patria permanecen ocultos. Nadie, ni el señor Espuch, ha podido averiguarlos. En la obra, algunos eruditos descubren un limpio acento italiano. Pero Espuch lo niega adustamente. A su parecer, «es una purísima talla española que junta la técnica de la escuela de Castilla y la pavorosa inspiración de los artistas andaluces».

El rostro demacrado y trágico de la escultura no parece avenirse con el espíritu de las profecías mesiánicas ni con la gloria del que se adueñó de los príncipes. Pero es la imagen de San Daniel. Su autor la dota de atributos de legitimidad. Le pone en un costado una foja graciosamente doblada, que dice: «Yo, Daniel, yo vi la visión...», y á los pies tiene la olla del potaje y la cestilla de pan que le llevó Habacúc colgado de un caballo.

Tantas mercedes otorgó, que su título geográfico de «Profeta del Olivo» trocóse por el dulce dictado de «Nuestro Padre». Pero todavía su templo es de una pobreza rural; y la riada de 1645 descuaja sus fundaciones y lo derrumba. Entre los escombros que arrastra la corriente se hincha y se abre un ropón, se tiende una cabellera. Con garfios de armadía lógrase traer al naufrago. Es Nuestro Padre. Quédale para siempre una morada color, una mueca amarga de asfixia y el apodo de «el ahogao».

El misionero que predicaba la cuaresma gritó, mirando al río y tendiendo una mano hacia la ciudad: «Este lobo devorará á esta oveja!» Para que no se cumpla el presagio, se acogen los ole-censes al patrocinio de San Daniel. Levantan la iglesia caída; acumulan la limosna; todas las generaciones ponen su hombro y su corazón en la fábrica, que se renueva y crece, participando de diversos estilos, hasta rematar en una por-

Damos en esta plana un fragmento de la admirable novela Nuestro Padre San Daniel, muestra del estilo limpio y correcto y del arte sutil del gran literato que la literatura española ha perdido tan prematuramente.



Gabriel Miró, con «Azorín», en un jardín de Monóvar el año 1925

tada de curvas, de pechinas, de racimos del barroco jovial de Levante.

Los muros de la capilla del Profeta se sumergen bajo un oleaje de presentallas. Cuelgan arrobas de cera de una ortopedia y anatomía de gratitud: senos, ojos, brazos, pies, dedos, cráneos. Hay también un bosque de tablillas con la ingenua pintura de la gracia y de despojos de prodigios; cayados, bieldos, manceras, insignias y varas de mando; manojos de hábitos y sudarios, trenzas cortadas desde la raíz, zapatos, vendajes, muletas y cabestrillos; todo de un olor cerrado y viejo.

El templo y sus ministros constituyen el solar y casta del sacerdocio elegido. Las otras iglesias resultan casas segundonas de oración. Quieren algunos prelados favorecerlas; pero su clerecía trae vida obscura y hábito pobre.

LA VISITACION

Un día se divulga por Oleza que el laurel milagroso no ha nacido precisamente de la soca del olivo de Nuestro Padre, sino al lado. No se menoscaba su gloria. Ni siquiera se comprueban las murmuraciones. Es preferible admitir el milagro que escarbar en sus fundamentos vegetales.

Otro día—el de la Natividad de la Virgen—, un maquillero, sordo, sale de su aceña gritando porque oye tocar campanas. Le preguntan rodeándole las gentes; pero él no percibe la voz de los hombres, sino las campanas, y unas campanas cristalinas, muy hondas. Camina delante de todos, parándose para escuchar, volviéndose y doblándose para tentar la tierra. Llegados á una viña, que sube la barranca del Molinar, se transfigura el sordo, se postra y junta la quijada con los cachos; los besa; pide un azadón; todos se precipitan y cavan hasta con las uñas, y aparece una imagen de Nuestra Señora. Es una Virgen menudita, de ojos de almendra. Tiene al Niño

en su regazo de adolescente; un niño gordezuelo, desnudo, que ciñe corona y sube una mano, como pidiendo una estreila.

Quieren traer la aparecida al oratorio del palacio prelaticio, y no pueden, porque según la apartan del viñedo pesa irresistiblemente. Manda el obispo que la devuelvan al bancal del hallazgo, y entonces la Virgen es de una dulce levedad de tórtola. Intentan más veces lo mismo, y siempre se repite la maravilla del peso, y ahora ya todos oyen las recónditas campanas. Verdaderamente Nuestra Señora ha sido modelada por los Angeles, y es el Cielo quien escoge su mansión. Se le erige un santuario, de hastial nítido, con dos rejas frondosas guardadas por cipreses. Se averigua que en la tierra del contorno reside una divina gracia de maternidad. Acuden alfareros al amparo de la ermita. Beber en pichelos y cántaras de Nuestra Señora hace fecundas á las estériles. Virtud más grande que la de los panes amasados con yeso de la santa cueva de la leche de Bethleem, que llena los pechos exprimidos de las nodrizas.

Una casada muy hermosa no concebía, aunque implorase con lágrimas y bebiese y se lustrase en escudillas y vasos de la cerámica ermitaña. Desesperadamente, ofreció á la Virgen todas sus joyas nupciales. Pero después, contemplando el arconcillo de sus galas, las luces de sus pulseras, de sus sortijas, de sus aderezos, duélese de su voto y le sobresalta no cumplirlo. Compadécese de su mocedad sin adornos. Mira á la imagen con infantil rencor. Van acometiéndola tentaciones y no puede resistirlas. Ha encontrado un arbitrio que la redime del poder de sus inquietudes. Entre las alhajas relumbran viejamente las que le regaló la suegra. Son de muy pobre ranciedad, y se acomodan mejor en el arcaísmo de la Virgen que en la lozania de los pechos y brazos de la novia. Y se las presenta, conmovida, como si sufriese mucho.

A los nueve meses, la madre del esposo parió un niño.

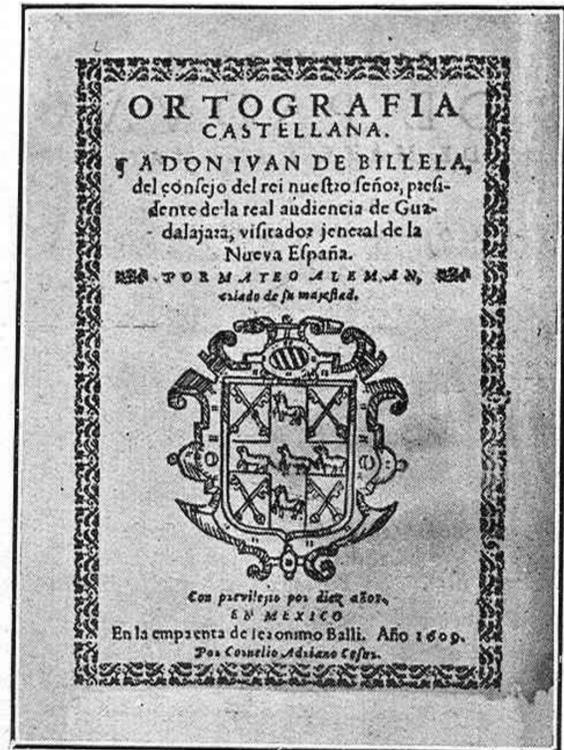
Aumentan los prodigios. Pasando por el Molinar una silla de postas, se espanta el bestiaje; se quiebran las ballestas; una astilla de hierro traspasa las ancas de un mulo, clavándolo en la margen del barrancar, donde sirve de cuña que contiene al coche. Los pasajeros—un hidalgo viudo, muy devoto de Nuestra Señora, y tres monjas de la Visitación—se arrodillan á los pies de la Virgen pálidos, convulsos, pero sin ningún daño.

En pocos días muere el caballero. Fué la caída un aviso para su ánima, y deja sus bienes á las Salesas, que fundan casa al abrigo del Santuario. Vienen las fiestas de la Consagración. El Patronato quiere soltar palomas mensajeras, y se las encarga á un trajinero de la Mancha. Frente á la iglesia de Nuestro Padre se le cae el cuévano y escapan las avechitas, refugiándose en los capiteles, en las gárgolas, en los follajes y frutas de piedra... Clero y feligreses gritan con regocijo: «¡Milagro, milagro de Nuestro Padre!...» Los vecinos y sacerdotes del barrio de la Visitación les acometen rugiendo: «¡Viva Nuestra Señora del Molinar!»

Asustadas las palomas, suben y se pierden en el azul. El Patronato no satisface su importe. Principian los cultos hiperdúlicos. Nuestra Señora queda anegada en sus recientes vestiduras rígidas de bordados de obrizo.

Siéntense los afanes por un portento que quite elenajo de la huida de las aves mensajeras y pruebe el agrado del Señor hacia la nueva casa. Y el Señor lo concede, á pesar de las discordias de los hombres. Ocuire en la misa de la dedicación. La primitiva lámpara de la Virgen, la que se mantuvo en el viejo ermitorio con las humildes alcu-zas arrabaleras, colgaba ahora ciega y exhausta, olvidada como el ex voto de un difunto, entre la fastuosidad de la nueva hornacina. Y en medio de la mañana gloriosa de sol trueno el azul, y una invisible centella baja y enciende el vaso del sediento lamparín, que arde como una flor de ascuas.

GABRIEL MIRO



robados en la Biblioteca de Filosofía y Letras. Aun el lector menos preparado en bibliografía advertirá el valor, y sospechará la rareza, y comprenderá la curiosidad de estos libros impresos en el siglo XVI y en los primeros años del XVII. La ley, sin embargo, no especializa el delito de hacer desaparecer estos tesoros, cuyo valor comercial no corresponde nunca a la casi imposibilidad de reponerlos ó recobrarlos, una vez perdidos. Las condenas levísimas con que se castigaron ó la impunidad en que quedaron los robos de libros cometidos en estos últimos años en las bibliotecas de la Casa Real, de la Academia de la Historia y en la Biblioteca Nacional, explica la reincidencia de estos asaltos. No basta, pues, la represión de la ley, y es preciso apelar á la previsión de la vigilancia.

de las Academias, del Parlamento, de las Provincias, de los Municipios, sin especializar, sin más trabazón entre sí que los escalafones del personal.

Con la misma confusión con que se reúnen libros de las más diversas materias en los anaqueles, entran en nuestras bibliotecas las muchedumbres de lectores; los encargados del «Índice» en nuestra Biblioteca Nacional necesitarían para servir de guía á los lectores—que habría de ser su verdadera función—, la más portentosa erudición que haya poseído hombre alguno, puesto que allí están, sin otra clasificación que el orden alfabético de apellidos y nombres, todos los autores y todos los títulos de todas las obras que escritas en casi todos los idiomas hay almacenadas en la Biblioteca Nacional.

Es posible que este régimen de Patronato, en que la abnegación ciudadana remedia la incapacidad del Estado, haya dado excelente resultado en el Museo del Prado. No es lo mismo clasificar un millar de cuadros, de gran tamaño en

su mayor parte y de constante exhibición sobre los muros, que, además, no reciten otro daño que el muy lento del tiempo, que organizar los servicios de una biblioteca donde hay un millón de libros y unos millares de estampas y manuscritos que todo visitante puede pedir y manejar.

Sobre un Patronato, no remunerado con sueldos, no asistido de ningún deber profesional ni de autoridad alguna, va á caer toda la responsabilidad de la reorganización de la Biblioteca Nacional. No se sabe que este Patronato pueda disponer del millón de duros que se necesita para transformar la Biblioteca Nacional, dándole vida nueva; restituyéndole el local que se le ha ido arrebatando; especializando sus secciones y constituyéndolas en filiales; separándola de lo que hay en ella de biblioteca popular; convirtiendo su sala de lectura en cátedra y lectorio público; catalogando cuanto en ella hay y encuadernando los quintales de papel impreso que hay en rústica, en brazadas y en paquetes.

No se sabe que este Patronato pueda adquirir locales para establecer bibliotecas especializadas de Derecho, de Historia, de Medicina, de Ciencias exactas, de Electricidad, de Mecánica, etcétera, y descargar en ellas sus fondos y ponerlas al día y mantenerlas con constante aportación de libros y revistas. Ni siquiera se sabe hasta qué punto podría llegar á concertarse con las Academias y las demás bibliotecas del reino, para publicar catálogos, para completar hasta el día las bibliografías que fueron premiadas en sus concursos, para cambiar libros, para ceder sus duplicados, etcétera, etc. Estos días se ha publicado en la capital de Francia el *Inventario de los periódicos científicos de las bibliotecas de París*, y en su prólogo, Alfredo Lacroix, secretario de la Academia de Ciencias, ha escrito estas palabras: «Una biblioteca no es solamente un Campo Santo (en el original francés aparecen en castellano estas dos palabras) destinado á conservar con solicitud y respeto tesoros inertes. Es un ser viviente, cuya función es evolucionar, según las necesidades de la ciencia, y poner con comodidad á disposición de los estudiosos los libros y los documentos científicos clasificados, cuidadosamente tenidos al día y concentrados de una manera que se evite lo más posible la pérdida de tiempo á quienes los utilicen.»

Y el Estado español, en lugar de crear, con su presupuesto por delante, esta biblioteca nueva, descarga su responsabilidad sobre un Patronato gratuito. No se dirá que no hay abnegación en los beneméritos ciudadanos que han aceptado el grave encargo.

¿El Gobierno constituirá otro Patronato para reorganizar, para defender la Biblioteca de Filosofía y Letras instalada en el Instituto de San Isidro? Por la calidad de las personas que constituyen el Patronato nombrado para regir la Biblioteca Nacional, y por la amistad que me une á algunas de estas personas, no puede imaginarse que haya el menor zaherimiento para ellas en mi opinión de que el arbitrio de apelar á estas Juntas de buenos ciudadanos para remediar estragos de la incapacidad, de la insuficiencia y de la ineicacia de nuestro Estado, es un mal procedimiento de gobernar; es un medio para aplazar, diferir y escamotear, en suma, las resoluciones eficaces. Si de la constitución de estos Patronatos, suplidores y suplantadores de la iniciativa ministerial, se espera la posibilidad de remedios que no se encontraron en la organización burocrática, será forzoso y sería lógico poner toda la Administración pública, que tan cara cuesta al contribuyente, bajo la advocación y tutela de Patronatos.

Cuando, recogiendo una opinión muy extendida ya entre los cultos españoles, LA ESFERA pedía una política de bibliotecas, una transformación de los cementerios de libros que son nuestras bibliotecas en laboratorios vivos, en post-escuelas, en máquinas activas de difusión de cultura, la acción ministerial se detiene, no ya ante nuestra demanda romántica, sino ante la realidad reveladora del robo de las estampas de Rembrandt, en la constitución de ese Patronato que ha de limitar su acción á reorganizar la Biblioteca Nacional, como si fuera, como si pudiera ser este establecimiento un organismo aislado, una rueda suelta, y como si el origen de todo el mal no estuviera, precisamente, en esta confusión y desorden y tumulto con que se malgasta el poco dinero que se gasta en numerosas bibliotecas del Estado, de las Universidades,



Portadas de diez libros robados en la Biblioteca del Instituto de San Isidro

LA SEMANA TEATRAL

«LA CASA DE NAIPES». — «SHANGHAY»



Una escena de la obra «La casa de naipes», original de los señores López Rubio y Ugarte, estrenada con éxito en el Teatro Español. (Fot. Piortiz)

LA temporada primaveral del Español está resultando muy interesante; tiene, como primera condición para ello, la variedad, una variedad discreta, que no busca á todo trance y arbitrariamente disonancias ni gestos insólitos, sino matices múltiples, como un pintor de rica paleta, que puede encontrar en ella las más diversas combinaciones cromáticas, sin necesidad de forzar ninguna nota, dejando á cada una con su valor real absoluto y relativo, y logrando así artísticamente entonar el conjunto.

Un cartel muy movido, que antepone el placer del público á la satisfacción, á veces mera complacencia de vanidad de los autores, nos ha dado obras tan distintas como *La moza de cántaro*, *Pitusa* y *Tambor y Cascabel*, sin que á nadie haya podido herirle la más mínima desarmonía. Los teorizantes del arte, en general sistemáticamente enamorados de una fórmula á la que jamás son infieles, encontrarán un poco extraño que un mismo público haya podido ver con igual complacencia obras tan diferentes; y, sin embargo, nada más lógico ni más artísticamente fecundo que esa variedad; lo contrario, un sistematismo que encierra á una Compañía, á un grupo de autores y á un público en reglas y normas inflexibles, es enormemente anquilosador y muy apropiado, por tanto, para producir las máximas atroñas del sentimiento artístico.

Una campaña teatral con un solo rumbo determina siempre una inmovilización de los acto-

res, por buenos que sean, en un papel determinado, en que se cristalizan, por decirlo así, y del que difícilmente saben salir después. Una campaña movida, por el contrario, da á los actores, á poco que lo sean, una máxima flexibilidad que les permite una máxima adaptación á los diversos tipos, y, por tanto, les da la máxima condición de cómicos.

Algo semejante ocurre con el público: la variedad de espectáculos puede acrecentar, por la multiplicidad de estímulos diferentes, la sensibilidad; mediante campañas de esa índole, los espectadores se hacen más comprensivos y la obra artística los encuentra mejor dispuestos; se hace así más posible la compenetración íntima entre el autor y sus oyentes, indispensable para el buen éxito de una obra.

—o—

Siguiendo esa norma de variedad, Rivas Cherif nos ha dado ahora un nuevo espectáculo: una «comedia vulgar», en tres actos, original de Ugarte y López Rubio, titulada *La casa de naipes*. Ha hecho bien, porque esa obra, que difícilmente encajaría en ninguno de nuestros teatros, polarizados generalmente para una sola modalidad de un solo género, es muy digna de ser escuchada y muy merecedora de aplauso.

Sus autores, un poco tocados de modernismo, como lo prueba la escenificación—de que luego

hablaré—de su obra, no lo están, sin embargo, lo suficiente para que no arome su comedia una solera castiza, de buen teatro y aun de buena novela castellana; tres tipos, sobre todo el de Doña Rita, el de Elena y el de Nestor, son de buena cepa, de la mejor cepa; yo diría de cepa gallosiana. Son tres tipos clásicos de las casas de huéspedes madrileñas, á los que sería fácil encontrar filiación, sin que ella les quitara fuerza ni originalidad suficiente.

Lo mismo ocurre con el tema de la obra: no es nuevo, en absoluto; pero tiene máxima novedad relativa: las ilusiones, castillos ó «casas de naipes», que se derrumbansiempre al más mínimo soplo de la realidad; pero en *La casa de naipes* las ilusiones, por vagas, indefinidas, adquieren un carácter abstracto que es una especie de estilización. Elena «no sabe lo que quiere, ni sabe á quien quiere»; su «casa de naipes» es aún más inconsistente é imprecisa de lo que la realidad de unas cuantas cartas de baraja nos permitiría construir. Una realidad que parecía apropiada para satisfacerla, la defrauda en el ajetreo de los viajes en que el amor pretende hacerle la vida amable; sigue soñando otra cosa, y cuando vuelve en busca de ella al hogar que abandonó seducida, la ilusión parece desvanecerse de nuevo; realmente, en la vida no se tiene jamás lo que se soñó; pero esta verdad fundamental sólo se logra á fuerza de desengaños.

Los dos primeros actos de *La casa de naipes*

son perfectos, tienen una primera condición de las obras dramáticas fuertes: la sobriedad sintética, que hace aparecer más intensos los rasgos capitales. En el acto tercero esta cualidad desaparece un poco; en el acto tercero, que debería acentuarla y ser el más rápido, y resulta, por el contrario, el más lento y fatigoso. Ello se debe á que los autores, enamorados de una de sus figuras — que evidentemente está muy conseguida —, se complacen en apurar el dibujo, sin hacerle ganar en fuerza expresiva. Aligerado ese tercer acto mediante cortes oportunos de las dos escenas capitales en que interviene Doña Rita, la obra ganaría extraordinariamente en fuerza y convencerá de un modo completo y definitivo á los espectadores.



Un propósito firme de sinceridad obliga á decir que tal vez la culpa de esa sensación de fatiga que el tercer acto de *La casa de naipes* produce no es toda de los autores. La interpretación excesivamente lenta, sobre todo por parte de algún actor, contribuye mucho á ese efecto, y es lástima, porque sin eso, la labor de los intérpretes sería completamente plausible.

Lo fué por parte de Isabel Barrón, siempre acertadísima, honrando al Conservatorio, de que procede, y á su maestra Anita Martos; María Victorero admirable en su papel, y Espantaleón, que es cada vez mejor cómico.



Una escena del interesante drama «Shanghai», arreglado á la escena española por Arturo Mori y estrenado, con gran éxito, en el Teatro Cómico, de Madrid (Fot. Piortiz)



ANGELINA VILAR

Primera actriz del Teatro Infanta Isabel, que ha celebrado la función de su beneficio estrenando el lindo entremés de lo Sres. Alvarez Quintero titulado «La esposa y la chismosa» (Fot. Walken)

Dos palabras solamente acerca de la escenificación de *La casa de naipes*. ¿Añade algo el expresionismo de la decoración á la fuerza expresiva de la comedia? A mi juicio, no; y aun no faltará tal vez quien vea una contradicción entre el derrumbarse de los naipes, al final, y lo que la comedia nos enseñó del carácter de Elena. No vemos, en efecto, que en aquel momento se venga al suelo la casa de naipes construída por la imaginación de la muchacha, como cae la construída por el escenógrafo; porque antes habíamos visto la escenografía concreta y determinada; pero la imaginativa, sólo vaga é imprecisa. La ilusión de Elena se nos había mostrado, sobre todo, como ilusión del más allá. Su amor, si existió, al estudiante era más inconsistente aún que un castillo de naipes; era, si vale la frase, como un castillo de naipes no logrado por el que pretendió construirle; y así, la decoración, que no ayudó antes á expresar un pensamiento, puede acusar — sin justicia tal vez — de frustrado el propósito, ó por lo menos una parte de él, de los autores.

El riesgo de la escenografía modernista está en eso: en pretender acaparar para sí valores principales que deben corresponder equitativamente al dramaturgo, y en sobreponerse á éste, tratando de superarle, y distrayendo, cuando menos, del objeto principal al espectador.



Cierto que en el teatro tiene — naturalmente! — un valor y una fuerza muy grande, á veces, lo puramente espectacular, y en esto han consistido muchas veces los magníficos éxitos de algunas obras de ambiente exótico, en general, y particularmente de las que contraponen la civilización oriental — más ó menos exactamente — á la nuestra.

A ese género corresponde el melodrama — ó la tragedia, si todo es uno y lo mismo, según opina Benavente — titulado *Shanghai*, original de John Colton, que ha traducido muy discretamente Arturo Mori.

La posibilidad de que obras semejantes gusten á nuestro público, es un excelente signo de cultura. Revela, ó puede revelar, en efecto, que

interesan á los espectadores, de un lado, las diferencias étnicas psicoafectivas, y de otro, los arduos problemas de colonización, siempre pródigos en interés dramático y aun de actualidad ahora, cuando la realidad nos muestra al vivo lo más hondo de *El dragón de fuego*, que su cultura y la amplitud generosa de su espíritu permitió á Benavente imaginar.

De no admitir esta hipótesis favorable y optimista, sería necesario pensar que en el teatro sólo tiene importancia el interés de baja curiosidad, folletinesco, y, consiguientemente, el melodramático, empleada la frase en el peor sentido.

Precisamente, la diferencia que Benavente — con apoyo erudito — no quiere ver, hablando de *Shanghai*, entre el melodrama y la tragedia, entre *El desertor húngaro* ó *La cabeza de bronce* y *Otelo*, está en eso: en el género de curiosidad que suscita y en el tipo de interés que despierta. Esto, naturalmente, lo sabe el autor de *Los intereses creados* mejor que nadie, y por eso quizás no todos los triunfos logrados por esa «comedia de polichinelas» le habrán satisfecho por igual, porque no le habrán demostrado la misma comprensión del público.

En cuanto á *Shanghai*, bien podría despertar, según los oyentes, intereses distintos y ser melodrama para unos y tragedia para otros; pero, de todos modos, no bastaría esa obra para que pudiésemos considerar á su autor como rival afortunado de Sófocles ó de Shakespeare.

Sin exagerar, y estableciendo diferencias al mismo tiempo que se guarda distancias, puede decirse que *Shanghai* es una comedia aceptable, y aun algo más que aceptable, lenta en su exposición, demasiado insistente en la escena capital del acto segundo, que por esa razón llega á rozar el absurdo, y muy interesante en el acto tercero, que, á pesar de todo, sólo con muy buena voluntad puede decirse que roza lo trágico.

De todos modos, la obra tiene suficiente interés para que sea justo aplaudir á Mori por haberla traducido — y, además, por haberla traducido bien, — y á Gómez Hidalgo por haberla incorporado al repertorio de su compañía.

ALEJANDRO MIQUIS



JOAQUÍN MIR

ORGADOS ya los premios a los expositores que aspiraban a ingresar o a ocupar los primeros puestos en el escalafón de las medallas—y que representan dentro del arte español lo que las tres categorías de oficial, jefe de Negociado y jefe de Administración en los ministerios del Estado—, queda ahora a los artistas incluidos en un censo especial el derecho a conceder la máxima recompensa: la Medalla de Honor.

Sabido es que sólo pueden tomar parte en la votación los medallados de tercera, segunda y primera categoría. Al fin y al cabo, la Medalla de Honor representa en el orden escalafonario ya mencionado lo que una Dirección general en el administrativo y burocrático.

Lo lógico sería que la Medalla de Honor se votara libremente por todos los expositores, tuvieran o no medalla; pero lo lógico es como esos cuadros que atacan a la moral y a otros principios respetables del Estado: no puede admitirse en una Exposición Nacional.

Así, pues, la Medalla de Honor la conceden por votación los artistas escalafonados e incluidos previamente en un censo, no siempre exacto; porque mientras faltan en él nombres de los que tienen derecho al voto, sobran los de quienes ya no debían votar, porque les arrebató ese derecho la Muerte, supremo jurado impuesto a todos, sin elección ni Real orden.

Actualmente disfrutan la preciada recompensa cuatro escultores y dos pintores. Los primeros son Mariano Benlliure, Miguel Blay, Aniceto Marinas y José Clará; los segundos, Eduardo Chicharro y Luis Menéndez Pidal.

Como se ve, tienen mayoría los escultores. Importa, por ende, que se establezca un cierto equilibrio, una cierta ponderación. Sin duda por esto, el presente año sólo optan pintores a la altísima recompensa. Tres paisajistas: Joaquín Mir, Santiago Rusiñol y Eliseo Meifren; dos figuristas: José Gutiérrez Solana y Eugenio Hermoso. La lucha será empeñada y no tendrá, sin embargo, aquel carácter de feroces personalismos que en años anteriores, cuando quedaba reducida a violentos cuerpo a cuerpo entre dos artistas nada más.



JOSE G. SOLANA

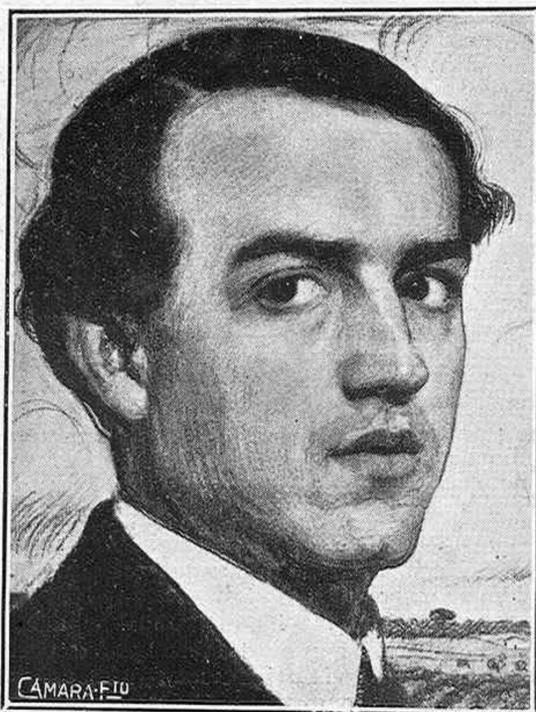
PINTORES DE ESPAÑA

Los candidatos a la Medalla de Honor

Se ofrece al ánimo y a la sensibilidad de los votantes más amplias perspectivas. Incluso hay una cierta homogeneidad, que en otros casos—cuando competían, por ejemplo, un pintor y un escultor—no existía.

Joaquín Mir exhibe tres cuadros, donde la visión certera y la excelsa maestría técnica se unen para la emoción justa. *Noviembre* es una nota de supremo verismo, de suprema sencillez factual; nada el tema y todo la pintura. *Fantasia del Ebro* espiritualiza el natural con sutiles transparencias, con delicadas armonías áureas; es como delicadísimo pretexto para un tapiz moderno. *Pueblo sobre el Ebro* recoge con más realidad la visión pintoresca del sitio, y le conserva, sin embargo, toda su poesía. Agua, roca y cielo forman sutil acorde de diáfanos finuras.

Santiago Rusiñol reitera en asuntos y estilo sus antiguas preferencias: un *Jardín*, un *Claus-*



EUGENIO HERMOSO

tro, un *Surtidor*, y todos ellos en la umbrátil y ubérrima frescura de los rincones deleitosos a su musa romántica. Inconfundiblemente rusiñolescos los tres paisajes en aquella medida de poesía hecha de rumor de fontana, sol tímido a través de ramas frondosas, murmurio de pájaros y nostalgia de versos líricos. Gusta ver esta lealtad estética de un artista a las inspiraciones temáticas de su juventud, cuando ya la vida le ha conquistado el triste derecho de no soñar, de no darle al alma vuelos sentimentales por los jardines de antaño.

También Eliseo Meifren reitera sus motivos. Cadaqués, el pueblecito pequeño que está representado por el arte del insigne paisajista catalán en los museos de Europa y América, es evocado nuevamente a nuestros ojos con sobriedad elocuente. Grises de entrañable luminismo, sintéticos acordes de singular energía, bajo la aparente frialdad; armonías suaves, acariciadoras. Esto son *Patio en Cadaqués* y *Playa Port-Algue*. En cuanto al otro lienzo, *Puente románico*, consolida la afirmación pictórica. Es una visión segura y clara, tanto en el concepto como en el resultado.

José Gutiérrez Solana está igualmente íntegro y expresivo de sus cualidades. Aspero, violento, rudo, sin merced para sus motivos plásticos y para la sensibilidad de sus contempladores. Cada uno de los tres cuadros que presenta—tan poderosos, tan colmados de fiera pictural y espiritual—bastaría para definirle. Los tres constituyen la plenaria interpretación



SANTIAGO RUSIÑOL

de cuanto hay de personal y de admirable en el gran pintor. Allí su afán por la muerte, el dolor, la miseria y la carne pecadora. Allí las mujeres de baja vida y ropas humildes, los esqueletos y los encapuchados, los mártires y la sangre oscura, los cielos fuliginosos y los ademanes de grave y torturadora expresión. Pero allí la infinita riqueza cromática, que a ciertas miradas parece todo lo contrario, y la infinita piedad que hay en el fondo de este enorme satírico, a quien la Naturaleza y la Humanidad produce esa revulsión expresiva que sólo los grandes tímidos conocen.

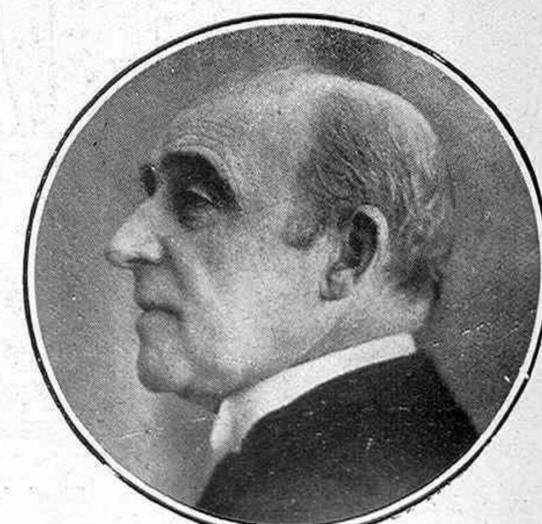
Frente al negror turbulento, agresivo, de Solana, Eugenio Hermoso expande su blancura afable, la gracia apasionada de sus motivos femeninos. Flanquean un lienzo remoto, dos recientes. De este modo, el ilustre artista ofrece un resumen de su evolución.

El lienzo remoto está fechado en 1905. Fué pintado hace un cuarto de siglo, en la época adolescente, y tiene de entonces la frescura ingenua, el candor genial que destacó pronto a Hermoso. Como su coetáneo *El colegio*, esta *Fiesta infantil* es de un encanto extraordinario. Encanto de inocencia, de ilusión, de cántico de niños al atardecer de un día primaveral. Los otros dos cuadros señalan la culminación de lo que entonces se iniciara tan gentilmente. Son dos deliciosas páginas de entrañable poesía. Bucólica la una, ensañadora la otra, y ambas del más límpido, sereno y emotivo lirismo.

Dicen que Hermoso escribe versos. No los conozco; pero si alcanzan el subido valor poético de estos lienzos, bien puede considerarse como poeta excelente.

Estos son los cinco pintores que habrán de disputarse la preferencia de sus compañeros para obtener la Medalla de Honor. Los cinco la merecen realmente, y el que de ellos triunfe podrá sentirse, con razón, orgulloso, porque la victoria no fué fácil y porque fué preciso derrotar a cuatro maestros indudables.

FORTUNIO



ELISEO MEIFREN

SIGLO XVIII. Centuria de lo atildado y de lo primoroso, de los tacones rojos y de los tipos de imprenta. De los tipos de imprenta, sí, porque alinear las minúsculas piezas y conseguir con la impresión de ellas páginas de serena pulcritud, es una tarea que exige un tiento exquisito, una aplicación a la elegancia. La frase «el arte de la imprenta», tan usitada por aquel entonces, no era un fósil lingüístico, sino una expresión que respondía—con viveza—á una realidad.

Puede hablarse, por ende, de impresores artistas. A este respecto, muy conocidos son los nombres de Sancha y de Ibarra, por ejemplo; muy conocido debe ser el nombre de Benito Monfort.

Hijo de un maestro tejedor de lino, nació en la ciudad de Valencia el año 1715. Y su vida fluyó apaciblemente, sin altibajos dislacerantes, sin acasos horrendos, muy distinta de la que había de llevar el también tipógrafo en Valencia Mariano Cabrerizo.

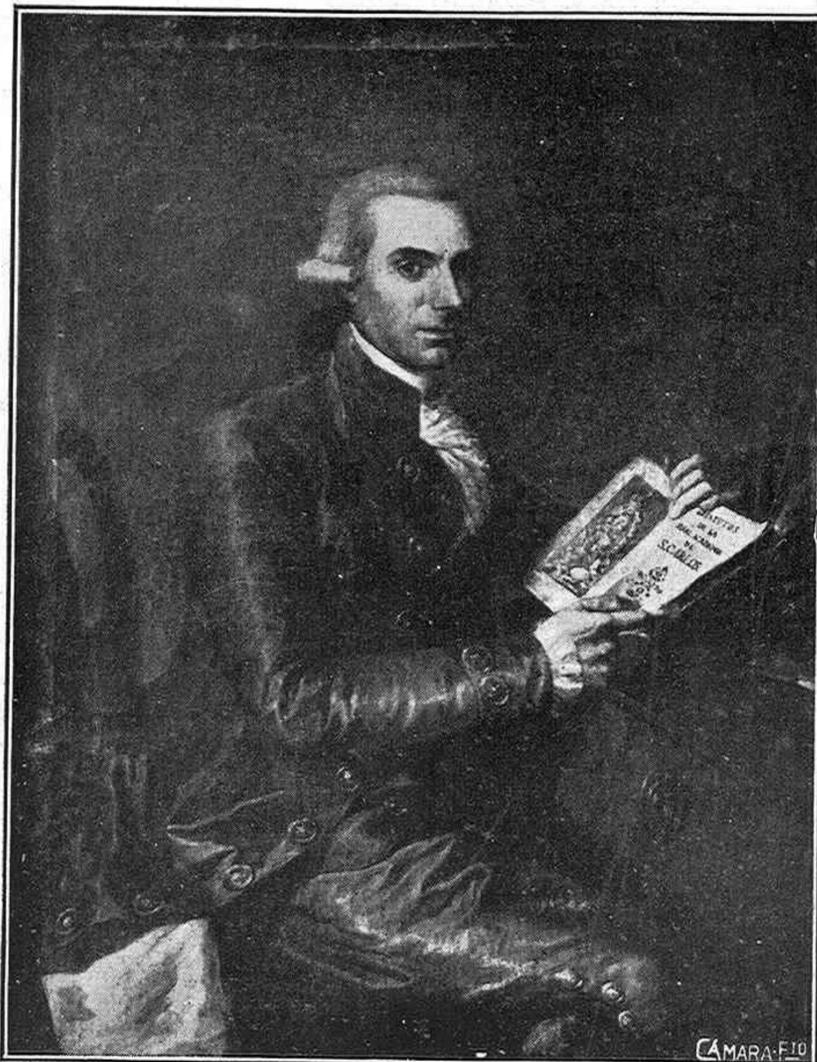
Un par de veces contrajo matrimonio: la primera con Rosa Bensi y la segunda con Luisa Asensi. Y cuando murió él —año 1785—quedaron de ambas siete hijos. Por cierto que la familia siguió el oficio del padre durante el siglo XIX.

Monfort aprendió su arte en la oficina—¡siempre el vocabulario sincrónico!—de Antonio Bordazar, otro de los ilustres tipógrafos valentinos. Y no salió de ella hasta que á los cuarenta años de edad, lo cual implicaba un prolijo y profundo aprendizaje, pudo establecerse por cuenta propia.

Al principio, tuvo que bregar para abrirse paso. Así, le fué denegado el nombramiento de Impresor de la muy Ilustre Ciudad. Pero luego pudo desquitarse, ya que no solamente se granjeó con ese cargo, sino con el de Impresor del Seminario de la Compañía de Jesús, de la Universidad Literaria, del Seminario Andresiano, de la Real Junta Particular de Comercio y Consulado de la Ciudad y Reino de Valencia, del obispo de Teruel, del Tribunal de Montesa, de la Santa Iglesia Metropolitana, del Arzobispado, de la Real Audiencia, de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos y de la Capitanía General. Naturalmente, á todos esos títulos huelga que se agregue el de acaparador.

¿Merecido todo ello?

Realmente, fué Benito Monfort un tipógrafo muy enterado de su menester y con un gusto depurado, aunque, según parece, no poseyera una cultura humanística tan lata y tan sólida como la tuvieron algunos de sus colegas. Pero, á decir verdad, ya entonces se marcaba la especialización entre el



Benito Monfort, retratado por un pintor anónimo, y excelente cuadro propiedad de F. Llorca

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

QUE ESCRIBIÓ

EL P. JUAN DE MARIANA

ILUSTRADA EN ESTA NUEVA IMPRESION

DE TABLAS CRONOLOGICAS

NOTAS Y OBSERVACIONES CRITICAS

CON LA VIDA DEL AUTOR.

TOMO PRIMERO.



CON SUPERIOR PERMISO
EN VALENCIA Y OFICINA DE BENITO MONFORT
AÑO M.DCC.LXXXIII

Hermosa portada de la última y principal obra que preparó Benito Monfort

escritor y el impresor, tan patente por lo general en la actualidad, y contra la que obran tantos ejemplos en los días renacentistas.

Sus obras más apreciadas suelen ser la impresión de la Crónica del Señor Rey Don Juan II, de Fernán Pérez de Guzmán, y la impresión de la Crónica de los Señores Reyes Católicos, de Hernando del Pulgar.

No hay que olvidar las ediciones del tratado que sobre la numisma hebreo-samaritana redactó Francisco Pérez Bayer. Y conviene señalar de una manera especialísima la impresión de la Historia de España, escrita por Juan de Mariana. Fué su obra póstuma. Para la nueva edición encargó las notas á Domingo Morico. Y empezó á imprimir pliegos. Pero he aquí que, á principios de 1782, falleció el señor Morico. Entonces, Benito Monfort trasladó á Vicente Blasco y á Vicente Noguera el encargo de seguir apostillando. Pero ambos Vicentes, examinadas las notas de su antecesor, las encontraron deleznable... y traducidas del francés. Vuelta á empezar, por tanto, con desperdicio de los pliegos tirados. Lo importante, sin embargo, era ver que la obra resultaba perfecta. Mas no lo vió. No vió ni el segundo tomo, por culpa de la muerte que le puso la venda para siempre. ¿Y los suscriptores, que eran muchos y que habían devengado sus buenos reales de vellón? No los perdieron, porque gracias á Manuel Monfort, que acudió con dinero, y á Benito Monfort (hijo), que regentó el taller paterno, salieron á la calle y entraron en las bibliotecas los nueve tomos de la Historia marianesca.

No es de extrañar, en secuela de cuanto antecede, que pueda formarse un ramillete de elogios para Benito Monfort.

El «Memorial Histórico» de Madrid, enfocándole desde un punto de mira técnico, se creía en el caso de mencionar particularmente «los afanes con que supo hallar el modo de hacer la tinta clara para que no ofendiere la vista de los lectores, sin otro maestro ni estudio que el que pudo adquirir con las impresiones de los más aventajados profesores de Europa». Juan Antonio Mayans, tan severo y aun ácido en otras ocasiones, se refería á la magnificencia de las ediciones monfortianas. Y el conde de Floridablanca, hablando en nombre de Carlos III, manifestaba que el monarca había visto con singular complacencia la Historia de España que escribió Juan de Mariana y que hermosamente editó Benito Monfort.

Recordémosle, pues, ahora que el libro barato se halla, afortunadamente, en auge, si bien, por desgracia, no está contrapesado por el libro de gusto, como ocurre en otras partes.

(Fots. Vidal)

ALMELA Y VIVES

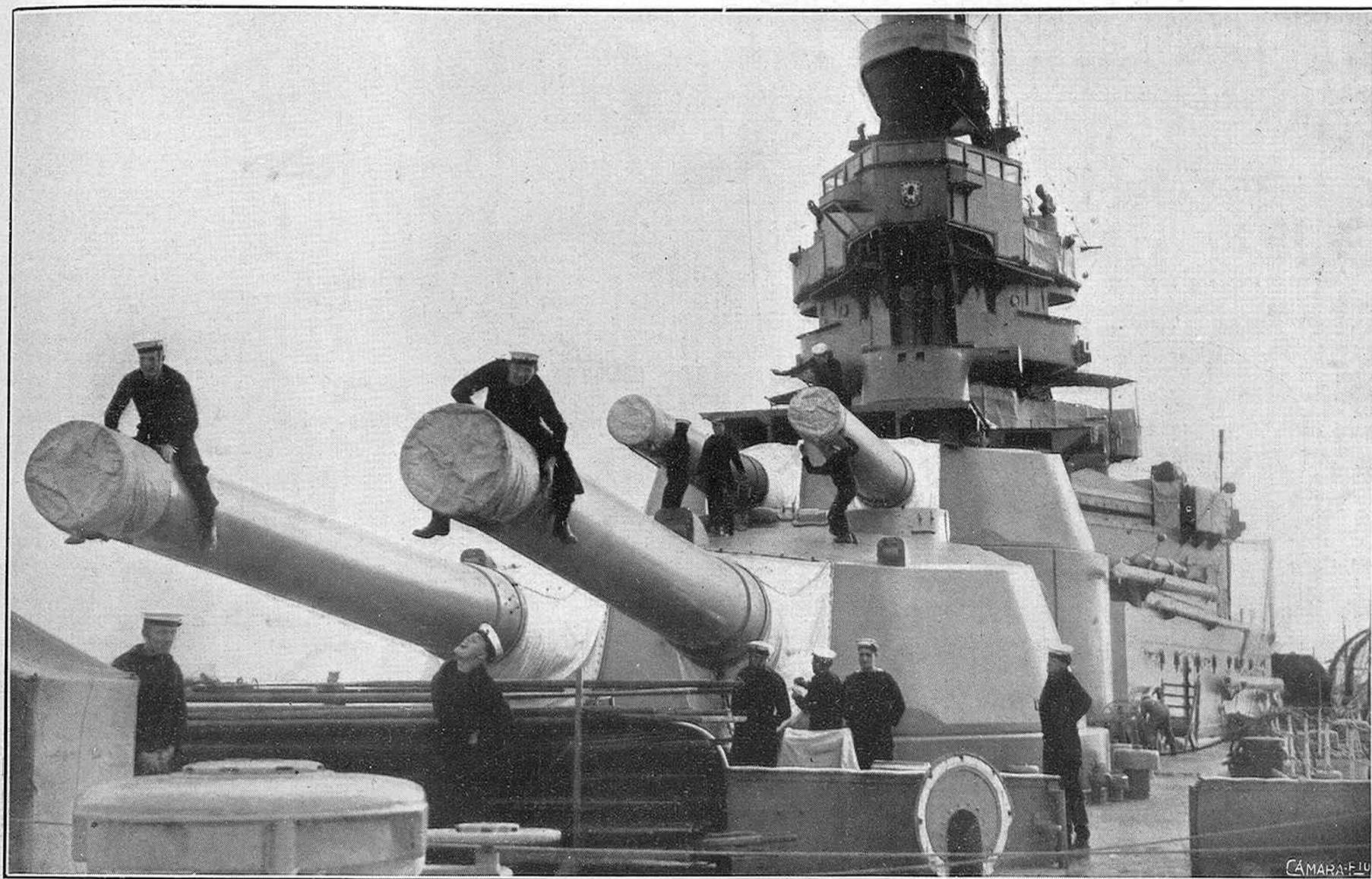




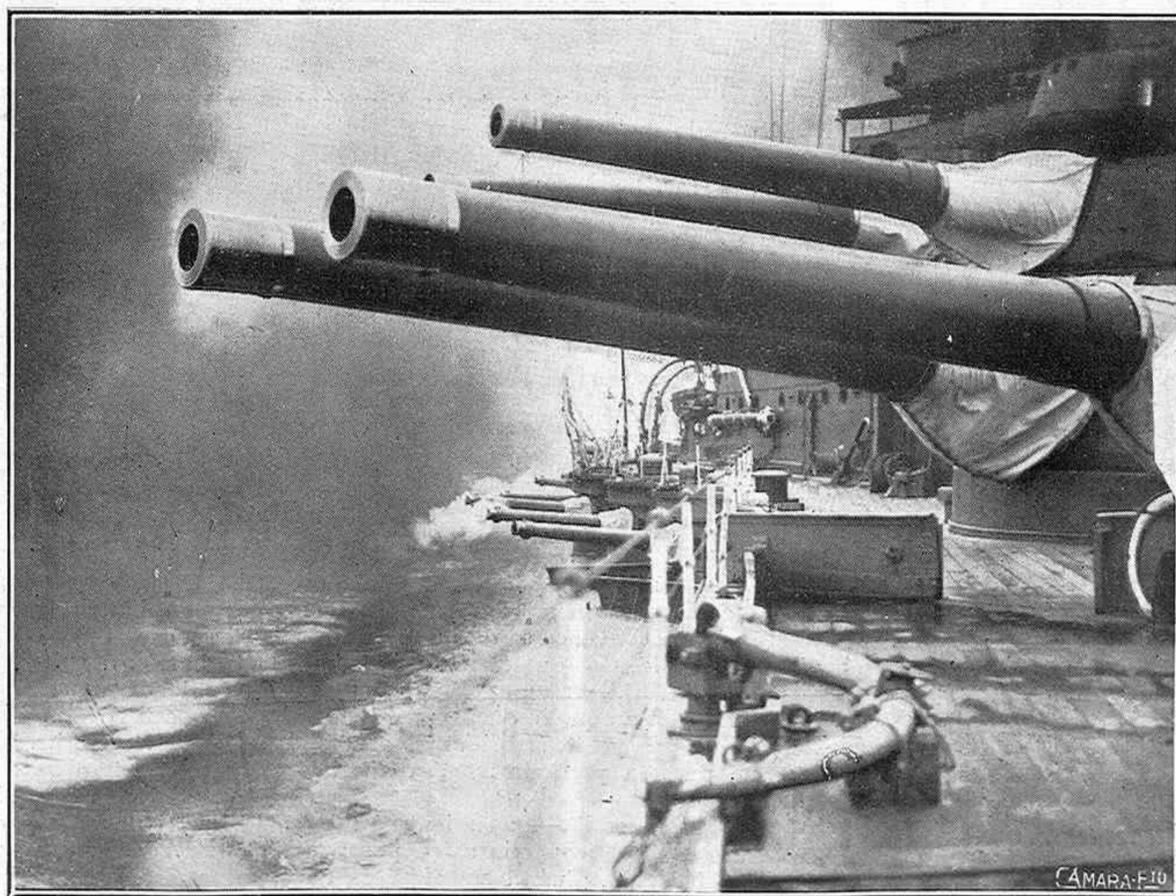
«Las tentaciones de San Antonio», fragmento del cuadro de Teniers, que se conserva en el Museo del Prado

«SI VIS PACEM...»

MANIOBRAS NAVALES EN ESCOCIA



Preparativos para un ejercicio de fuego en las maniobras navales. La limpieza de los cañones de 15 pulgadas



Disparo de una andanada por cañones de seis pulgadas, durante las maniobras (Fots. Agencia Gráfica)

Los discursos ultrabelicosos del dictador de Italia han tenido en los demás países, y singularmente en Francia, la más amenazada por los rayos del moderno Júpiter, la réplica pacifista que era de desear. Aun los ministros de genio más irritable han contestado, indirectamente, claro está, con alocuciones marcadamente pacifistas, y todo hace pensar que no se avecina un nuevo cataclismo.

Pero, entre tanto, las naciones poderosas, antes y después de las Conferencias internacionales, y después, como antes de la propuesta de Briand para federar a los Estados

europes, siguen ateniéndose al viejo aforismo: *Si vis pacem...*

Una de las escuadras inglesas realiza ahora maniobras y ejercicios tácticos en los mares de Escocia. Y en ellas se afianza, una vez más, el enorme poderío naval en que fundamenta su fuerza la Gran Bretaña.

Poderosísimos acorazados, formidablemente armados, ejecutan, sobre todo, ejercicios de fuego, y en ellos los marinos ingleses se adiestran, aleccionados por la última guerra, como si mañana mismo hubieran de entrar nuevamente en combate.

El espectro trágico sigue en pie.

MEDIO SIGLO EN MADRID



ANGEL R. CHAVES

YA en Madrid nuestro poeta, y recibido en la estación por unos cuantos muchachos patulentinos, toma con ellos á pie la cuesta de San Vicente. «Era—escribe—una de esas mañanas del otoño en Madrid, que no tienen igual en ningún otro clima del mundo. Un sol espléndido lucía en un cielo sin nubes; una brisa fresca y suave agitaba ligeramente las raquílicas arboledas de la orilla del Manzanares, y entre risas y bromas, con la alegría de la primera juventud y el ansia de gozarla, estimulada por el ambiente, ganamos la cumbre de la Cuesta, pasamos por el cuartel de San Gil, de donde entraban y salían los caballos para desfilar por el abrevadero de la plaza; recorrimos las calles de los Reyes y del Pez, y dimos con la del Barco. En el número 5, piso segundo, me tenían preparada habitación mis paisanos. Allí habíamos de vivir como en familia, por diez reales diarios uno con otro, todo comprendido.»

La primera impresión que Madrid produjo en el ánimo de nuestro poeta no pudo ser más deplorable. «Aquella población de edificios destartados...—dice—, formando calles tortuo-



CONSTANTINO GIL

Memorias de un escritor
público de tercera fila

«Veni, vidi, vici»

sas y estrechas, ¿era la Corte de las Españas? ¿Era allí donde residían las fuerzas directivas de la nación, los hombres más inteligentes, los espíritus más audaces? ¿Era desde aquel balcón, que daba á una vía solitaria y triste, con vistas al pasaje de Muñoz Torrero, entre cuyas losas crecía libremente la hierba, desde donde, como en *Baccard*, de Zola, había yo de dominar con mirada de águila la coronada villa y tender mis brazos sobre ella para hacerla mía, de grado ó por fuerza?» Sinesio se siente á punto de dejarse de libros de caballería y volver á los de Derecho, porque estaba visto que no podía arrancar de allí de ninguna manera el soñado camino de la fortuna y de la gloria.

Rehácese un tanto; acuérdase de que allí cerca, en una casa de huéspedes de la calle de Jacometrezo, vivía Vital Aza, soltero todavía. Resuelve visitarle; le despierta, y Vital, incorporándose en la cama, abre desmesuradamente los ojos, como si quisiera convencerse de que no estaba en plena pesadilla. «Lo que menos podría imaginarse—dice Sinesio—es que yo hubiera tomado al pie de la letra aquello que él me dijera en Valladolid, de que yo tenía brillantes condiciones y que pudiera presentarme á demostrarlo...»

«Estoy seguro—escribe—que mientras me decía: «Vaya, hombre, ¿con que usted por aquí? Ha hecho usted bien. ¡Cuánto me alegro!», etc., etcétera, estaba pensando en que había cometido una imprudencia sacando de sus casillas á un estudiante provinciano que se empeñaba en imi-



MIGUEL CASAN

tarle haciendo coplas, y allá, para sus adentros, andaba buscando la mejor forma de salir del compromiso que se le había venido encima.

Y que no le engañaba el corazón lo demuestra que á los cinco minutos de palique ya le había yo pedido que me presentara en la Redacción de *Madrid Cómico* y una recomendación eficaz para que don Emilio Mario me aguantara la lectura de una comedia en tres actos que me había traído embotellada.» Prometióle Vital Aza ambas cosas con mil amores, con tal de reanudar el sueño, y aquella misma noche entraban los dos en un pisito de la calle de la Aduana, donde vivía Casañ y donde estaba instalado el boceto de oficina del simpático semanario.

La clientela juvenil, que le esperaba con ansia y le leía con deleite, tenía del periódico una idea completamente equivocada. Figurábase que su tirada era enorme, que una nube de empleados, instalados en un gran patio con montera de cristales, se ocupaba en tomar notas, extender fajas y despachar paquetes, y que aquellos redactores y colaboradores que hacían las delicias de sus contemporáneos trabajaban encerrados

con las Musas en amplios y magníficos bufetes. Pero no había nada de lo dicho. El cuartito de la calle de la Aduana era eso, un cuartito de la calle de la Aduana, y en un despacho humilde, con unas cuantas sillas y un par de mesas, Casañ se las entendía solo con sus cincuenta suscriptores y sus ochenta y tantos corresponsales, que ni tres mil ejemplares llegaban á consumir entre todos, sirviéndose, como único auxiliar, de un ordenanza, encargado de recoger los clichés del fotograbado, llevar los originales á la imprenta y cobrar los recibos...

¿Verdad que no se comprende ahora, en estos tiempos de máquinas rotativas y anuncios caros, de colaboraciones espléndidamente pagadas y de propagandas á lo yanqui, que pudiera ser siquiera conocido un periódico festivo semanal hecho y administrado en semejantes condiciones?

Pues lo fué el *Madrid Cómico* en sus dos primeras etapas, cuando lo dirigió Casañ y cuando le dirigió yo con iguales procedimientos, llegando á adquirir una popularidad y una importancia tales, que habiendo desaparecido del estadio de la Prensa hace veinticinco años, sigue hablándose de él para bien ó para mal, como si todavía lo pregonasen todos los sábados los vendedores, y hasta algunos hombres del 98 han atribuído públicamente á su deletérea influencia la pérdida de las colonias, nada menos.

Pero es que antaño disponían el público y los escritores de un elemento que hogaño falta casi en absoluto: la verdadera afición á la literatura. Aquella afición que permitía á un hombre hacerse una reputación con un poema ó un artículo, que levantaba tempestades en los estrenos de Echegaray, que rendía las multitudes ante un discurso de Castelar, rodeaba de una aureola de admiración y respeto las figuras de Zorrilla y de Campoamor, y que hervía en comentarios y discusiones apasionadas por la aparición de una novela de Alarcón, Valera ó la Pardo Bazán, ó de una crónica de Fernánflor ú Ortega Munilla, de un tomo de los *Episodios Nacionales* de Galdós, ó de unos cuentos montañeses de don José María de Pereda.

Actualmente, la emoción producida por cualquiera de estos acontecimientos no duraría tres minutos.

Sinesio Delgado describe cómo funcionaba la Redacción de *Madrid Cómico*:

«Cuando entré en la Redacción, siguiendo á Vital, encontré—dice—, sentados en torno á la mesa grande, á Ramos Carrión, Constantino Gil, Ricardo de la Vega, Angel Rodríguez Chaves y Eduardo Navarro Gonzalvo, entretenidos en amena charla, mientras Casañ colocaba tazas y platos, cucharillas y terrones de azúcar en los sitios correspondientes y atendía al gorgoteo de una enorme cafetera rusa, que parecía presidir la sesión desde lo alto de su trípode.

Entre nueve y diez de la noche del jueves de cada semana se juntaban allí aquellos señores; se leían unos á otros lo que habían hecho para el número del sábado; escribían los epígrafes de los dibujos con las pruebas delante, para escoger después el que les parecía más oportuno ó más gracioso; pergeñaban unos cuantos sueltos, charadas, jeroglíficos, colmos y adivinanzas para la sección amena; despachaban, entre grandes carcajadas, la correspondencia particular; tomaban sendas tazas de caracolillo humeante y salían alegres y satisfechos, como los chicos de la escuela, para diseminarse por los saloncillos de los teatros.»

¿Comprenderán ahora los literatos, que trabajan con otro fin y de otra manera, la ingenuidad infantil de aquellos hombres hechos y derechos, con firmas inéditas en el mercado, que se entretenían en tan candorosos juegos del ingenio? Pues allí estaba el secreto de la popularidad de un periódico que no tiraba más que tres mil ejemplares, y, sin embargo, corría toda España, yendo de mano en mano por los obradores y las aulas, por los cafés y los mostradores...

A Sinesio le fué concedida beligerancia en aquella Redacción desde el primer día, es decir, desde la noche de su presentación á ella por Vital Aza. Fué recibido en ella como uno de tantos desde el primer momento; se le obsequió también con su correspondiente taza de café, y hasta —cuenta nuestro poeta— «se me dieron unas pruebas de los dibujos de Cilla para que pusiera debajo lo que se me ocurriera. No se me ocurrió nada de provecho, naturalmente; pero aunque me hubiera soplado la Musa con todas sus fuerzas, habría prescindido del soplo, por temor á que no pudiendo resistir mis frases ingeniosas la com-

petencia con las de los demás, diera principio mi carrera con un desaire manifiesto. Pero queriendo demostrar que me consideraba obligado á llevar mi grano de arena y con derecho á asistir en lo sucesivo á aquellas reuniones semanales, después de grandes apuros y fatigas, correcciones y enmiendas, escribí en una cuartilla los siguientes diez versos anodinos, insustanciales, ripiosos, retorcidos, vulgares y pedestres, que á mí me parecieran el colmo de la novedad en el humorismo:

*No hallo ni un asunto, al cabo,
y busco con cien candiles,
y por cumplir como un bravo,
voy á decirlos que acabo
de llegar á los Madriles.
Hay mil que al desembarcar
lo van corriendo á anunciar,
y vienen como yo vengo;
pero yo, siquiera, tengo
la franqueza de firmar.*

Fué pasando la dichosa cuartilla de mano en mano de mis distinguidos compañeros, y aunque todos se iban quedando lacios y mustios y se adivinaba que tenían que hacer un gran esfuerzo para no hacerla pedacitos, Casañ la introdujo en un sobre, con los otros originales, y la mandó á la imprenta.

¿Cuántos versos como aquéllos rechazaría yo después desde la *Correspondencia particular* de aquel mismo periódico; llamando, además, cernícalos y zopencos á sus autores! Y, sin embargo, ahí están los míos en el número 42 de *Madrid Cómico* de 1880, con mi firma autógrafa indubitable, para que yo no pueda decir que son de otro.

Nunca me lo confesaron aquellos señores —dice Sinesio—; pero estoy seguro de que aquella noche inolvidable el que más y el que menos salió de la Redacción diciendo para su capote:

—Este aficionadillo infeliz, á quien Vital, en un momento de buen humor, ha cazado á lazo en las márgenes del Esgueva, se figura que va á encontrar aquí el oro y el moro; pero me parece que ha hecho un pan como unas hostias...»

FÉLIX DE MONTEMAR

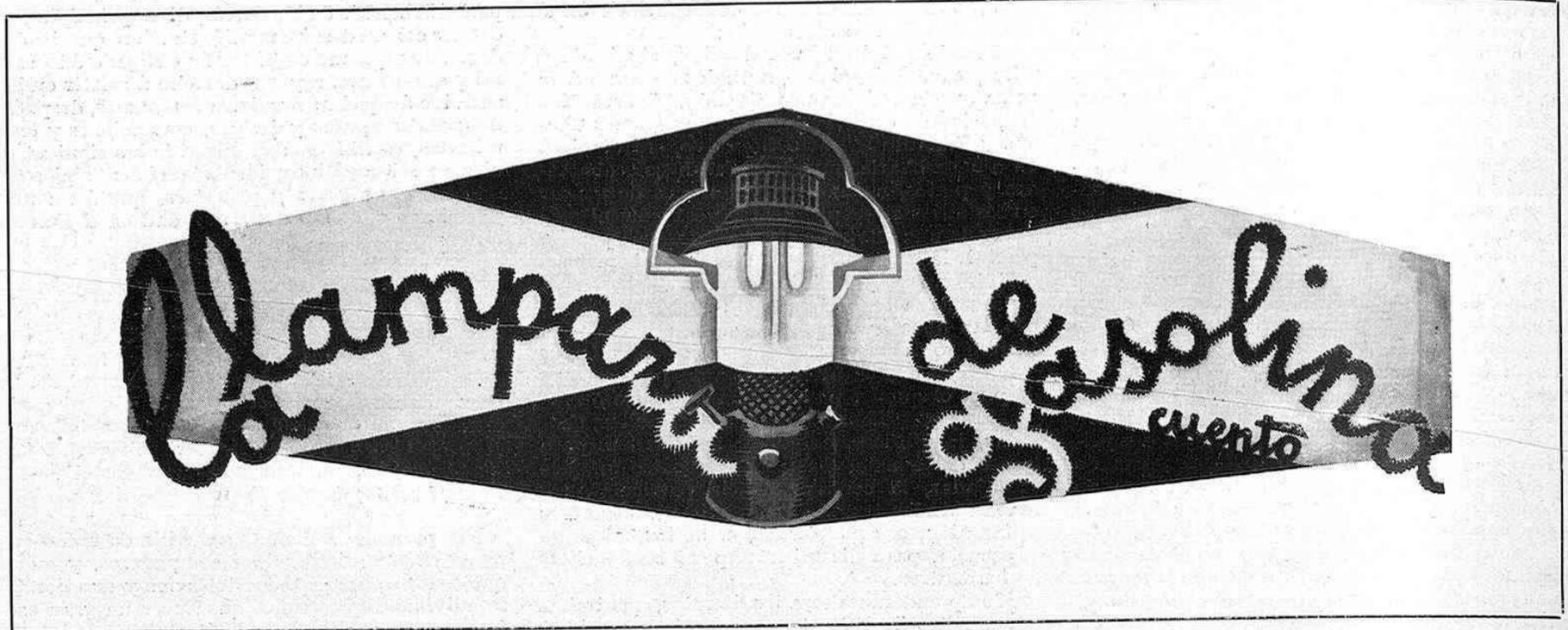


RICARDO DE LA VEGA



EDUARDO NAVARRO GONZALVO

Caricaturas
de Cilla,
publicadas en
«Madrid Cómico»



LA casilla en que vivían Fuencisla y su marido, el pastor Eudosis, la llamaban la choza del carbón, porque sobre la greda de la fachada se le había ocurrido á Eudosis clavar pedazos de la carbonilla que las máquinas del tren echaban como despojo en los desmontes de la estación próxima.

Con sólo aquel adorno, la casa tenía una fisonomía propia entre picada de viruelas y granujenta, casa de mala catadura en la tierra reseca de Castilla. Aquel aplique de carbón la daba gitanería especial y agravaba su austera pobreza. En vez de ser un efecto decorativo era todo lo contrario, y gracias á él tomaba un aspecto torvo de casa que ha estado en el infierno ó estar condenada á él.

Al atardecer, aquel punteado de carbón la ensombrecía más, y la escasa luz que alumbraba su interior era todavía más escasa.

Eudosis resultaba un pastor de ovejas sólo negras, como si de su rebaño hubiesen huído todas las blancas.

Fuencisla, en su oscura psicología de moza de extramuros, ni en la aldea ni en el campo se sentía satisfecha de aquella casilla que todos conocían y que servía para señalar la proximidad del apeadero de trenes: «Junto á la casa del carbón.» «Al llegar á la casa del carbón.» «Más allá de la casa del carbón.»

No sabían, ni ella ni él, cómo una cosa así sirve para que el dedo del Destino y el de los salteadores señalen la casa subrayada. Había sido fácil y barato taracear el carbón en la masa reciente; pero ya nadie podría quitar la señal de tizne al rostro de la vivienda, y lo peor del caso es que ya no podía disimularse entre las otras casas en que acababa el pueblo y que tenían fisonomías confundibles de casas de aldeas.

La casa del carbón quería ser otra cosa, y estaba señalada por la pluma que pone misteriosas señales para la desgracia en la portada de los inmuebles.

Fuencisla hablaba mucho con los arrieros, reía sus gracias, escuchaba sus deseos retrasados en largos caminos de leguas: leguas

que habían dejado atrás y leguas que les quedaban delante.

Aquella casa morena tentaba á pararse á los caminantes, que *carboneaban* á su puerta.

Como á la puerta de las tabernas se paraban á beber un vaso de vino, allí se paraban á beber conversación y cada vez era eso más largo, porque es muy malo que la mujer sola dé conversación al caminante.

El caminante ya mirará su puerta como entrada de promisión y mirará el obscuro fondo mientras habla con la que está á la puerta. La vanidad de la mujer galanteada no notará lo que en esas miradas hay de iniquidad, de latrocinio; pero el hombre que conversa estará siempre como en vísperas del empujón hacia dentro.

Fuencisla, cuando Eudosis llegaba, no le decía nada de lo acaecido, y mientras cosía mi-

raba hacia el dintel, como buscando el recuerdo de las horas claras del día, cuando los carros ponían una careta de misterio frente á su puerta.

Eudosis, bajo su vieja lámpara de obscuro petróleo que iluminaba con tiznes de pavesa la habitación, leía viejos novelones en letras grandes y se paraba largos ratos en la fiesta de las ilustraciones.

Dejaban que los ruidos conversasen por ellos, y se oía al despertador como un tren de mercancías que pasase incesantemente, y los ruidos de las vigas al desperezarse, y la carcoma que ensayaba su único diente en la madera, y la gota de agua como un telégrafo lento, que telegrafiará palabras sueltas, espaciadas, unas largas, otras muy cortas.

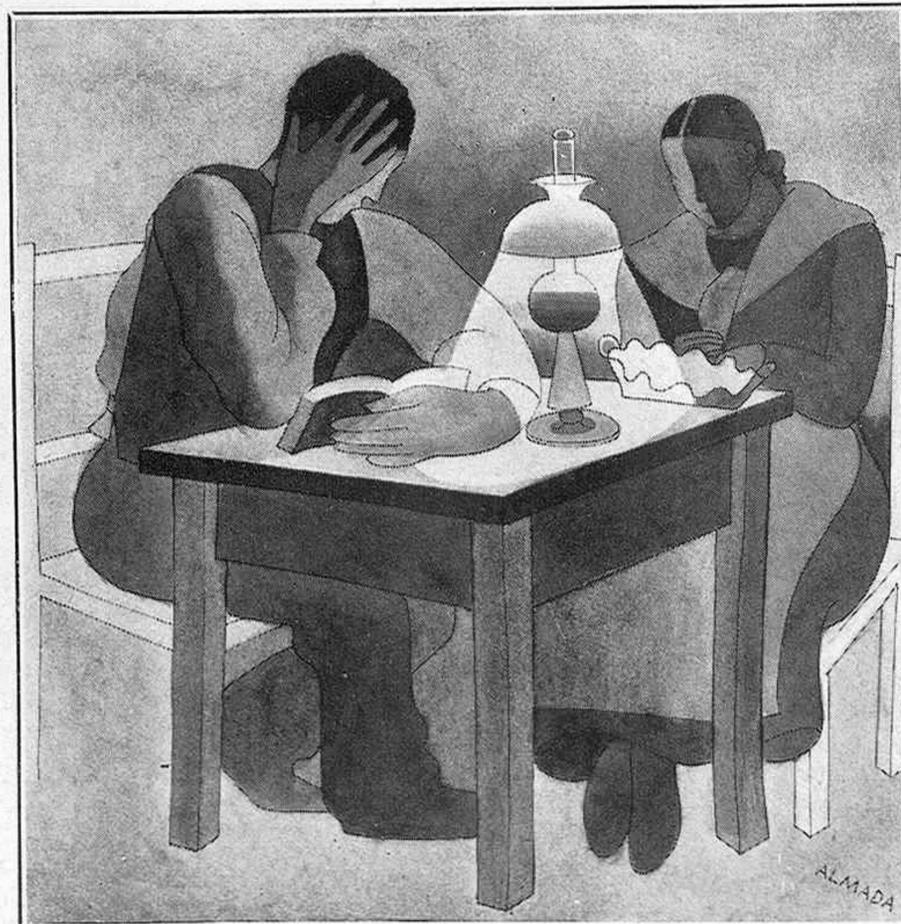
A las dos horas de lucir, la lámpara iba bajando su luor, como una luz de teatro cuando está marcada la noche en el libreto. Los dos acercaban más la cabeza á su labor, sin revolverse contra la luz, sin quererla reanimar más, resignados á su agonía, puesto que suponía el que estaba agotándose la medida de petróleo que tenía marcada cada día.

—¡Estoy deseando poder comprar una lámpara de gasolina! —solía decir, acariciando el sueño de una lámpara luciente que reblanquease la lobreguez de sus noches.

Ella no sabía por qué no deseaba aquella lámpara que disiparía el sueño de su marido, aquella modorra con que le vencía la obscuridad, aquella carencia de preguntas que fomentaba el dormevela.

—¡Cuando tengamos la lámpara de gasolina! —repetía cuando ya le vencía el sueño más que la falta de luz.

Y los dos se iban á la cama como sacos de patatas que son depositados en el mismo cajón.



Eudosis, bajo su vieja lámpara de obscuro petróleo...

Un arriero procaz pasó á la sombra de la casa del carbón y, con cautela de hombre de mundo, se hizo amigo de Eudosis.

Cuando soltaba los tiros y guardaba las mulas, dejaba su blusa de rayas y se ponía la blusa de satén negro, como quien se pone el traje de etiqueta, no dejando el látigo ni saliendo tan á

trashora del arrear sus bestias, como si el látigo le sirviese para espantar los caballos salvajes del miedo en la carretera negra.

Ya tenía su taburete en la tertulia y hablaba de lo que había hecho durante el día, como si hubiese viajado mucho, como si, trotón de caminos, fuese un turista junto á aquel pobre viajero de praderas que siempre se paseaba por la misma monotonía.

Contaba una nueva ermita como si fuese una catedral, y de las plazas de los pueblos traía mil historias: que este año todos los cerdos eran negros, que la pana había subido, que el mercader de escabeches había traído un pez extraordinario, con más dientes que una sierra.

En la atenuación de la lámpara, aquel moscardoneo del viajero era como una canción para el sueño, y el matrimonio recibía la voluptuosidad de la palabra como un regalo que agradecer.

Ella tenía la cautela de pueblerina de no mirar al que ama en secreto, sino de oírle sólo con la cabeza más agachada que nunca, recibiendo en la nuca sus palabras, dejando que la cacheteasen el colodrillo.

Eudósio se avergonzaba de no tener nada que contar, pero se consolaba pensando que tenía buen corazón. «Yo tengo buen corazón, y basta.» Sólo tenía unas cuantas preguntas que hacer, y las repetía constantemente:

- ¿Y la panadera de Acislo?
- ¿Y el tabernero de Tejerina?
- ¿Y el consumero de Algodor?

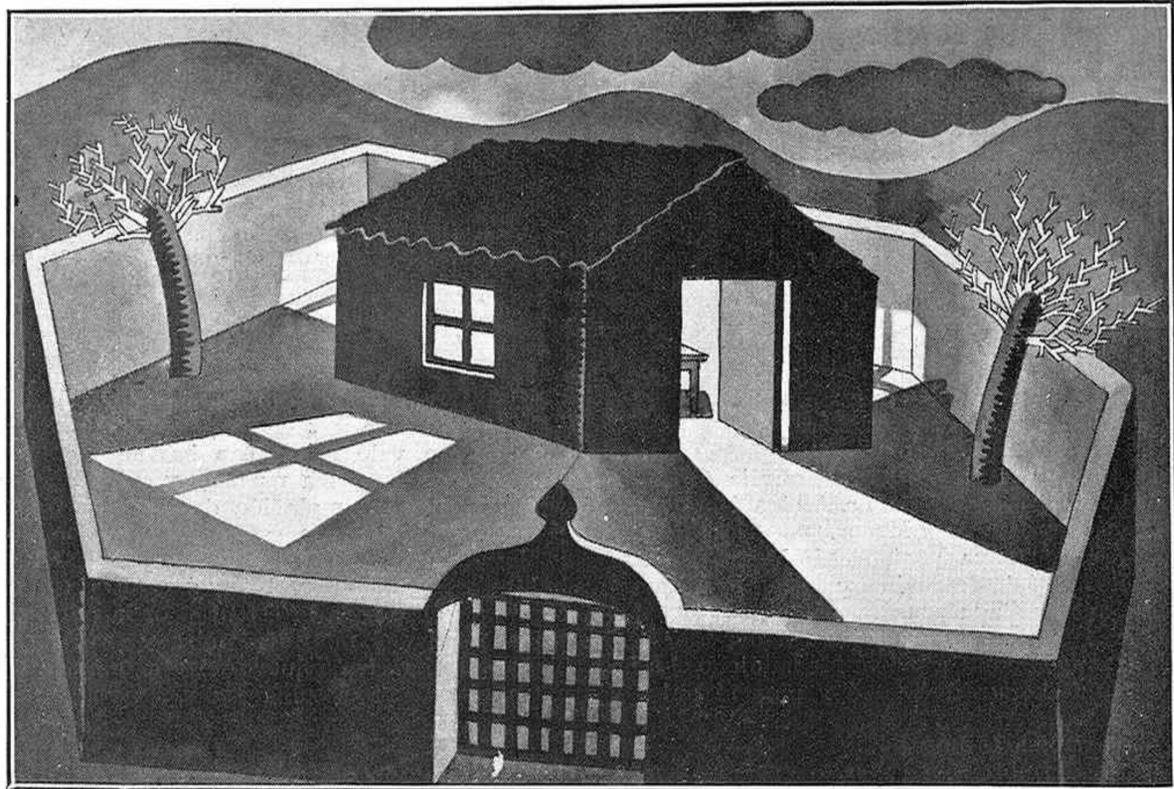
Parecía mentira que haciendo largos caminos por los campos, sólo por estar separado del camino, no pudiese contar nada. ¡La hierba es tan igual!

Fuencisla, hipócrita, callaba. Todo lo que había conversado con el arriero por el día lo descansaba por la noche, lo repasaba en silencio.

De vez en cuando le dedicaba el suspiro de sus puntadas, los puntos y aparte de su coser; unos anhelos con dolor de riñones, en que hacía un gesto de amor plebeyo con aire de danza en jarras.

La conversación también seguía el paso del quinqué, y había un momento en que el arriero, no encontrando palabras, se sentía desairado, sobrante, despedido hasta el día siguiente.

—No hay más remedio que regresar—decía; y tomando su látigo, se lo colgaba del cuello como una estola, para ir pertrechado por los caminos, y se despedía del matrimonio, que se quedaba un largo rato con la cabeza levantada mirando al que se había ido; más largo rato ella que él, como si le viese hasta el momento de



En la casa del carbón hubo aquella noche un resplandor...

desaparecer bajo la loma supuesta de la noche. Después, la lámpara seguía descendiendo en su voz baja, como si el tubo entornase los párpados, y los dos, con el recuerdo de la voz tabacosa del carretero, se iban á la cama.



Un día, por fin, vino Eudósio de la feria con su lámpara de gasolina bajo el brazo y su bidón de esencia á la mano.

En la casa del carbón hubo aquella noche un resplandor que sorprendió al camino. Parecía que allí dentro se hacían fotografías de barracón y las vidas dejasen impresionadas las placas de las paredes.

El campo de alrededor estuvo desvelado y sobre el suelo de la corralada se destacaron las ventanas como si fuesen lucernarios de cueva.

El arriero se quedó sorprendido al entrar.

—Parece otra la casa... De lejos parecía que había incendio.

—Entonces la luz sería más roja—dijo Eudósio.

—Lo que parece es que la luz se ha metido dentro—dijo Fuencisla.

—La gran fisgona á fisgar lo que pasa—asesoró el arriero, como dominando el arte mundano de asesorar lo que ha dicho la mujer para volverla más propicia.

Eudósio sonreía satisfecho, como viendo almidonado y con ropa limpia el interior de su casa.

Aquella noche no leyó, sino que miró muy fijamente todas las cosas é iba de unas á otras, como si las reconociese por primera vez en aquella luz.

Fuencisla tenía una cosa de atemorizada, y el arriero parecía un matarife, ocultando sus manos negras como quien oculta las manos ensangrentadas por el crimen.

—¡Si lo llego á saber, me afeito!—dijo avergonzado bajo la luz.

Eudósio le miró fijamente; después á Fuencisla, después otra vez á él, después otra vez á ella, como si les comparase, como si les encontrase parecidos, y así acabó la velada en miradas y miradas.



A la décima noche de lámpara de gasolina, el pobre pastor se había dado cuenta de todo; había leído el novelón de unos malos amores tenidos entre la esposa y el arriero, y cuando éste salió, empujó á su mujer fuera, hacia el campo, y con la lámpara de gasolina la mostró la sombra del otro, y la dijo:

—Vete con él, síguete como una perra, persíguelo, obligale á que te tenga... Así los perros echados de un lado tienen que mostrar su fidelidad en otro... Tú ya no sirves en mi aprisco, no has ladrado al que entró por lo mío... No te daré más de comer... ¡Busca casa!... ¡La de él, la de tu madre!

Y la lámpara esclarecedora, la que lo había descubierto todo, alumbró más alto el camino y mostró una sombra que corría detrás de otra sombra.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

(Ilustraciones de Almada)



—Vete con él; síguete como una perra...

ACABA DE PUBLICARSE

«LUNA Y SOL DE MARISMA»

José Más continúa con su novela última la serie de libros sevillanos que con tanto éxito tiene en publicación. *Luna y sol de marisma*, reúne las excelentes características de profundidad psicológica, soltura de estilo, cuadros de color y de vida que son habituales en José Más. La nueva novela del autor de *La bruja*, recoge admirablemente la vida del toro en las marismas del Guadalquivir. Vida curiosísima, que el novelista ha recogido de modo insuperable en este libro, nueva muestra del gran espíritu de novelista que hay en José Más.

Al día siguiente, en cuanto los rayos del sol se llevaron los últimos vellones grises de las nieblas, Juan de Dios preparaba su jaca baya y disponíase á recorrer la distancia que había del caserío de La Albina á la dehesa El Calvario de la Isla Menor.

—¿Te espera ya Maricrú, hijo?

—Le avisé desde Sevilla que iría hoy. De manera que me aguardará.

—Y á la chosa, ¿cuándo te vas der too?

—Dentro de una semana. Me ha dicho el señor Curro que hemos de marcá y numerá antes á los añojos.

—¿Armorsarás hoy aquí?

—No. Armorsaré en Er Carvario. Además, tengo que pasarme por mi serrao pa ve si me jase farta argo en la cabaña.

—Magdalena se ha cuidao ya de too eso. Tiés ayí dorniyos, platos, cubiertos, dos toallas y hasta un palanganero con su espejiyo.

—Por lo visto se cree que soy un mosito presumío.

—Es que como vienes de serví al Rey y de ve otro mundo por ahí fuera, eya piensa que te gustará arreglarte. Y como tiés novia...

—Maricrú me quiere á mí arreglao y desarreglao. Es un cariño mu hondo en ella y en mí. Y padre y Magdalena, ¿se han levanta ya?

—Entoavía no.

—Pues mire usted por dónde viene el señor Curro.

—Trempano se ha puesto hoy en pie er coseó—dijo la señora Gracia, mientras avanzaba hacia el centro de aquel rústico patio del cortijo.

—Trempano, sí, trempano—y añadió, riéndose y en tono de broma, dirigiéndose á Juan de Dios, que ya estaba montado y dispuesto para la marcha: —Pero más trempano se levantan los que acúen al oló de las faldas.

—Usted siempre es er mismo, señor Curro.

—Sí, sí, porque digo las cosas en crúo. Bueno, hombre. Arsa ya y píratela en seguía, que te estará esperando ese cachito de asúcar cande que se yama Maricrú. Dale recuerdos á eya y á su padre, que es un buen amigo mío. Y ar crusá por el serrao de los utreros, pasa lejiyo de un toro cárdeno que hay allí y que el mardesío se arranca jasta á los locos.

—Yo no estoy loco, señor Curro—repuso bromista Juan de Dios.

—Enamorao y mochaes, en mi disionario, sirnifican lo mismo, mosito.



Sobre la pradera, el sol tendíase suavemente y dejaba hebras rosadas en los blancos pétalos de las margaritas. Entre juncos, lirios silvestres y los altos matojos de la meleras con sus florecillas moradas, seguía Juan de Dios su marcha, firme los pies en los estribos de su silla vaquera, bien afianzadas las riendas y ojo avizor. Antes de que llegase al río, frente á la isleta donde lo esperaba Maricruz, tenía que cruzar por tres ó cuatro cerrados de La Albina. Descendió de la jaca varias veces para abrir y cerrar portillos y cancelas, y al hilo del antiguo cauce del Guadalquivir, rozando La Mínima, continuó hasta que el cuchillo acerado de las aguas cortara el terreno de un tajo definitivo y magistral.

¿Qué ocurría? ¿Cómo después de levantado el sol rosa y del tamaño de una naranja se extendía de nuevo la niebla? El sol, que al surgir en el horizonte había hecho que se abriera la bruma como un manto hasta conseguir que todo

resaltara netamente sobre la tierra y el cielo, había caído otra vez en el paisaje, envolviéndolo en un velo gris. ¿Era barrunto de mal tiempo aquella niebla repetida y extraña? Curiosísima la contemplación de este nuevo crepúsculo matutino, de este amanecer doble en la llanura marismeña. Las gasas plumizas, que habían desaparecido, volvían á ocultar con su capuz grisáceo toda la estepa. Por la parte del río avanzaba el manto plumizo y envolvente. Todo desaparecía de nuevo en esta madeja enmarañada. Pero el sol, de súbito, avergonzado



JOSE MAS
Ilustre novelista

de su flaqueza pasajera, con sus lanzas brillantes y agudas, horadó las paredes de la niebla hasta hacer emerger el paisaje más claro, más nítido, más puro, con más color y más transparencia que en los primeros comienzos del alba.

¿Qué alegría la de Juan de Dios, al verse de nuevo en sus campos; solo ante aquella jocunda y magnífica virilidad de la Naturaleza, una Naturaleza prodigiosa que, en vez de árboles, producía toros: el animal más bello de la Creación, el más fuerte, el más bravo, el más noble, el más temerario, con todas las virtudes de nuestra raza y también con todos sus defectos! Por eso, desde la antigüedad se le representa simbólicamente en muchas ciudades españolas y hasta se da la singularísima coincidencia de que el mapa de la Península Ibérica tenga la forma de una gran piel de toro extendida. Claro es que Juan de Dios no hacía estas consideraciones, ni hubiera pasado nunca por su caletre. A él le gustaba el toro porque era bello y enérgico, porque su silueta brillante y elástica rimaba bien con aquel marco de perspectivas insospechadas y de horizontes dilatadísimos. ¿Qué juegos de luces en los cuernos blancos y agudos como puñales clavándose en la atmósfera celeste y resaltando sobre una piel azabachada! ¿Y aquellos lomos macizos y alargados que resplandecían como si jugasen también sobre ellos otras soberbias y mágicas luces? Intrepidez, poderío y majestad en la mirada, en el testuz, en los flancos, y, sobre todo, en la gallardía de

los movimientos. Y esto, en los cerrados de los toros. En donde estaban los erales y los añojos la decoración trocábase de brava y majestuosa en pintoresca y risueña. ¿Qué movilidad, qué alegría! Los becerrillos, al paso de Juan de Dios acudían decididos, bajando la cabeza y algunos hasta se arrancaban. El mocito se reía de estos alardes cómicos de guapeza precoz y, en algunas ocasiones, dejaba que con los cuernecillos tiernos, aun con la bellotita, tocasen el vientre del caballo. ¿Cómo se enfurecían entonces! A Juan de Dios, los ternerrillos encolerizados le hacían efecto de carneros. Con la misma gracia y con idéntico desconocimiento se iban contra el bulto. ¿Y las ternerrillas? Con la cabecita entrelarga y las patas tan finas, parecían cabras. Allí, el cerrado perdía toda su bárbara prestancia y se convertía en algo infantil. ¡Y pensar que aquellos animalitos, tan pueriles, tan inofensivos á la vista, podrían, á los tres años, sembrar el terror y la angustia en torno de ellos! Juan de Dios observábalos y admirábase de aquella adquisición tan súbita de fuerzas invencibles para el ataque.

Marchaba ya por la veta del antiguo cauce. Conociábase porque el terreno estaba más suelto, más húmedo, más jugoso, y sobre todo, porque la vegetación adquiría por aquella faja del pasado curso del Guadalquivir, tonalidades vivísimas. En la lejanía, casi cubiertos por los almajos ribereños, desaparecían los toros, los novillos y los becerros. De vez en cuando, pero ya á gran distancia, se oía un mugido que hacía enderezar las orejas á la jaca y á olfatear el viento, abriendo todo cuanto podía los ollares, mientras mascaba el bocado y descubría la amarillenta y cuadrada dentadura.

Ni eso ya. Habían cesado los mugidos y toda otra señal de vida. Soledad. Silencio. Ni siquiera el animalito producía ruido al triturar la hierba bajo las fuertes herraduras; tan jugoso seguía ofreciéndose el terreno. Unicamente notaba Juan de Dios que el aire venía como impregnado de sales marinas.

El río, el verdadero cauce del río, no podía estar lejos. Y no estaba. Otra veta verdosa marcando la silueta de la antigua Isla Mínima, y, de pronto, como una larga pica de acero tendida sobre el tapiz del llano, el Guadalquivir sereno, pero de aguas espesas y plumizas. En medio de la corriente, el cucurucho de una boya pintada de rojo y en frente el terreno bajo de la Isla Menor, y casi bañándose en las aguas, los muros enjalbegados de una casita con su obscuro techo de albaida. ¿Qué bien rimaba con aquel trozo de paisaje grave y solitario, esta choza de tapadera cónica y de paredes pulcramente encaladas! Y entre los juncos de las dos orillas y los matojos y hierbajos de las márgenes, el *Vad-el Quivir* de los musulmanes y de *Al Andalus*, que tenía el misterio fatalista y la belleza salvaje de un río congelés.

—¡¡Maricrú, Maricrú!!!

La voz, clara y viril, rodó por el espacio azul, pasó por encima de las aguas plomizas y perdióse al fin entre los matojos que convertían en un ramillete, en un ramillete descuidado y casi deshecho, á la Isla Menor. El sol reverberaba en los blancos muros de la cabaña y teñía de un color más obscuro, de tabaco, á su techumbre cónica. Por aquellos alrededores seguía reinando la soledad y el silencio. Ni una vaca, ni un toro, ni un becerro, ni siquiera los ágiles potrillos, esas pjaras de greñudos que suelen venir á las mismas márgenes del río en busca de pasto tierno y jugoso.

—¡¡Maricrú, Maricrú!!!



A Juan de Dios, los ternerrillos encolerizados le hacían efecto de carneros

Las sílabas del nombre místico rodaron de nuevo por el aire como piedras que hubiesen partido de una honda pastoril, diestramente manejada. A este segundo llamamiento, se abrió á modo de una cajita de sorpresa la puertecilla de la cabaña pulquérrima y en el vano se recortó la silueta—blanco y rosa—de una esbeltísima muchacha. Luego, esta aparición fantasmagórica, sin relieve, como si fuera de papel ó de una materia traslúcida, dejó el hueco de la puertecilla y avanzó corriendo hacia el río. Ya más cerca, el efecto vaporoso, casi anímico, desaparecía, hasta quedar fijada en las pupilas de Juan de Dios la figura real de su prometida, la dulce, tierna y blanca vaquerita de El Calvario.

—¡Qué alegría más grande, Juan de Dios! Espera, voy en seguida por ti. La barquiya está yena de yerba, pero no importa, aunque es chica puede con los dos.

Loca de contento, Maricruz saltó á una lanchilla que balanceábase levemente amarrada á un picacho; quitó las cuerdas del rústico apoyo y con unos remos pequeñitos bogó hacia la otra orilla, donde ya su novio había dejado á la jaca en libertad y avanzaba á pie al encuentro de la barquichuela.

—Deja las palas y cógete á este bichero—le gritó Juan de Dios.

Y desde la orilla, casi metido en el agua, alargábale el palo fino y fuerte de su garrocha. Maricruz, brillándole en los ojos la alegría, asió con fuerza aquel punto de sostén que se le ofrecía y pronto la embarcación de juguete quedó clavada en la arena, y en brazos, uno del otro, la pareja amorosa.

—¡Chiquiya, con las ganas que tenía yo de verte! ¡Si me parese jasta mentira! Pero, ¿por qué me lloras, Maricruz?

—Yoro de alegría, Juan de Dios. Déjame. Así me desahogo. Ya ves si soy rara y tonta. Cuando recibí tu carta, en ve de sartá y brincá de contento, me entró una pena mu grande. Creía que algo iba á ocurrir pa que no nos viéramos más.

—Sigues lo mismo de pamplinosa, nena. Cuándo te vas á con-

vensé de lo mucho que te quiero?

—Cuando no tenga que está separá de ti.

—Pues, ahora, chiquiya, nos veremos toos los días. Ya sabes que me queo de vaquero en La Arbina, y la chosa der serrao que vigilo no me coge tan lejos de aquí que no puea vení á verte.

—¿Es de verdá eso, nene?

—De verdá, Maricruz.

Sentados en tierra, con el río á sus plantas, mirábase enbelesados. La mañana de marzo, luminosa y fresquita, era como un fruto dulce que se paladeara aromado por una brisa suave y con leves



Sentados en la tierra, con el río á sus plantas...

efluvios á yodo y sales de mar, no muy lejano. Cerca de Maricruz y de Juan de Dios, la barquichuela quieta y colmada de hierba, de un verde intenso y jugoso, era una nota viva de color que resaltaba bellamente de las aguas plomizas, del barro bermejo de las márgenes y del azul celeste del espacio. De vez en cuando, sobre el río, pasaban muy altas las avutardas, de rojo y negro y con pintitas blancas; algún que otro milano, los abejarrucos de vistosos colores, gaviotas y bandos nutridísimos de estorninos. También veías alguna que otra paloma de albo plumaje.

Maricruz era el tipo opuesto á Magdalena. Blanca, muy blanca, como el pan que sale del horno sin cochura; los ojos pardos y dulces, la boca de labios muy finos, los movimientos castos y la voz sin inflexiones cálidas. La antite-sis de Magdalena, física y moralmente. Al lado de Juan de Dios, Maricruz sentía un amor tranquilo, sin nerviosidades, puro y sereno, como su vida: una vida callada, extática, sin sobresaltos ni más inquietudes que las padecidas durante la ausencia de Juan de Dios. La muchacha, con su vestido rosa y de lunaritos blancos, sugería imágenes plácidas y pulcras. Sus movimientos lentísimos, casi inmateriales por la carencia de picardía sensual, eran de ovejita, de ovejita que mira tristemente en torno y marcha sin resistencia al sacrificio. Sentada á medio ganchete,

cerca de Juan de Dios, inclinada hacia él y viéndosele el comienzo de su garganta, amasada quizá con jazminillos silvestres, no encendía los deseos carnales; al contrario, dejaba libre un ansia loca de ensueños indeterminados, confusos, vaporosos.

—Y tu padre, ¿sigue bien, Maricruz?

—Tan bueno y tan girocho. Ya le dije que tú yegabas hoy, de manera que no debe tardá. ¡Mira, por ayí viene! Anda. Toma esta cuerda y ata er cabayo en un jinco. Y vamos pa la chosa; porque supongo que te quearás á comé con nosotros después de abrazá á mi viejo.

—Y no te has equivocado, chiquiya; después de ve á la crú más bonita de este Carvario de las marismas y de echá un sigarriyo con tu pare, había pensao gorroneá el armuerso.

—¿Gorroneá el armuerso? ¿No sabes, nene, que too lo que hay en la chosa de Maricruz es de su Juan de Dios?

Y lo dijo con tanto mimo y brillándole en los ojos tanta ternura que diríanse empañados por unas lágrimas invisibles.

—¡Mi chiquiya bonital! ¡Si vieras cuántas veses me he acordao de este rincónsiyo! Quiéreme siempre mucho.

Y su rostro se acercó al de Maricruz.

Ella fué la que tornó primero de aquel éxtasis, de aquel comienzo de abandono. Separó su boca de los labios de él y exclamó:

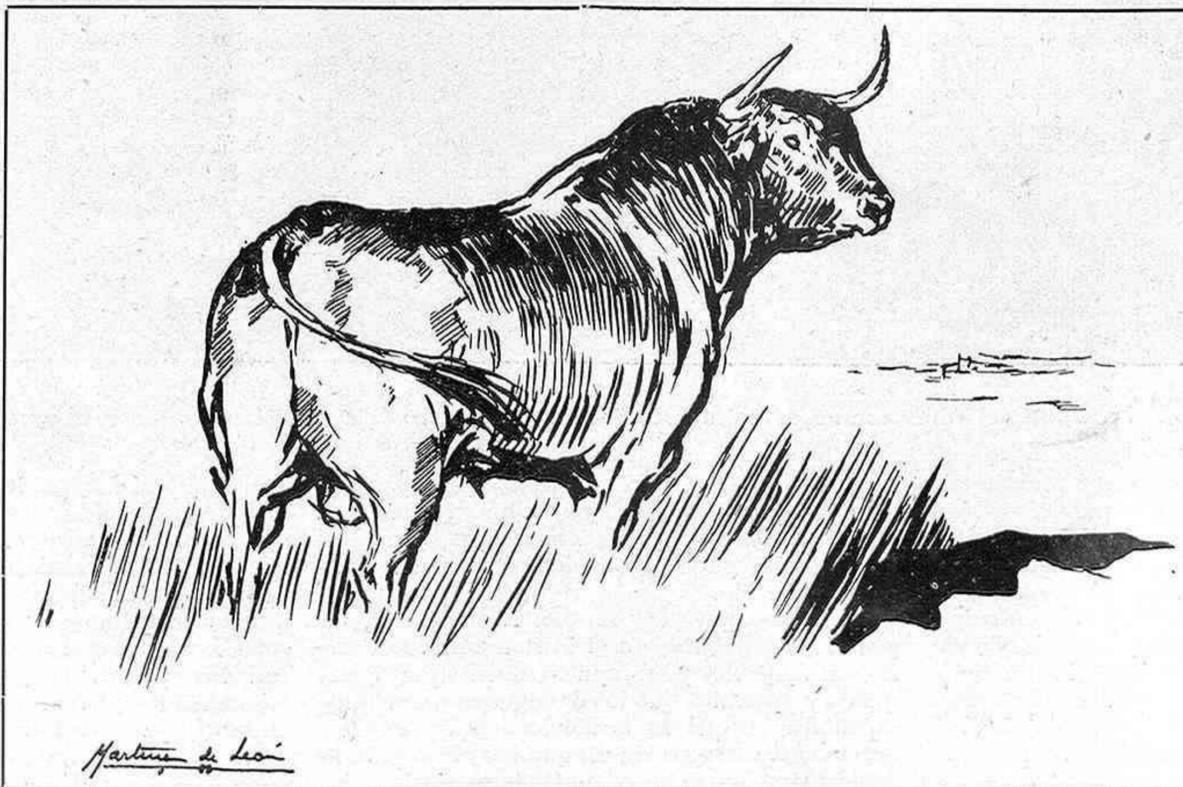
—Aquí, como tontos, y padre ya serca de la chosa. Mira cómo nos jase señas y nos yama. ¡Loco, loco; á lo mejó nos ha visto besarnos!

—Ni que tuviera anteojos—contestó riéndose.

Con rapidez saltaron á la barquilla. Juan de Dios empuñó los remos. Con la piramita de hierba, verde en el centro y moviéndose con lentitud en medio del río, parecía un islotito flotante, y Maricruz y Juan de Dios, dos náufragos felices que hubiesen encontrado ya la costa salvadora.

José MAS

(Dibujos de Martínez de León)



Intrepidez, poderío y majestad en la mirada, en el testuz, en los flancos...

Un Parlamento original La «Casa del Valle» en Andorra



La «Casa del Valle» es uno de los lugares que ningún viajero deja de visitar en Andorra

(Fot. Agencia Gráfica)

El Parlamento más pequeño del mundo es, indudablemente, el de la República de Andorra. Si alguna vez sus miembros llegasen a formar parte de la Unión Parlamentaria Internacional, seguramente, al visitarlos con ocasión de alguna Conferencia, no encontrarían, entre los grandes edificios que en Berlín, en Londres, en los Estados Unidos y aun en Madrid albergan a los Cuerpos legislativos, esa humilde «Casa del Valle» que hoy reproducimos, y que visitan, como objeto de curiosidad, los turistas que viajan por los Pirineos.

En el Parlamento de Andorra, sin embargo,

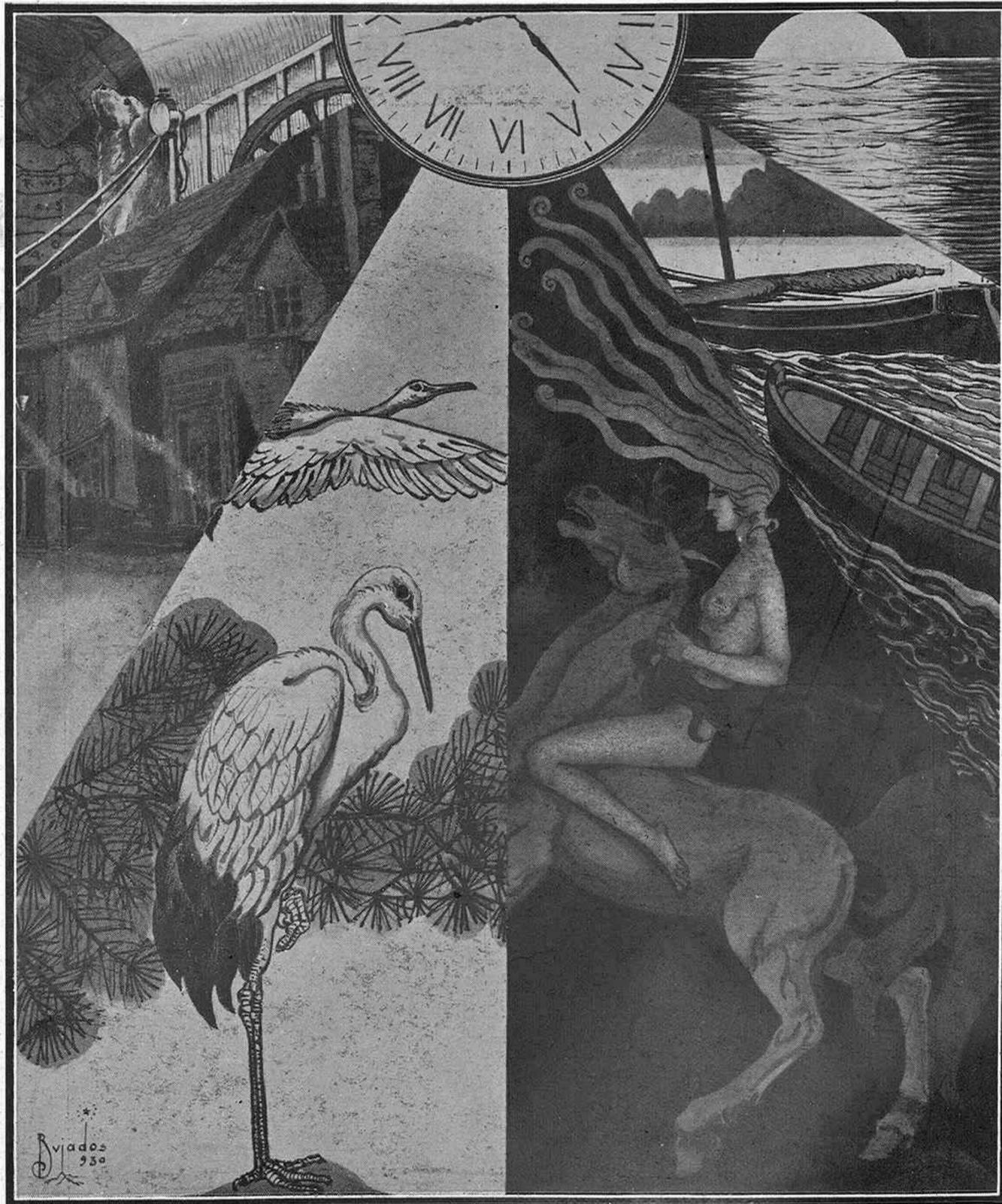
la pasión caldea á veces los ánimos de los legisladores, que se reúnen, generalmente, en momentos solemnes, que muchas veces, como no hace mucho, pueden considerar como supremos para su pueblo.

Pero esas ocasiones no son frecuentes y, en general, los debates en el Parlamento andorrano son apacibles y tranquilos; mucho más tranquilos y apacibles que los de algunos municipios españoles, en que la pseudoelocuencia hace generalmente estragos sin ningún beneficio para la Administración pública, que debería ser lo principal para ellos.

Al fin y al cabo, es ley que los Parlamentos representan exactamente el espíritu de los pueblos, y un Parlamento de oradores—por no decir un parlamento de charlatanes—no sería fiel expresión del pueblo andorrano.

La tranquilidad en que aquellos aldeanos viven hace pensar si sería un error fundamental el que hizo preferir las grandes á las pequeñas nacionalidades y olvidar demasiado las viejas costumbres patriarcales.

A veces, el hombre, en busca de lo mejor, halla sólo la intranquilidad espiritual, que tal vez no sea el ideal humano.



NUEVA CANCION DEL ALBA

—Mientras el mar del cielo no liberte a los pinos,
muchacha, ata las cintas de tu estrella a mi mano.

En las fraguas del río, sin que lo viera nadie,
fundió la luna vieja su pectoral de estaño.
Sobre el reloj dormido de las rosas
gira la aguja el viento de los gallos,
y en el jardín antiguo, donde madura el sueño,
una lengua de cobre lame el aire tiznado.
Temblor de grises astas en la marisma verde
y encaje azul bajo la sien del barco.
Del último lucero, nostálgico de albercas,
rajan la sal del pecho los aleros dorados
—pronto, el martillo en la herrería,
el albañil, sobre el andamio—,
y en los labios del agua la luz borda un romance
de espuma y romeral recién casados.

El horizonte agita sus espadas de lino.
La aurora tiene ya catorce años
y encadena al caballo de la brisa de Junio
sobre su vientre de claveles ásperos.

—No te separes mucho. Que la alondra describa
la voz de nuestros pies en las olas del campo.

¡Alegria rural de leche y malva,
que machacó a la luna en los barrancos!
Sobre almenas de chopos, el valle gris vendimia
ímpetus de jazmín entre sus brazos
y al monte de laurel le clava un frío salino
la vecindad del mar en el costado.
Las cigüeñas, cargadas de vuelo y nube, rizan
el oleaje matinal del cántico
y el humo de Belén
huye por los portales entornados.
Los carreteros, en jornada, queman
la seda del camino con la flor del cigarro.
Brillan las mariposas entre las mulas viejas
y el can cubre de emblemas el madero del carro...

Un seco sol de zinc. El aire niño tiene
torso de marfil rubio y ojos claros.

FERNANDO HERNANDEZ ESPOSITE
(Dibujo de Bujados)

UN NUEVO TRIUNFO DE DOS GRANDES ARTISTAS

EL MONUMENTO A LA REINA CRISTINA

EL certamen artístico, magno, para elegir un proyecto de conmemoración monumental dedicado a la Reina María Cristina ha proporcionado un nuevo y resonante triunfo a dos artistas ilustres: Antonio Flores y José Capuz.

No es sorprendente: aun luchando con firmas muy ilustres, de artistas gloriosos también, José Capuz y Antonio Flores, predilectos constantemente de los triunfos artísticos, al unirse, parecían ya señalados para vencer una vez más.

Su triunfo, por tanto, no ha sorprendido a nadie absolutamente.

Había para ello en esa colaboración una razón más, y muy fundamental: no se trataba de una unión adventicia, ocasional, caprichosa, de espíritus para realizar una obra, sino de una penetración mejor y arraigada, que nació en Roma, de anhelos, aspiraciones y gustos comunes y que, consolidada más tarde por una continuada amistad y una mutua crítica, siempre generosa y alentadora constante, ha podido fundir dos pensamientos y crear, en colaboración, una obra muy grande, que tiene el sello de la perfecta unidad de concepción y ejecución.

Son esas las dos características fundamentales del monumento triunfador: la grandeza y la unidad de pensamiento.

Sereno, plácido, pero dando una intensa sensación de dinamismo, quizás emanado de la admirable expresión de los grupos escultóricos, representativo de las tres virtudes: Fe, Esperanza y Caridad, que orientaron constantemente la acción de la Reina María Cristina y constituyeron, en medio de todos sus incidentes abrumadores, la dinámica potente de la Regencia.

Para lograr esa severa serenidad que da tan seria sensación de energía activa, Capuz y Flores han seguido un camino perfectamente lógico: estudiar muy a fondo la figura que el monumento había de exaltar; ir hondamente en busca del espíritu de la Reina Cristina; sentir su rica



El busto, admirablemente exacto, de la Reina María Cristina, obra de Capuz, fundido en plata (Fot. Cortés)

han podido prescindir de lo que llama el *modelo único* de su propia personalidad; pero ese hecho innegable, y además inevitable, no implica ni una desviación, ni menos aún una deformación del modelo estudiado.

é intensamente cálida emotividad, no manifestada al exterior de un modo tumultuoso, era conseguir la idea generadora de la obra, expresiva de una personalidad. Una vez lograda esa idea, todo lo demás era fácil, sobre todo para artistas tan en plena posesión de sus instrumentos de trabajo como Flores y Capuz; pero lo difícil, lo imposible para buscadores menos comprensivo era lograr esa idea.

Capuz y Flores han dicho, en una *interview* muy interesante para *Nuevo Mundo*, cómo persiguieron el pleno conocimiento y la total asimilación de esa psicología: analizando una vida muy minuciosamente, llegaron a comprender la figura en que esa vida había encarnado, y así concibieron el monumento amplio en que el busto de la Reina María Cristina, tan bella y verazmente modelado por Capuz, no bastaba para contener todo el espíritu de la Regente, que se difunde y expresa, con esa fuerza dinámica de que antes hablamos, en la totalidad del monumento, que, frente al estatismo de las viejas estatuas, alza en su serena majestad el dinamismo de una acción social recia y perseverante.

Para concebir un monumento semejante es necesario mirar a la vida desde lo alto, con una mirada amplia y comprensiva que abarque los grandes hechos en su conjunto; pero percibiendo en ellos los detalles que los matizan y los dan su carácter expresivo, poco visible para el que no sepa penetrar en los espíritus.

Es indispensable también elevarse sobre el tiempo, sobreponerse al presente para mirar al pasado, como señal profética del porvenir.

Flores y Capuz, en la Memoria descriptiva del monumento, declaran que al estudiar la figura a que su obra había de glorificar no



«La Caridad», uno de los magníficos grupos escultóricos que flanquean la figura fundamental

(Fot. Cortés)



Vista general del monumento á la Reina María Cristina, según un dibujo, muy bello, de Antonio Flores, que reproduce toda la grandiosa intensidad estética de la obra
Fot. Cortés)



Detalle arquitectónico de un ángulo del entallamento del pedestal central, concebido y ejecutado con impresionante grandeza

La personalidad de un artista, por fuerte y sólida que sea, no es nunca, por definición del artista mismo, cosa insensible é impenetrable; al contrario, la suprema condición artística es la impresionabilidad, la sensibilidad, agudizada en la busca de la belleza, y por ser eso así, cuando un artista estudia un modelo, forzosamente se deja impresionar por él, sin lo cual no llegaría nunca á interpretarle ni á reproducirle tal como íntima y espiritualmente es.

El éxito, pues, de la obra y el que definitivamente logrará cuando se alce con toda su integridad en el parque de la Ciudad Universitaria, se debe en una gran parte á esa íntima compenetración de los artistas con el modelo, que ha hecho vibrar de un modo especial la personalidad de Flores y Capuz, unidos en una colaboración perfecta.

En cuanto á la ejecución, todo elogio huelga: Capuz y Flores son tan maestros en sus respectivos artes, que sus obras no son ya discutidas ni aun por los más fervientes adversarios.

Esta vez, además, entre sus mismos competidores han tenido los mayores encomios.

La sencillez grandiosa de la traza general del monumento le da, al mismo tiempo que caracteriza bien la figura conmemorada, un sabor

clásico perfectamente compatible, como puede verse, con una consciente modernidad.

De esa conjunción feliz, que ya se dió otras veces en las obras de madurez de Flores y de Capuz, resulta esa magnífica serenidad del monumento, dinámico no obstante, que es también un acierto si se atiende al lugar en que el monumento ha de ser erigido; aquellos parajes, hogar futuro del alma *matér* de la ciencia española, habrán de requerir de los espíritus esas mismas características: la acción serena, reposada y perseverante del espíritu.

Así, el monumento, de tan admirable belleza plástica en su conjunto y en sus detalles, tiene aún una máxima belleza interna espiritual. Intensamente expresivo, responde á una idea y pinta reciamente un espíritu; es lo más que puede pedirse á un monumento de su género.

Sin descender á los detalles minuciosamente, podría señalarse como muy digna de atención y aplauso la compenetración perfecta, la adecuación total á las líneas generales, concebidas seguramente por Flores, de los grupos escultóricos modelados ya por Capuz. Flores ha ofrecido al escultor líneas prolongadas, que determinan espacios amplios y horizontes lejanos, y Capuz ha levantado sobre esas líneas y en esos espacios

grupos de una enorme fuerza clásica, muy en la manera actual del gran escultor, que desde la más apretada persecución del natural, de un primitivo barroquismo, ha sabido elevarse, por depuración progresiva de su arte y de su estilo, á esas modernas creaciones que nos hacen recordar los mejores tiempos del arte clásico.



El triunfo logrado por Capuz y Flores es tanto más valioso cuanto mayor interés había despertado el certamen entre los artistas.

Por múltiples razones, el premio que se ofreció constituía una aspiración elevada para arquitectos y escultores, y al concurso habían acudido, por esta razón, en fecundas colaboraciones, las más prestigiosas firmas de nuestra Arquitectura y nuestra Escultura, con el máximo empeño para lograr la preciada recompensa, en la que no era lo menos interesante unir su nombre á la magna obra de cultura y progreso nacional que la Ciudad Universitaria representa.

El monumento embellecerá muy pronto aquellos bellos lugares de la Moncloa. En Octubre será puesta la primera piedra, y la obra será continuada desde entonces sin interrupción.

CUENTOS BREVES

EL TESTIGO

AQUEL rincón del parque, costero á sus lindes, venía á formar como un recodo de quietud estival, sombreado, como estaba, por una hilera de acacias pomposas. Distantiado del paseo de coches, no le molestaban ni el chirriar del rodaje ni el bocinar de los autos; y carente de amplitudes de plazoleta, no le buscaban los niños, que buscaban para sus juegos más amplios espacios.

Había en el rincón, para deleite del solar, dos bancos de madera con respaldo, ni tan juntos que brindaran á la expansión, ni tan distantes que resultaran ajenos uno de otro; eran, bien así, como los pisos derecha é izquierda de una escalera. Por lo apartado del lugar, tenían pocos pretendientes; pero al caer de la tarde contaban con un abono seguro, que permanecía en cada asiento hasta un poco antes que la noche corriera su telón de boca.

En uno de los bancos se estacionaba la vejez, un señor como en sus setenta, de encarnado afeitado rostro, revelando en su continente la placidez de la holgada vida, que acusaba la cadena de oro sujeta á un ojal de la cazadora, pues no gastaba chaleco, por incompatibilidades entre el calor y su crasitud. El otro asiento pertenecía á la juventud, á una pareja amorosa, la imprescindible en todo rincón del parque: ella, una muchacha en sus veintitantos, de rubio y cortado pelo, con poco ó ningún afeitado, de honesto mirar, y él, de edad análoga, fuerte y resuelto, sin chaleco también y sin sombrero; que mostraba así la peinada cabellera.

Llegaba el primero el señor, se dejaba caer en su banco con la laxitud de su grasa, se abanicaba con el jipi y se hundía en un sopor sin cabeceos, como de sueño hacia adentro, del que le sacaban los pasos de la parejita, enderezándose á su banco. Mirábanse unos y otros, con una mirada que tenía algo de mutuo saludo, y cada cual á lo suyo: el señor grueso, á contemplar el

paisaje ó á pensar en sus cosas ó á dormir algo, y los novios, á entregarse á sus arrullos de tórtola. Alguna vez faltó la vejez á su banco. La juventud le dedicó un cuarto de segundo de su deslumbramiento. ¿Estará malo? En otra ocasión los novios fueron los ausentes, y el grueso señor el extrañado ¿Qué les pasará?

El invierno cortó con sus hielos y sus lluvias los regodeos del rincón del parque, privándole de todo, de sus sombras propias y de la beatitud del amor y la paz. Pero tornó la primavera á decorar el sitio y el verano á refrescarlo, y, en sus ocasos, volvieron á encontrarse en el silencio del escondrijo el señor sin chaleco, el joven sin sombrero y la muchacha sin carmín. En los ojos de los tres fulguró el mismo contento, ¡y qué de cosas se dijeron con los ojos!

Los ojos del señor gordo reflejaron una gran alegría; exclamaron con su luz: «¡Ah, conque son ustedes y siguen amándose como el año pasado! Más vale así. No saben ustedes lo que el descubrimiento me congratula. La juventud es toda esperanza, y la esperanza acusa la fe. Ya veo que su amor no es un mero fuego de bengala, que fascina al surgir, pero que carece de calor perenne. He pensado en ustedes muchas veces, recordando nuestra concomitancia veraniega y preguntándome: ¿qué será de ellos? Son ustedes constantes, y por tanto, merecen ser felices. Pues aquí tienen ustedes reservado su banquito; y ya que parece que no les molesto, seguiré yo en el mío, y *tutti contenti*.»

A su vez, los ojos de ambos jóvenes, clavándose efusivamente en los de su copartícipe de



—¿Nos honrará usted aceptando?

confesionario, replicaron efusivamente: «¡Sí, señor, sí; nosotros somos, y como podrá usted apreciar, seguimos adorándonos! Usted nos ha preguntado si continuábamos queriéndonos. ¿Temía usted lo contrario? Se equivocaba usted. Quizás, en su experiencia de una larga vida, es usted un poco escéptico y habrá usted dicho para sí, alguna vez, si pensó en nosotros: ¿Habrán reñido aquellos tórtolos? También ambos pensamos si gozaría usted de salud. Y aquí nos tiene usted otra vez, en busca de nuestro banco, seguros de que no le estorbamos ni ofendemos, pues ya le consta nuestro recato.»

No volvieron á ocuparse unos de otros; pero llegado el otoño, á advertirlos con sus primeras hojas caídas que iba á echar la llave al rincón, á la hora de retirarse, el señor venerable tuvo una sorpresa profunda. El mancebo de la parejita estaba ante él y le dijo, después de una inclinación de cabeza:

—Perdón, caballero, por la libertad que me tomo sin conocerle. Me anima la vecindad que venimos sosteniendo en este mismo sitio, desde hace dos años. Ya habrá usted comprendido que esa señorita que me acompaña es mi novia. Es una muchacha honrada, que vive de su trabajo de mecanógrafa, en una Empresa metalúrgica á la que yo pertenezco como empleado, y concluida nuestra labor, venimos aquí á expansionarnos. El director y su esposa nos apadrinan. Ni ella ni yo contamos con familia alguna. Pues bien; nos hemos acordado de usted y nos hemos dicho: ¿Por qué no ha de ser testigo nuestro ese señor tan simpático? He aquí mi tarjeta. ¿Nos honrará usted aceptando?

El anciano se quedó atónito, pero apreció la sinceridad de la oferta y dejó hablar á su corazón.

—Con mil amores—, y tendió su mano al joven, que le correspondió estrechando la suya—; también ustedes habían ganado mi interés. Ahora presénteme usted á su futura. Su biografía la enaltece á mis ojos. Es una trabajadora. ¡Ah!, tome usted mi tarjeta. No le he dicho aún quien soy. Ingeniero jefe retirado.

—Agradecidísima, señor—exclamó la joven sonriente y correspondiendo al saludo del venerable compañero de rincón.—Ese puesto le corresponde de derecho. La Providencia ha hecho de usted nuestro testigo de novios; era lógico que lo fuera de nuestra boda.

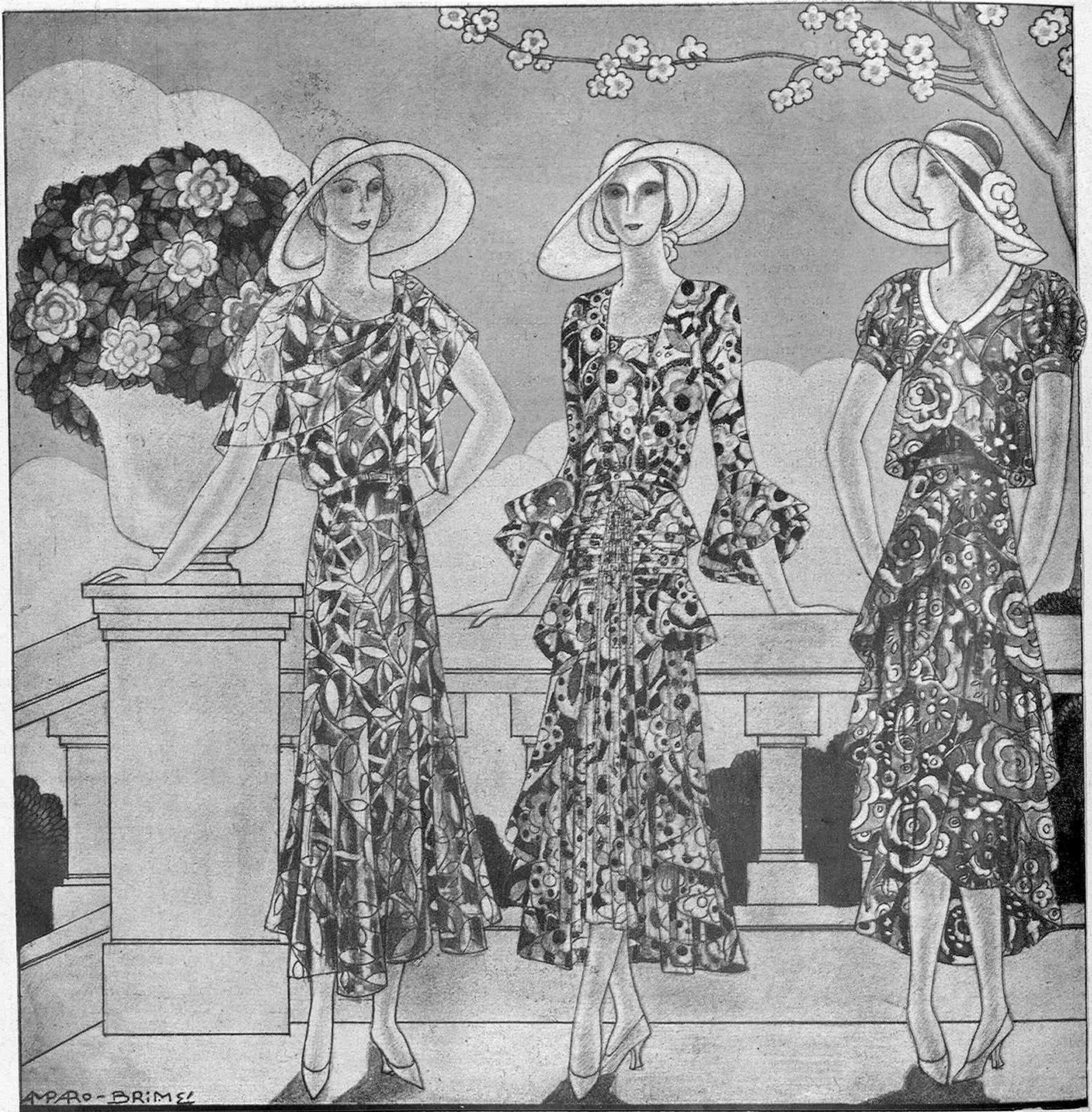


El otro asiento pertenecía á la juventud...

(Dibujos de Escribá)

ALFONSO PEREZ NIEVA





Elegancias

LA muselina florida y las grandes capelinas de paja ó de crin caladas y transparentes, ofrecen encantadores conjuntos para las fiestas al aire libre. Una flora fantástica traza los temas caprichosos y policromos de estas telas sutiles, favoritas de la temporada actual, propicias á las luminosidades doradas de las horas de la tarde. Para estos modelos son preferidas las complicadas confecciones en que la suave ondulación de los volantes cortados en forma y las rizadas inserciones de su vaporoso tejido, proporcionan ese gracioso movimiento característico de los atavíos netamente femeninos.

AMPARO BRIME



Vestido de muselina estampada, conguarnición de crespón de seda

(Modelo Maubert)

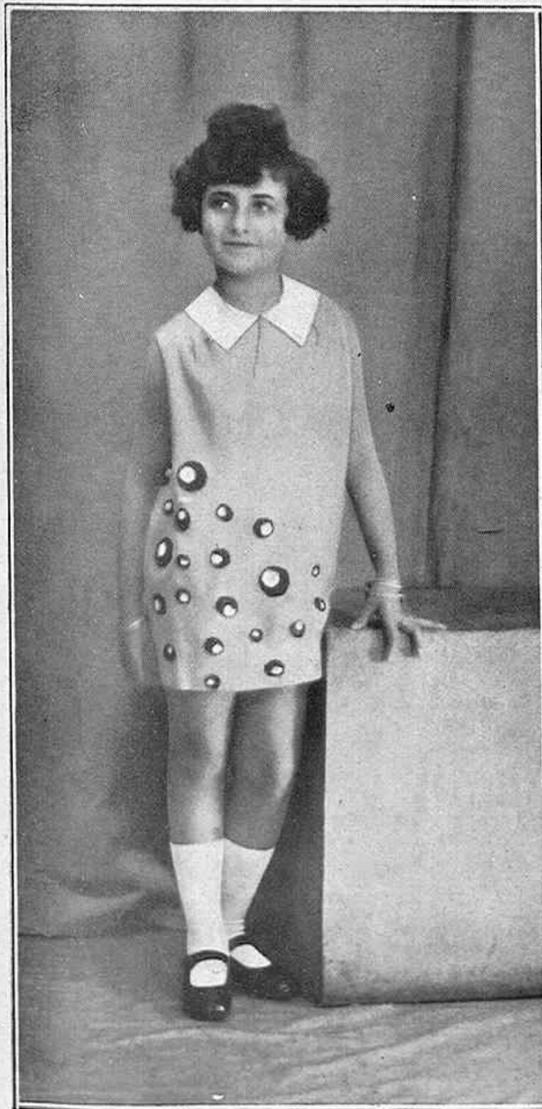


CÁMARA FIU



Vestido de tarde, en crespón de China verde Nilo

(Modelo Martial et Armand)



Vestidos de muselina de seda blanca
(Modelos Mignapouff.—Fot. Manuel Frères)

LOS NIÑOS Y LA MODA

LA moda en el aspecto infantil parece que no ha cambiado, y, no obstante, ¡cuántos detalles nuevos contienen los trajes infantiles, y qué lindos y refinados son la mayoría de ellos!

Principalmente, los trajes de las nenas son un verdadero «amor», como dicen los franceses para demostrar su verdadero entusiasmo por una cosa bella. Los crespónes sutiles, los adornos de cintas, los trabajos de menuda lencería, las formas mismas de los trajecitos graciosos y ligeros hacen de las niñas verdaderas muñecas, encanto de nuestros ojos y de nuestro espíritu.

Hoy día hay modistos dedicados exclusivamente á crear vestiditos infantiles, y de ahí que la elegancia de los pequeñuelos vaya cada vez en aumento.

Un niño no es elegante porque lleve un traje de muy buena calidad; á veces, un simple delantalito es tan bello de forma, tan acertado de colorido y de adorno, que basta á darnos una sensación tan grata, que ni por un momento siquiera pensamos en analizar el tejido con que está confeccionado.

Vestido de «crêpe georgette», con aplicaciones de seda recortadas

(Modelo Jenny.—Fot. Manuel Frères)

Vestido de «crêpe georgette» bordado en seda

(Modelo Mignapouff. Fot. Henri Manuel)





Sombrero de paja, con un bias de seda
(Modelo Marie Alphonsine)

Este año se lleva mucho el azul y el rosa combinados, lo mismo en los trajecitos que en los sombreros. También el tono blanco destaca del conjunto, así como el amarillo en las gamas limón y paja muy dorada.

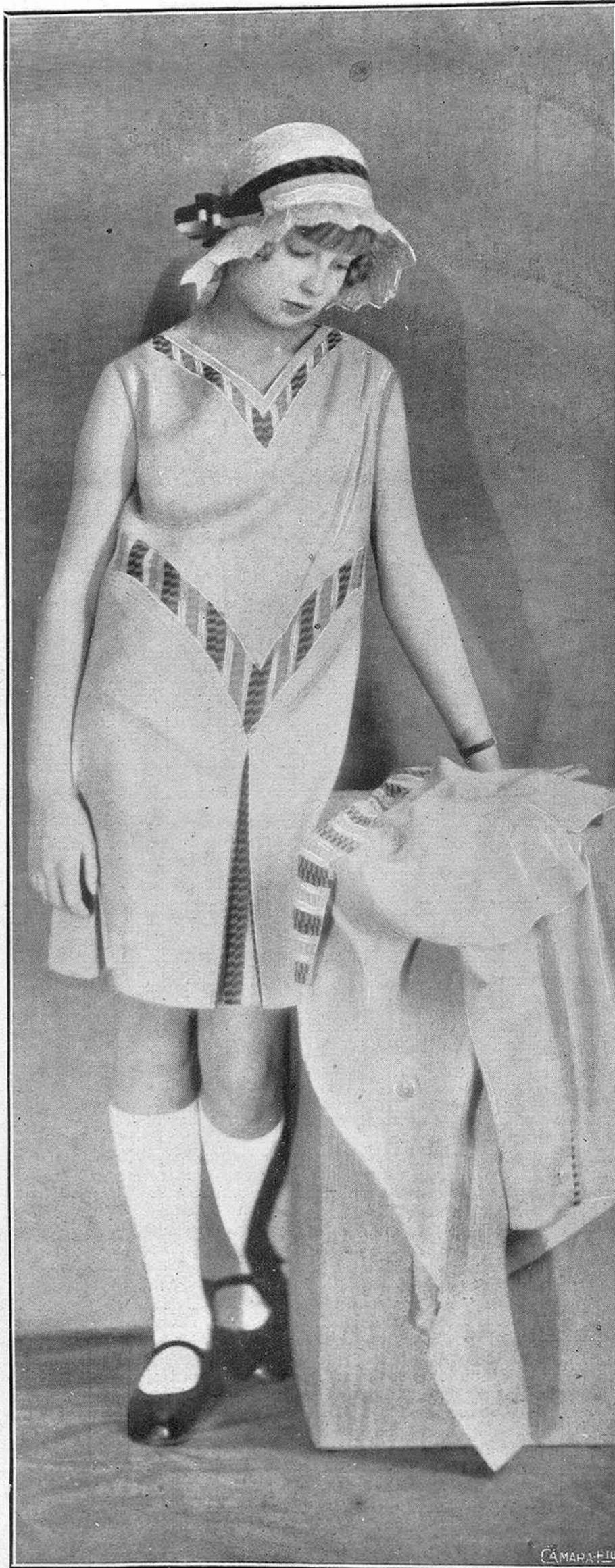
Las hechuras más corrientes son las de falditas amplias y canesú corto, cayendo un poco sobre el brazo, á fin de que éste no se muestre en toda su desnudez. Hay otras formas que no se ajustan á este patrón casi clásico; pero la más corriente es la citada primeramente.

Se llevan mucho los bordados rusos, las flores recortadas en planos grandes, muy modernamente trazadas y muy sencillas, por lo tanto, y también, para las nenas y nenes de corta edad, los bordados representando animalitos graciosos, mariposas irisadas en mil matices delicados, y todo aquello, en fin, que constituye un tema aparente y apropiado para los trajecitos de los niños.

Lo más preciado de la moda infantil actual es que se ha apartado completamente de la de las mujeres. Sabido es que en otras temporadas las nenas han adoptado sombreritos de alas transparentes; en la de ahora, como la boga ha pasado al dominio de las



Sombrero de seda adornado con botones de fantasía



Vestido de lanilla, amarillo claro, con incrustaciones de «tissu» de fantasía
(Modelo Mignapouff)



Sombrero de paja, con un bias de seda
(Modelo Marie Alphonsine)

damas, las niñas llevan pequeñas capotitas de fieltro, tan ligero como una pluma, y pamelas de paja de Italia ó de *payason* muy grueso.

Vuelven á usar las niñas el calzado blanco. Los zapatos negros sólo se adoptan con los trajes de «mucho vestir», es decir, cuando la nena asiste á una boda ó á una fiesta que se celebra bajo techado ó en la *serre*; pues si es en el jardín ó en la terraza, la futura mujercita debe llevar zapato blanco, aunque su traje sea muy *habillé*.

La moda ha llegado á adueñarse plenamente del aspecto infantil, y las madres rivalizan por mostrar á sus hijos lo más lindamente ataviados que soñarse puede.

Esos bucles de oro, de ébano, que orlan el óvalo de una carita infantil; ese conjunto de gracias y armonías maravillosas que se desprenden de los cuerpecitos de los niños, son dignos del marco más bello que pueda inventar la fantasía de los hombres; esa fantasía que siempre es pobre para realzar el encanto de esas lindas personitas, consuelo y alegría de nuestra existencia.

ANGELITA NARDI



Gorrita de fieltro, con adornos de encaje y una flor de seda

CÁMARA-FIU

LA ETERNA JUVENTUD

OTRO MÉTODO DE REJUVENECIMIENTO

Uno de los ideales que jamás abandonan los seres humanos es el de conseguir la eterna juventud. Antiguamente se la pedían á la magia ó á los milagros, según que eran descreídos ó creyentes, y no fué el tan traído y llevado Fausto el único cliente que anduvo en tratos con el demonio para recobrar la juventud ó para no envejecer.

Ahora, los que aspiran á la inmortalidad, pero á la inmortalidad total y plena, sin decadencias, que para muchos son aún menos soportables que la muerte, apelan á la ciencia, y son los médicos y los biólogos, los médicos, sobre todo, los llamados á resolver el magno problema, que, dígame en verdad, sólo los más escépticos, los que no creen, ni aun teniendo pruebas evidentes de él en el progreso científico, pueden declarar irreso-

luble. Lo único que hasta el presente puede afirmarse es que todavía no se le ha encontrado solución definitiva y que convenza á todos. Voronof, con la admirable clínica de que no hace mucho habló LA ESFERA, no consigue más que una solución costosa, en virtud de la cual unos cuantos meses de juventud más ó menos real se pagan con algunos años de vida.

Pero el fracaso de Voronof no ha desesperanzado totalmente á los ambiciosos que sueñan con eternizarse en la buena vida ni á los ambiciosos que sueñan con enriquecerse á costa de los ilusos, y ya está en campaña un nuevo médico rejuvenecedor, que apela á procedimientos menos crueles, pero cruentos también; el nuevo Voronof, «de cuyo nombre no quiero acordarme», apela al sistema de la transfusión de sangre nueva á los odres viejos, de un sistema arterial caduco generalmente.

Puede decirse que esta vez, en cuanto á idea generadora, por lo menos, el teatro se anticipó á la ciencia: hace muchos años, una Compañía italiana famosa representó en el Buen Retiro una opereta pecaminosa, como lo eran todas las de su época, que hacía sinónimas las palabras opereta y procacidad, en la que el Diablo, nada menos que el Diablo, compraba su juventud á un estudiante para hacer de ella uso poco plausible.



Uno de los ayudantes del inventor del nuevo método, extrayendo sangre á una muchacha para intentar el rejuvenecimiento

Ahora, el médico inventor sigue un procedimiento más prosaico; toma sangre de venas jóvenes, la inyecta en venas viejas y así consigue, según dice, la juventud de los pacientes.

Es de temer que como en *El carnet del diablo*—así se llamaba la opereta—los que den su juventud tengan que lamentarlo finalmente; pero esto no parece preocupar mucho ni al doctor ni á sus clientes, que, de seguro, pensarán que dando su dinero pagan equitativamente lo que logran.

los tejidos, que determine un rejuvenecimiento total de los órganos.

Pero, naturalmente, dudar no es, ni mucho menos, negar; la patología moderna, con todas sus influencias humorales y todas sus consecutivas acciones hormonales y la acción fisiológica de los infinitamente pequeños, autoriza la esperanza.

La vida, en suma, es una interesante renovación, que por su intensidad determina la de la vida misma, y cualquier excitante de esa actividad renovadora puede tener repercusiones extraordinarias.

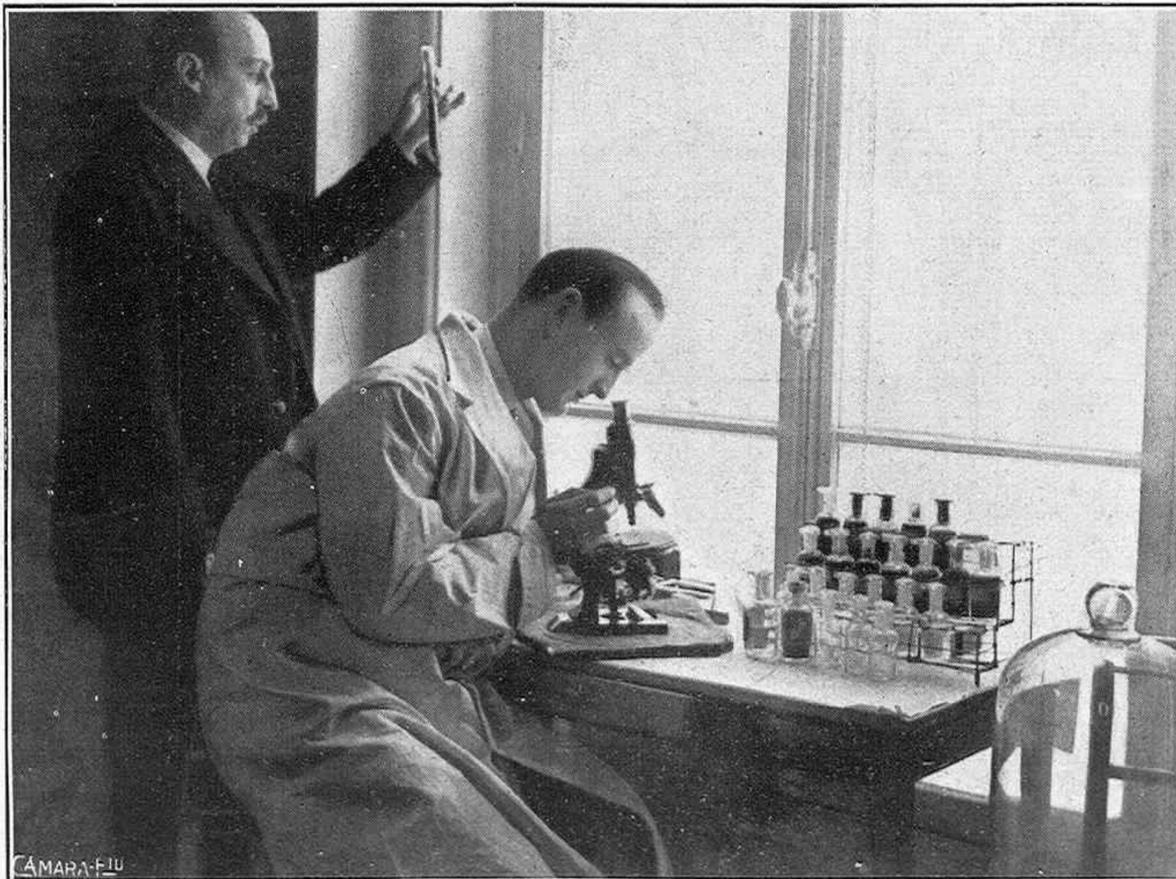
Quizás una de ellas pueda ser ese rejuvenecimiento total mediante la transfusión sanguínea, y en ese caso el problema estaría definitivamente resuelto.

Pero, ¿se nos ha dado tantas veces como encontramos la solución, y hemos sufrido, por crédulos, tantas desilusiones!

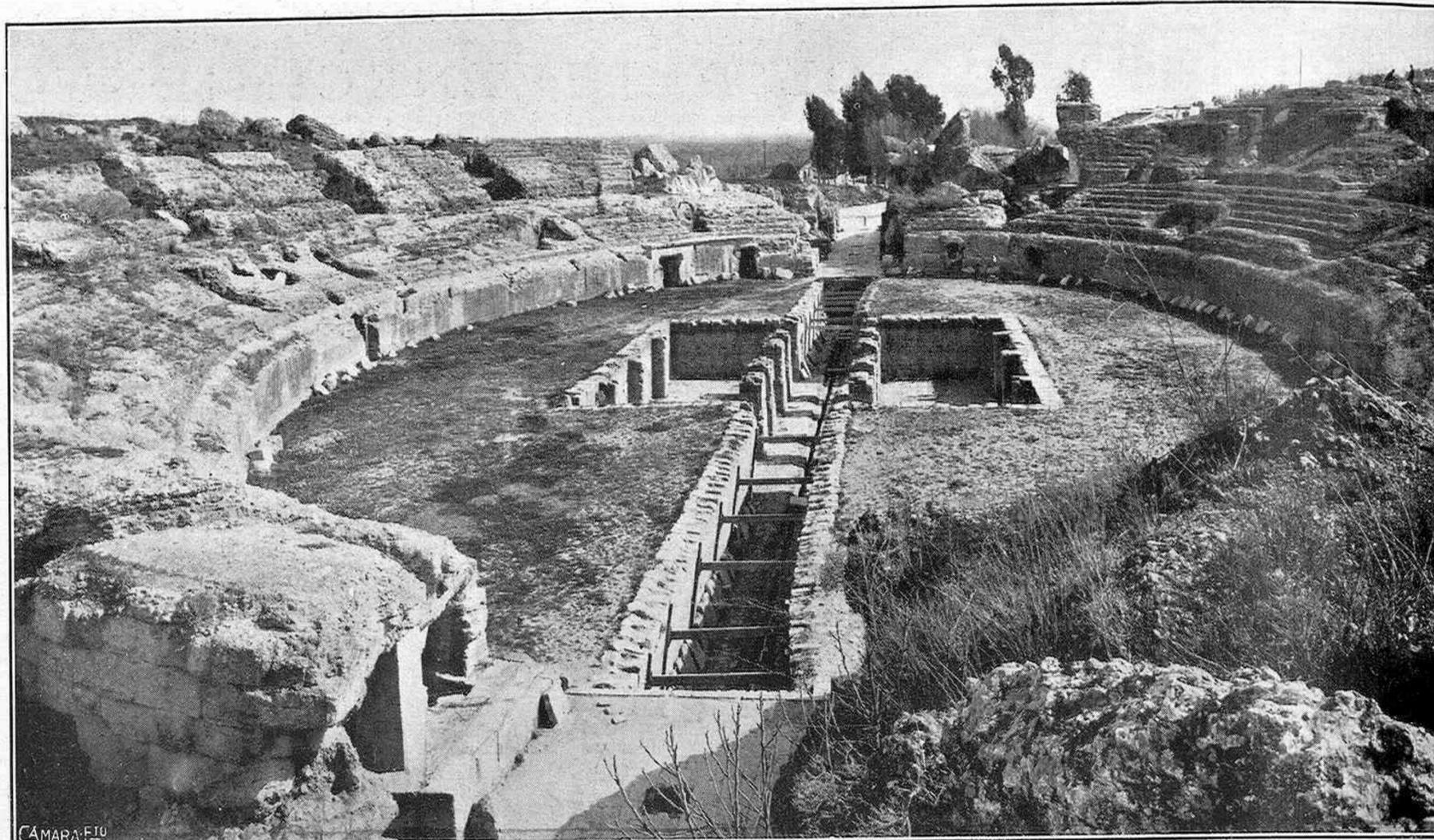
Es prudente, pues, aguardar, reservando nuestros entusiasmos para cuando la ciencia haya dicho su última palabra.

Lo que hace falta, porque la vida es breve, es que la diga lo más pronto posible. Si ello ha de ser, pidamos á la Providencia de que nos alcance ese beneficio, ya que, por amarga que sea la vida, son pocos los que queremos perderla resignadamente.

S. H.



Examen de la sangre para comprobar su homogeneidad con la del sujeto á tratar (Fots. Orríos)

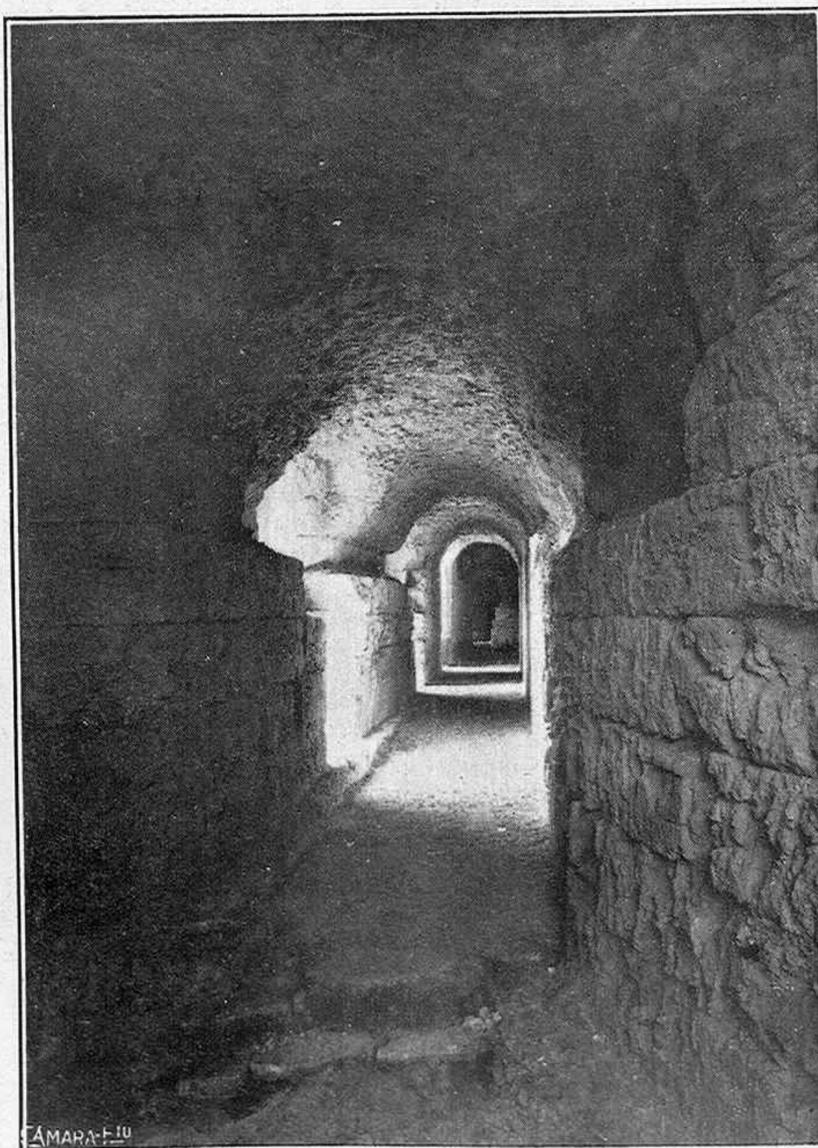


Vista general del anfiteatro de Itálica

Recientes é importantes descubrimientos en Itálica

HACE ya dos horas que Sevilla ha despertado cuando salimos para Santiponce. Nos saluda la gracia hechicera y gitana de Triana. Camas, pueblecito minúsculo, nos ofrece un vaso de vino de pasas. Después, Santiponce, meta del viaje. Al sur del pueblo dejamos el monasterio de San Isidoro del Campo. Un poco más de carretera y estamos en Itálica famosa.

Vemos lo que han visto todos los turistas: el circo, las termas, la fosa bestiaría, las galerías, las gradas, un trozo de cornisa, un fragmento de mosaico... Aquí hay una losa de mármol en el suelo, tal y como los romanos la dejaron. Es gracioso este mármol. Mirad lo que dice: «Entrada y salida de los baños». Claro que esta inscripción es simbólica. Únicamente aparecen grabados en la piedra la silueta



Galería del anfiteatro

Una excursión á las ruinas históricas

de dos pies, muy juntos—dirección hacia afuera—y la silueta de otros dos pies en dirección hacia dentro.

La pista del anfiteatro y las mismas graderías derruidas son hoy campo de margaritas. Las piedras de las galerías parecen fosilizadas, y los pasos de agua que abastecían las termas—hoy apuntaladas y secas—rezuman humedad por doquier y están encharcados. Los pies se hunden en la arena... Claraboyas nos alumbran. Los siglos nos han dado estas lámparas...

Agarrándonos á las rocas salientes y picudas, con ansia de naufragos, escalamos una altura. Vista general. Y entonces, sin acordarnos de otros poetas, leemos en la pista, en las graderías y en el ambiente, un poema grandioso que Unamuno dedicó á Salamanca:

«¡Bosque de piedras, que arrancó la Historia á las entrañas de la tierra madre; remanso de quietud, yo te bendigo...!»

Prosigue la visita. Ahora vamos á lo que fué la ciudad, á Elia Augusta Itálica. El coche de Serrano, muy escandaloso, pero no tan malo como me habían dicho, sube por una senda pina, entre olivos. Valles, frondosidades, evocaciones históricas... ¿Vamos á Getsemani? ¿No es Santiponce, lugar de devoción, nuestro Belén? Ha quedado el pueblecito en el valle, mirando con recelo al Guadalquivir...

Junto á una choza de carrizo, la mujer del guardián, con un churumbel en el regazo, prepara el condumio. Viene el guardia y nos orienta por este laberinto histórico al descubierto. Paseamos sobre las enormes losas irregulares de una apretada vía romana. Siguiendo esta estrecha calle (¿...?), cruzamos el *atrium* de una que debió ser muy importante mansión. He aquí los jardines de la casa, con su fuente central de mármol blanco. El patio es grande. Tres columnas—de ellas una con capitel—están en pie. En el pretil hay vestigios de pasada grandeza, molidos por el tiempo y por dos terremotos; el último—que debió enterrar casi toda la ciudad—ocurrido en 1225.

Son muy notables los mosaicos descubiertos en los últimos meses. Vemos uno con cuatro grandes medallones octogonales, representando las cuatro estaciones del año. Otro mosaico. Y otro. Pero el más interesante—siendo todos de un estimable valor—es aquel que hay al norte, mirando al circo. Ha sido descubierto en los primeros días de Febrero del año que |corremos. No envidia en detalles y en belleza á los más caprichosos tapices. Sus colores, su factu-



Mosaico encontrado recientemente. Es el más reciente hallazgo italiense: un mosaico que podría competir en belleza con los más exquisitos tapices. En el rectángulo: las figuras de Hércules, de Neptuno y de tres sirenas



Fuente romana recientemente descubierta

ra, su asunto mismo, se graban perdurables y sencillos. En el centro se ven, encerradas en un cuadrado enorme, unas figuras: Hércules, en primer término derecha; Neptuno, con su tenedor gigante, en el centro, y tres bellísimas sirenas adoptando seductoras poses...

Conjuntamente se ha descubierto á pocos metros de

este lugar una fuente de mármol, en mal estado de conservación. Así y todo, mantiene vivo un palpitable interés. Y se ve con emoción en un barranco, mirando altiva y orgullosa la tierra que hasta hace breves días, y por muchos siglos, fué su sudario...

Mirando á nuestros pies, distraidamente, vemos una boca redonda, abierta en tierra. Apenas si cabe un hombre por ella. Observando su fondo y casi á raíz de tierra, la fosa va ensanchándose hasta perderse en negruras y formar un inmenso aljibe. Este aljibe se halla enclavado en la colina más elevada de Itálica.

Por último, otro mosaico, de labor exquisita y magnífico, que más que mosaico parece un mantón alfombrado, un tapiz de nudos...

A nuestro regreso al Betis, visitamos lo que fué—hasta la expropiación—monasterio de San Isidoro del Campo, residencia de la Orden del Cister, fundado por Guzmán el Bueno...

Es nuestra visita detenida y muy lozanos son sus resultados. En breve nos hará el lector la gracia de conocer nuestras impresiones fisgonas de la antigua casa de los Jerónimos.

R. DIAZ-ALEJO



Bello mosaico, con la sencilla prestancia y el relieve de un mantón alfombrado

(Fots. Serrano)

EL TRABAJO MANUAL EN LA ESCUELA

SOLUCIONES ALEMANAS

EN todas las escuelas primarias bien organizadas, es decir, organizadas con arreglo á los principios fundamentales de la fisiología y la psicología del niño, el trabajo manual tiene una importancia extraordinaria, que se funda tanto en lo que puede contribuir ese trabajo á la evolución psíquica de los niños como en los datos importantísimos que en la práctica de él pueden obtenerse para predecir y, lo que aún es más interesante, orientar el porvenir del pequeñuelo.

Dos belgas de fama mundial, un médico psicólogo, Demoor, y un profesor de Psicología en la Universidad de Gante, han sido, entre otros muchos, grandes preconizadores del trabajo manual; para el primero de ellos, nada más eficaz para activar la evolución psíquica, nada más psicogenético, según su frase, que la acción muscular; y para Van Bierdiedt, el sentido muscular es el sentido escolar por excelencia.

Sin tales autoridades podría, lógicamente, llegarse á tener en alto concepto la eficacia del trabajo manual, que, en definitiva, representa la acción, es decir, lo único que tiene eficacia en la vida, frente á la mera repetición de palabras, característica de otras disciplinas, ni de otros modos de enseñanza.

Sin duda por esto, uno de los países en que el trabajo manual se cultiva en la escuela es Alemania: el pueblo que más cuidadosamente cultiva la fuerza y la acción.

Pero en Alemania misma, no obstante otras características del país, esa labor escolar no está

severa, estrecha ni homogéneamente reglamentada; hay para realizarla una amplia libertad, que la hace extraordinariamente flexible y, por tanto, admirablemente adaptable á las diversas condiciones de los niños, en los diferentes tipos y en cada caso particular.

Así, en diversas escuelas y grados, puede encontrarse en Alemania todos los tipos del trabajo manual educativo y orientador, desde el mero doblado y recortado de papel, utilizado muchas veces con fines adicionales de educación estética, hasta el verdadero aprendizaje de oficios diversos, según las condiciones locales, y dando, naturalmente, una importancia muy grande á los talleres de preaprendizaje, que sirven, sobre todo, para conocer las posibilidades,

los á formar y á armar por sí mismos uno de los juguetes que más les apasionan, porque mediante él establecen competencias—regatas en este caso—que les interesan extraordinariamente.

Los muchachos, al construir totalmente sus barcos, les aman de un modo intenso, y cuando, finalmente, los lanzan en atrevidísimas regatas, que presencia luego con máximo entusiasmo no sólo todo el público pueril de la escuela, sino muchas personas mayores que tienen un interés especial en las luchas.

Los instructores, los maestros de trabajo manual en esa escuela no sólo son especialistas en trabajos de carpintería, sino en náutica, y dan á los muchachos explicaciones teórico-prácticas

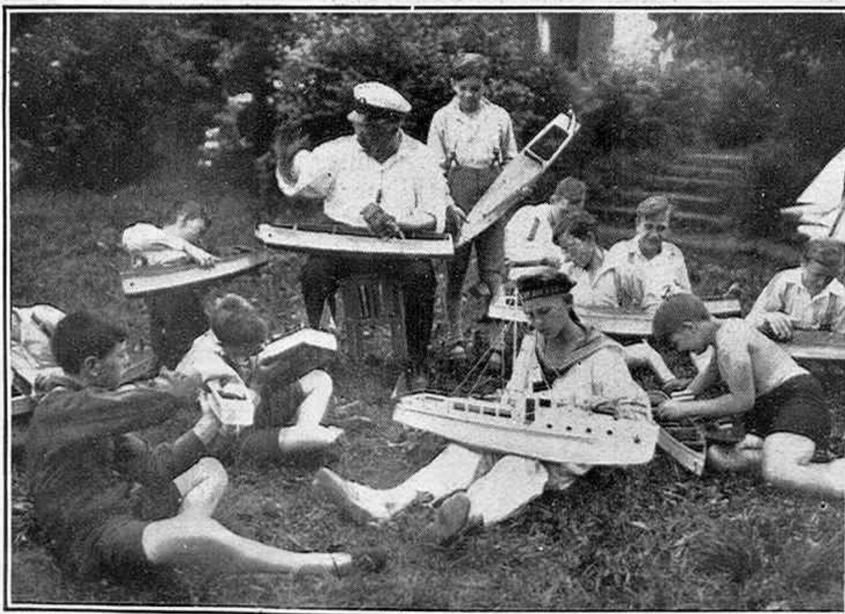


Los muchachos, en las escuelas primarias de Berlín, construyen por sí mismos los barcos que utilizarán en sus juegos

las aficiones y las aptitudes de cada muchacho en particular en el momento en que van á salir de la escuela primaria.

Aún hay más dentro de esas diversas modalidades que podríamos considerar de orden evolutivo: las diversas escuelas, para conseguir la más perfecta adaptación al interés fundamental de los muchachos en cada momento y en cada lugar especializan su labor por modos diversos, y así, en Berlín mismo, aunque el tipo parecería corresponder mejor á una escuela situada en localidad marítima, hay una escuela en que el trabajo manual de los muchachos mayorcitos es una especialización de la carpintería en relación con las construcciones navales.

En esas escuelas hay maestros especializados en la construcción de barquichuelos, que enseñan á los muchachos



Un veterano constructor de barcos formales enseña á los muchachos su difícil arte



Finalmente, los muchachos arman sobre los diminutos cascos las velas que habrán de moverlos



Por último, los pequeños armadores lanzan sus barcos al agua en apasionada competencia

de las condiciones de estabilidad y rapidez que un barco de determinadas condiciones, y con una finalidad determinada también, debe tener.

Los muchachos así ratifican y comprueban muchas de las nociones que adquieren en otros cursos, y sobre todo, en ese caso particular, las que se refieren singularmente á la hidrostática. De un modo semejante dan valor y eficacia, en otros géneros de trabajos manuales, á las nociones de otras ciencias, que de ese modo arraigan en su espíritu más fuertemente y adquieren la máxima eficacia de una noción, que es la de poder ser traducida en una realización inmediata, con lo que adquiere la fuerza de un pragmatismo.

Desde el momento en que desbasta la madera que ha de servirles para la construcción del minúsculo barquichuelo, hasta el instante en que, des-

de una barquichuela que ellos mismos tripulan, llevando como patrón á su maestro de taller, los ven evolucionar y aun los animan y dirigen en sus evoluciones, toda la vida del

barquichuelo, que han ahuecado primero, que han claveteado más tarde, que han armado con su velamen bien estudiado y con perfecta adecuación para el tipo de bajel que construyeron,

y que lanzan en regatas de prueba desde la orilla, es como una parte importantísima de la propia vida, y los muchachos realizan ese trabajo, penoso á veces y siempre eficaz, con un entusiasmo que les evita toda fatiga y, naturalmente, todo aburrimiento. Estas condiciones son, precisamente, las que en todos los casos buscan á todo trance los educadores alemanes, para conseguir que su labor tenga la máxima eficacia. Que aciertan muchas veces lo demuestra el progreso cultural de aquel pueblo.

En nuestro país no se ha llegado á semejante desarrollo, ni menos aún á esa flexibilidad. Sería de desear que en este punto Dios mejorase nuestras horas.



Y cuando las regatas son á vela, las dirigen desde una barca en que el maestro ejerce de patrón (Fots. Orríos)

LA ACTUALIDAD ARTISTICA

El arte tímido y cordial de Adolfo Fagnoli

ANTE las obras de Adolfo Fagnoli, ahora expuestas en el Círculo de Bellas Artes —unos cofrecillos, unas cruces, unos candelabros, unas capillitas, unos plafones— tan dotados de virtualidad estética, tan íntegros en peculiaridad inédita, tan plenos de gracia, tan saturados de fervor íntimo, nos vemos forzados á evocar un tiempo antiquísimo; su arte inactual tiene un entronque directo con el remoto Oriente.

Y luego, una sugestión extraña, apasionante; una sugestión que nos induce á admirar toda su labor—tan personal—con el mismo fervor que este artista, de la más exquisita y recóndita sensibilidad, la concibió y, calmamente, después la llevó al logro total.

No resisten ni toleran comparaciones—estos Cristos, estas arquetas, estas cajitas,—con nada de hoy, ni con nada de ayer. Sin cotejo con normas ni aun góticas, que serían posiblemente las más similares, Adolfo Fagnoli va lentamente gustando el íntimo placer de crear su obra de profunda originalidad, que no es sino plásticas idealizaciones—en madera y en metal, dóciles á su experta maestría—, de su alma exquisita, dotada de portentosa y sensible fantasía.

Toda su obra, tan íntima, tan cordial, está saturada de un apasionante encaldecimiento místico, y de una arrobadora sensibilidad de poeta; pero de poeta romántico, sensitivo, y atormentado por interiores designios inefables.

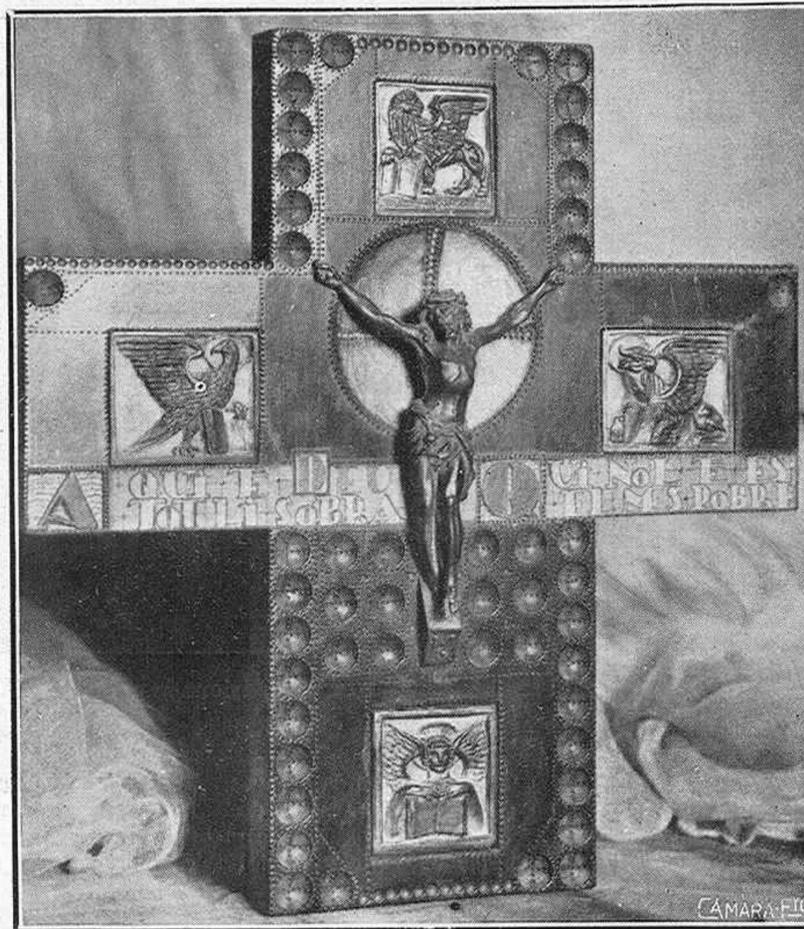
No es el artista codicioso de presente, dotado de ímpetu y premuras; es el artífice —que parece superviviente de unos siglos anteriores,—que tiene un sosiego amplio, una tranquilidad ancha, un tiempo colmado de reposo, y unashoras lentas que no saben jamás de acuciamiento alguno.

Fagnoli lleva á su obra sus pensamientos, sus delirios, las inquietudes de su alma y los estremecimientos de su corazón.

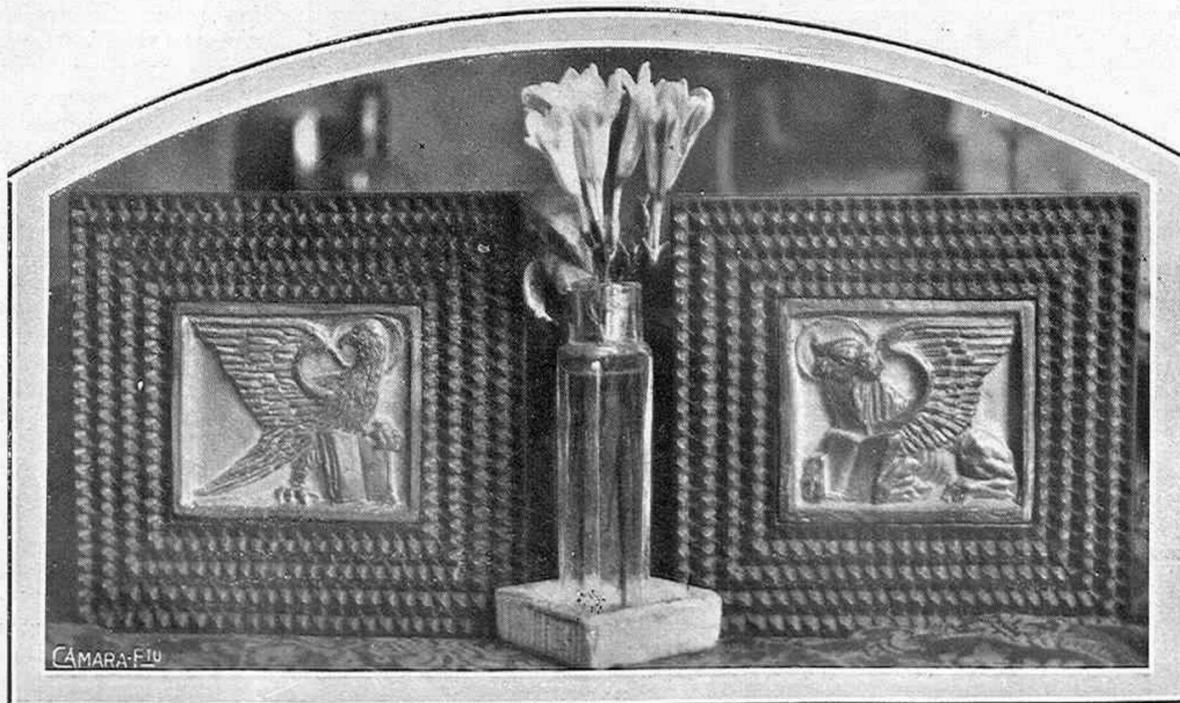
Estas arquetas breves, de nombres bellos y formas encantadoras, que tanta simpatía y fervor despiertan, no son si no expansiones, hechas objetos de arte, joyas delicadas, de su corazón doliente.

Por eso tiene esa delicada apariencia; por eso esos títulos apasionados: «Cofrecito de los juguetes de amor», «Cajita de la sinfonía del silencio», «Cofrecito de la esperanza», «Yo guardaré tus penas y tus alegrías», «La cajita de cuando el Amor nace», «Cajita de la añoranza», «Cajita de la fiesta del primer hijo»...

Se podrá creer que el artífice—silencioso, de apariencia humilde, de modosos ademanes y habla insinuante, con aires de novicio ingenuo y traza de adolescente reiterado—, es un enfermo de literatura, un podrido de romanticismo. Pero no. Es que Fagnoli ama entrañablemen-



Arqueta propiedad de la Familia Real, adquirida para el Palacio Real de Pedralbes



Dos plafones decorativos, originales de Fagnoli



ADOLFO FAGNOLI

te su obra, tan cordial y tan sencilla, y la mimó y la cuida con una ternura insospechada. No la abandona ni cuando la ha perdido para siempre. De cuando en vez tiene un recuerdo sentimental para las obras vendidas, y de cuando en cuando un gozo paternal para la futura creación proclamada con el contento del padre que anuncia el próximo esperado hijo.

Ingenuo y fragante, católico y sentimental, Adolfo Fagnoli es un raro artista taciturno, que pasea por el mundo su arte y su melancolía, indiferente al trágico cotidiano y al loco vértigo del momento. Es inútil que alguna vez ponga un apelativo actual á alguna joya suya, como esa cajita de la Exposición de Lovaina: «La cajita-cubismo»; es inútil, porque el espíritu de su obra, dotado de tres elementos radicales: romanticismo, cristianismo, orientalismo, tan puros é íntegros en su labor, no asonantan con el renovacionismo actualizante.

Su obra —cofrecillos, arquetas, capillitas, Cristos, cajitas, cruces, candelabros, «gerricoros» ofrecidos otras veces— parecen contruídos para la época medieval y para unas sensibilidades y unos amantes—en el puro sentido— que no sabían de Freud, ni conocían las teorías modernas de la sexualidad...

Yo veo á Fagnoli desplazado y retrasado del momento. Es como una aparición extraordinaria, henchida de otra sensibilidad y de puras aspiraciones legítimas de otro siglo.

Adolfo Fagnoli Iannetta es un italiano nacido en La Bisbal, cerca de Gerona—severa, austera ciudad, ascética,—donde vive ahora y siempre. «Yo veo entre el artista y la ciudad—ha escrito Gaziell—una concordia admirable. Las cajitas de Fagnoli son relicarios para proteger las reliquias amorosas contra las implacables corrientes del olvido. Y Gerona es toda ella como un enorme relicario de piedra, insensible al tiempo que fluye por sus tres mansos ríos.»

¿Es realmente el espíritu gerundense, metido en el alma de este artista inquieto, dulce, ingenioso y apasionado, quien imprimió sabor de época y amplias sugestiónes á su obra? Posiblemente. Pero yo no lo aseguraría en rotundo. Su sentimiento estético, su refinamiento colmado de ternuras, su maestría henchida de delicadezas, su habilidad maestra en lograr motivos decorativos sencillos, pero de efecto admirable, la pulcritud que presentan sus obras, el esmero concienzudo en la ejecución, lo creo patrimonio de una intuición extraordinaria y consecuencia de su sensibilidad, que es ajena al medio y al ambiente. Fagnoli hace mejor pensar en la transmigración de las almas...

Porque su alma, quintaesenciada, no es de hoy.

E. ESTEVEZ-ORTEGA



«Napierkowska», cuadro original de E. Chicharro

A R T E P O S T R E R O

*Con sabia mano
modelas, Muerte, tus esculturas.
El Gusano
las va luego arrancando limaduras.*

*Artífice postrera,
bellas estatuas de cera
labran tus dedos helados;
tu buril y tu cincel
tallan la carne como un joyel,
la esmaltan con hechizos ignorados.*

*(Yo he visto una mujer muerta
más hermosa
que cuando, bella y dichosa,
llamaba Amor á su puerta.)*

*Fabricas tus figulinas
finas;
haces del barro sutiles
marfiles;
esculpes estatuas yacentes
con nardos y jazmines y azucenas,*

*sonrisas de dulzura llenas
que son un resplandor de almas ausentes.*

*Cinceladora austera
del último tocado
en carne inerte que tan grácil era,
que ha padecido y ha gozado.
Ya sé que, al fin, la estatua es del Gusano;
que todo lo que tú, Vida, construyes,
tú, Muerte, indiferente lo destruyes
con ingrátida mano.*

*Que hay carroña sin gracia y podre oscura,
livida, ocre, macilenta,
que pierde al punto la figura
y un puñado de polvo representa.*

*Más cuando trabajar quievas la arcilla,
te permites el gesto (poco humano,
que el arte es vanidoso)
de forjar una maravilla
y luego regalársela al Gusano
iconoclasta y goloso...*

J. ORTIZ DE PINEDO

LA CONDESA PAULINA DE BEAUMONT

No son las mujeres de belleza fastuosa ó de atractivos físicos extraordinariamente ostensibles las que perduran en la intimidad espiritual de los hombres, anudando un lazo que á veces sólo logra romper la muerte. Se instalan más definitivamente en los corazones, se adueñan con más imperio de los sentidos aquellas otras que, distando de deslumbrar sólo con su presencia, poseen una fuerza de simpatía, un poder de inteligencia, que á los seres sensibles los llama y subyuga, reteniéndolos en su vecindad.

La condesa Paulina de Beaumont no fué, es cierto, de esas mujeres que dominan sólo con presentarse. La calidad de su belleza, si menos relevante, no dejaba de ser—lo atestiguan lienzos y grabados—más atrayente, más sugestiva, por la onda íntima y cordial que la envolvía. ¿Es de extrañar que Chateaubriand, sensibilidad exquisita y emotiva, viese en ella á una encantadora criatura con la que compartir, en horas de delicia, los amargos recuerdos del destierro? No se hubiera rendido su espíritu, ávido de hallar quien lo comprendiera en momentos que se había templado en las pruebas de la vida, á una mujer que sólo le podía ofrecer una cara bonita y un cuerpo hermoso, sino á la que estuviera adornada de ponderadas cualidades morales, haciendo entrega de su corazón á otro corazón tierno, delicado y comprensivo, que fuera algo así como el eco íntimo de sus inquietudes y de sus ilusiones.

Chateaubriand vivió en el amor de Paulina de Beaumont los días de felicidad más pura y más clara de toda su existencia de apasionado seductor, que le acompañaron, como la ilusión de un sueño, á través de posteriores aventuras.

Ni la condesa Delfina de Custine, á quien Boufflers llamó la reina de las rosas; ni la duquesa de Mauchy, ni madame de Vintimille, ni madame de Laborde, ni la duquesa de Duras, ni madame de Récamier, su última gran pasión, dejaron en su ánimo huella tan profunda, por los sentimientos que á su calor nacieron, como la dulce Paulina de Beaumont... Se conocieron en la Primavera de 1800, en ese mes de Mayo en que florecen las rosas y el amor. M. de Fontanes, su amigo y consejero, tan asiduo y tan fiel, fué el que presentó al que aún no había escrito *Atala*, en el salón de la calle Neuve-du-Luxemburgo. La impresión, de momento, por las bellas cualidades descubiertas, se hizo casi inmediatamente firme, y de día á día la mutua simpatía creció hasta dejar paso á otro sentimiento más lleno de ternura y delicadeza, que á veces tiene momentos de arrebatador delirio: al del amor.

Paulina de Beaumont fué hija de M. de Montmorin, ministro de Luis XVI, muerto en el cadalso.

Aún muy joven, contrajo matrimonio que al poco tiempo fué deshecho por divorcio que obtuvo en contra de su marido.

Su corazón, al oír la palabra ardiente de Chateaubriand, estaba en disposición de amar, y al amor que le brindaban se entregó con toda la delicada afectuosidad de que era capaz criatura

como ella, que había recibido de la Naturaleza perfectísimas cualidades, que luego supo aun acentuarlas la más esmerada educación.

En los años de la floración de su vida, á los que llegó después de trasponer una juventud de amarguras, su espíritu, tan sutil y tan comprensivo, se había depurado en el dolor que le causaron los sucesos de que fueron víctima los suyos, en 1793.

A partir de esa trágica fecha, que aún fué más cruel para las inteligencias cultivadas, se apartó por completo de cuanto le hizo ingrata la vida, acaso más que por ella por la desgracia de los tiempos, para guardar un fervoroso culto á cuanto fuese labor del talento, que cada día se mostraba más audaz y más ávido de libertades.



CONDESA PAULINA DE BEAUMONT

En la época en que le fué presentado Chateaubriand, estaba la Beaumont en la madurez de su inteligencia, en el desarrollo de sus opiniones, probablemente ya definitivas, que acusaban de manera firme las líneas con que trazar el perfil de su carácter sonriente y genial, sincero y flexible, que no se escapaba siempre á una vaga melancolía que tampoco quería desterrar, pues haberlo hecho hubiera sido tanto como sepultar, con deseo, los más caros recuerdos. Todo el bello ardor de Paulina—ya ajena por propio designio á muchas de las personas y de las cosas que la rodeaban—se consumió en sus abnegaciones íntimas, una vez que ya hubo conocido el amor de Chateaubriand. Su corazón sensible y su espíritu dado á las reflexiones sintieron en lo hondo, muy en lo hondo, el rudo choque de aquella intimidad amorosa, tan vehemente, tan exaltada, que rompía la serenidad del remanso de su vida en momentos en que ya su misma vida se iba rindiendo.

En el breve espacio de tiempo que media desde Mayo de 1800 á Noviembre de 1803 escribió Paulina de Beaumont, en la existencia tumultuosa de este escritor de nombre perdurable, una página maravillosa de ternura y sentimiento; una página que está llena de lágrimas emocionadas, de cálidas sonrisas, de adhesiones y de renunciamientos. Si es cierto que no hay en el amor nada más que lo que en él se pone,

Paulina puso todo su corazón, todo el poder seductor de su inteligencia, toda la fuerza captiva de su solicitud bondadosa, tierna, sin torrentes ni eclipses, llena de calor, llena de luz, en el afán de retener cerca de ella al amado. Y es menester decir que lo consiguió. Para Chateaubriand, que aún se adoloraba de la soledad del destierro, fué el primer cariño, la primera devoción—después de la de su hermana Lucila—que inspiró, y á esas afecciones sentimentales rindióse, poniendo toda su alma fuerte, ardiente, capaz de apasionada abnegación, como ya no la pondría en las que inspirara en lo sucesivo, pues ningún amor, de los muchos posteriores que tuvo, fué tan noblemente ponderado.

Sólo el breve lapso de poco más de tres años gustó de la felicidad.

Para sentirla más pura y con más intensidad, se alejó de la vida dorada y superficial de París. Savigny le ofreció el asilo de su paisaje incomparable, con sus verdes praderas rientes y su maciza cortina de árboles, y en este lugar dejó que transcurrieran los siete meses más bellos de su existencia.

Pero era de esos seres interesantes que nacen predestinados á pasar por la tierra como de refilón, dejando una estela de luz; de esos seres á los que parece que les pesa la vida y tienen el deseo de huir de ella.

La Beaumont bien poco la amaba. Desde la época del Terror, en que había visto caer cruelmente á los suyos, era un alma llena de dolor, que se albergaba en un cuerpo abatido y tras un rostro de extremada palidez. Y cuando á su corazón constrictado le habló otro corazón lleno de amor y de ilusiones, era ya tarde.

Tenía sus días contados, la vida se le escapaba, y ella lo sabía y nada hacía por retenerla.

Joubert, que la conoció en los días tristes que viviera refugiada en una choza en Borgoña, no se cansaba de escribirle diciéndole en diferentes tonos y en variedad de formas: «Hay que amar la vida cuando se la tiene; es un deber.»

En el verano de 1803 se decidió á ir á Mont-Doré, cuando ya era sólo su sombra. El mal iba, día á día, destrozando su delicado organismo. De nada le sirvió el ambiente saludable ni la paz campesina que disfrutaba. Con lágrimas se despidió de la encantadora villa, y aquellas lágrimas bien le dicen que nunca más ha de volver... Corre á Roma, á reunirse con Chateaubriand, vivo aún en ella el ardiente deseo de emprender juntos el proyectado viaje á Florencia. Transcurren lentas, dolorosas, tres semanas, y durante todas sus horas no habla más que su amor, que calla para siempre entre los brazos de la única ilusión de su existencia, envuelto en la luz difusa de un crepúsculo de otoño.

Chateaubriand le dedicó, como oración fúnebre, unas páginas admirables, tan admirables como las de Bousset, por sus patéticos acentos. Las escribió su corazón, que gemía por haber perdido su verdadero amor.

Luciano de Taxonera

UN CLASICO RESURRECTO

EL HOMBRE QUE PINTÓ MUY BIEN EL AMOR SIN HABERSE ENAMORADO NUNCA

CASI estoy por considerar innecesario el estudio de la asendereada vida—por otra parte harto imperfectamente averiguada—de Marivaux, para la comprensión de su labor literaria, monumental análisis del Amor, magníficamente logrado con insuperable sagacidad, no sé—y perdónese el marivodeo, de inevitable contagio—si por un espiritual corazón, ó por un cordial espíritu, ó por un espiritual y cordial cerebro... que, por las trazas, no fué en su larga existencia capaz de enamorarse...

La frase benaventina: *Cuando no se tiene corazón, hay que hacerse uno de la cabeza*, se puede creerla aprendida y practicada por Marivaux, cuando trata magistralmente achaques de la gran pasión, sobre todo teniendo en cuenta que ya había sido emitida, en el siglo XVIII, por Fontenelle y Madame de Tencin en esta forma: *Hay que tener un poco de cerebro en el lugar vacío del corazón*, y corroborada, en el XIX, por Brunetière: *O todo su corazón en la cabeza*, hallazgos éstos, por cierto, que, unidos á otros, nos sorprenden con la evidencia de que al laureado autor de *Los intereses creados*, comedia hija, por lo menos, de *Les Fausses Confidences* y de algunas más, podría caberle su justa parte en el irónico elogio que de la originalidad volteriana hizo el propio Marivaux: *El señor de Voltaire es la perfección de las ideas comunes*, y *Es el primer hombre del mundo para escribir lo que otros han pensado*. (Lo cual no merma ni chispa la gloria de Voltaire y de Benavente).

Pero si parece innecesario para aquella comprensión, la biografía de Marivaux es, en cambio, indispensable para explicar la varia suerte de este gran escritor y de su obra, en sus días y después de su muerte.

Pierre Carlet de Chamblain de Marivaux nació el 4 de Febrero de 1688, en París, y fué bautizado en la parroquia de Saint-Gervais. De casta de toga, originaria de Normandía, y de familia prestigiosamente conocida en el Parlamento de Rouen, y caída en empleos burocráticos, pasó su infancia entre Riom, donde su padre dirigía la Fábrica de la Moneda, y después en Limoges. Si llevó muy adelante sus primeros estudios, desde luego no se sabe más sino que, como Voltaire, fué muy flojo en griego, y que, cual tantos hombres célebres, estudió la carrera de abogado. No la ejerció por falta de vocación de picapleitos y porque, en cambio, la literaria, de la que ni él mismo se daba cuenta, le apartaba del foro, moviéndole á componer, á los diez y ocho años, una comedia, *Le Père prudent ou Crispin l'heureux fourbe*, ejercicio escolar en verso, escrito, por apuesta, en una semana, en el que bajo afortunadas imitaciones, inevitables en todo principiante, se vislumbraban resplandores crepusculares de talento.

Desde luego, lo único que se sabe por su propia pluma—episodio que no acaba de inspirarme confianza contado por ella, que era más literaria que confidencial—es que su estreno en el amor—pasión que había de llenar luego sus obras literarias y hasta sus escritos periodísticos—fué una gran desilusión, una decepción sentimental. Habíase enamorado de una damisela, «bella sin saberlo, y por consiguiente nada coqueta», belleza natural, sin asomo de artificio moral ni de tocador.

Cuando iba á recoger un guante, olvidado en una entrevista al aire libre con aquella doncella, vióla, desde lejos, contemplarse al espejo y repetir todos los mohines, gestos, miradas inocentes, actitudes y demás ficciones de una coquetaría tan refinada que parecía las propias sencillez y naturalidad; recreándose, en fin, en el repaso de todos los hechizos con que le había embobado...

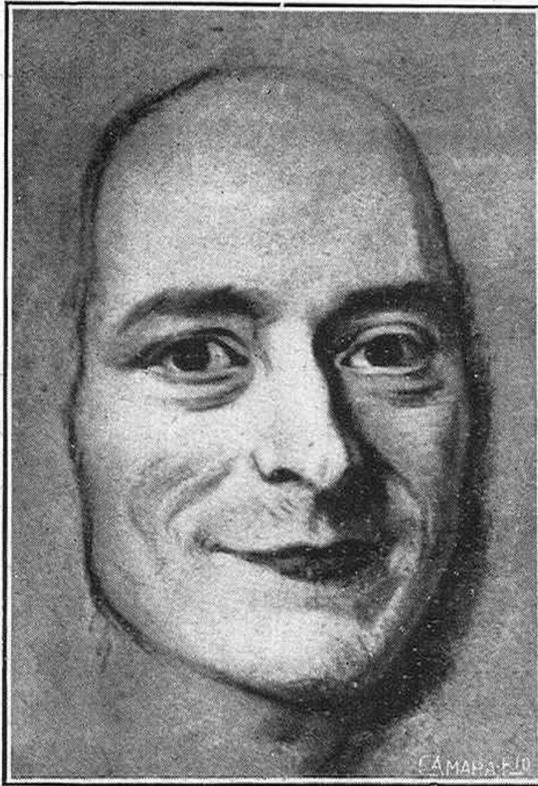
—¡Ah!, señorita!—exclamó Marivaux con melancólica zumba—, he de pedir perdón por haber cargado á la cuenta de la Naturaleza atractivos y encantos cuyo mérito debe atribuirse exclusivamente á vuestro arte...

—¿Qué queréis decir?—replicó ella.

—¿Lo queréis más claro? Pues que acabo de admirar la tramoya de la ópera, y eso me divertirá siempre, pero no me convencerá jamás.

«De esta aventura nació en mí la misantropía, que nunca me ha dejado, y que me hizo pasar mi vida entera examinando á los hombres y divirtiéndome con mis reflexiones», escribió más tarde. «Mi amor cesó de pronto, como si mi corazón no se hubiera enternecido sino bajo condición.» *Sub conditione*, por lo visto, de que el amor es cosa demasiado noble para consentir que se le haga trampas.

Después de varios ensayos de aprendiz, la primera prosa que le atrajo la atención de sus contemporáneos fué una especie de crónica satírica, bastante ingeniosa, titulada *Triomphe*



Voltaire, cuya originalidad de ideas elogiaba irónicamente Marivaux, en represalia de las intrigas volterianas que padeció

du Bilboquet ou la Défaite de l'Esprit, de l'Amour et de la Raison. El *Bilboquet* apasionaba tan locamente á todos, que hasta una actriz, asaz extravagante y por tanto muy querida del público, Mademoiselle Desmares, le juzgaba en plena representación de una tragedia, lo que hacía reír á los espectadores de la *cazuela*...

La famosa bancarrota del «sistema» del fantástico escocés Law arruinó el patrimonio de Marivaux, arrebatándole toda su fortuna, en el preciso momento que acababa de casarse con mademoiselle Martin, señorita *amable* y *virtuosa*—y no recalco al tun tun los adjetivos—, que murió tres años después de aquel desastre, en 1723, dejándole una hija, con cuyo ingreso en un convento, más tarde, hubo él de conformarse, á falta de dote para casarla.

Entonces, el *amateur* sentóse filosóficamente á su bufete, tomó su pluma, púsose valientemente al trabajo y á la lucha para evitar la indigencia y para olvidar sus amarguras, y se trocó en escritor profesional, tanto por necesidad, pues, cuanto animado por el éxito de su fantástica comedia *Arlequin poli par l'amour*, primero de la serie que había de inmortalizar su nombre. Esta comedia obtuvo el para entonces grandioso número de doce representaciones en el Teatro Italiano, el director de cuya compañía era á la sazón el célebre actor Riccoboni, hombre de ingenio y de ciencia, escritor á sus horas también, y que habíase propuesto ennoblecer

y levantar aquel teatro de la grosería á que se había rebajado, y por la cual la policía real había llegado en 1697 á prohibir sus representaciones.

Marivaux dió á los Italianos no menos de diez y nueve obras, por casi la mitad al Teatro Francés.

¿Por qué aquella preferencia? Desde luego por aversión á la artificiosa solemnidad casi oficial y á la tiesura engolada de los comediantes franceses, arcópago donde hasta los despabiladores y apagadores de las candlejas se creían con derecho á tratar de arriba abajo á la gente; un poco quizá porque los más estrepitosos fracasos los sufrió en la Maison de Molière; también porque prefería la llaneza y sencillez—tan gratas á su propio espíritu—de los Italianos, buenos chicos y buenas chicas, y, sobre todo, porque entre éstas, si no se había dejado algo de su corazón, cosa poco probable dado el escaso que debió disfrutar, hábiale entregado, por lo menos, parte del suyo la célebre actriz apodada *Silvia*—cabello obscuro, ojos azules y tez blanca—, si no bella, de un encanto irresistible; elegante, de noble continente, lo agradable de cuyo espíritu le atraía, no obstante ser una comedianta, homenajes reservados ordinariamente á señoras del mundo; artista que ni soñada para encarnar las espirituales é ingenuas enamoradas que esmaltan y enaltecen todo el teatro marivodiano. Su primera entrevista merece referirse.

Era en Primavera de 1722. *Silvia* acaba de estrenar la *Surprise de l'Amour* con un gran éxito. Sin embargo, la actriz se quejaba de «no asir toda la finura de su papel». Deseaba conocer al autor, para que la iniciase en todos los matices de sentimiento y de pensamiento que ella quería alcanzar. Una tarde llamaron á la puerta de su camarín: un admirador que deseaba ofrecerle sus cumplidos. La charla versó precípiamente sobre la *Surprise de l'Amour*.

—Es una comedia encantadora—dijo *Silvia*—. Pero aborrezco al autor. Me es odioso, por no darse á conocer. La representaríamos cien veces mejor si hubiera tenido solamente la dignación de leérnosla.

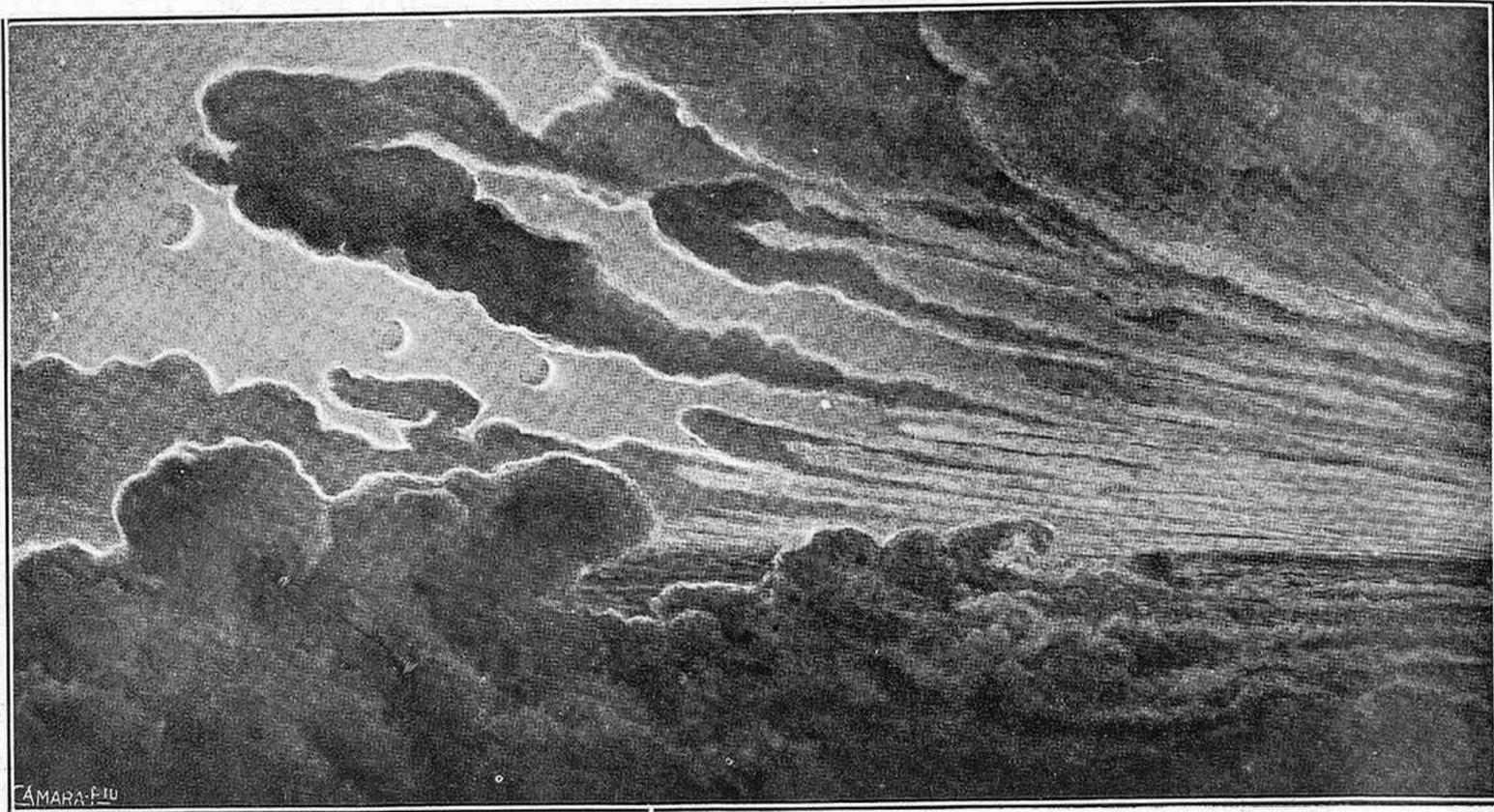
El desconocido, entonces, tomó una de las escenas más lindas de aquella pieza, y se puso á leerla con ligeras inflexiones de voz que expresaban á maravilla los más íntimos sentimientos de los personajes.

—¡Ah!, señor—exclamó la comedianta—. O sois el diablo ó sois el autor.

No era el primero. Era el segundo: Marivaux en persona, que, á usanza de las personas de calidad, no había querido hacer imprimir su nombre en el cartel, y se había descubierto por su lectura.

Desde aquella conversación establecióse una duradera amistad entre el escritor y la artista. No se sabe de fijo si pasaron de la amistad, si la mutua y recíproca simpatía se trocó en una *liaison* pecaminosa. Yo me inclino hacia la afirmación. *Silvia* no era muy arisca que digamos, y su esposo, el celoso de la compañía, dirigiale á menudo reproches, al parecer justificados. Y no es de suponer, si no es idealizándole para perfumarle de santidad, lo cual sería falsear su verdadero carácter, que Marivaux, hasta contra la propia conveniencia de una superior representación de sus heroínas teatrales, desdénase aquellos halagadores y placenteros beneficios amorosos de su profesión de autor... Si no pudo ser varón de amor á lo De Grioux—y por eso tampoco fué creación suya el desventurado caballero—, nada le impidió serlo de amoríos poco difíciles ni gravosos para el corazón y para la mente, á lo señor de Valville, hechura suya, de superficialidad pasional masculina, que tan exactamente pinta *Mariana*, la protagonista de la hermosa novela, con estos rasgos tan siglo XVIII: *Hombre, francés y contemporáneo de los amantes de su tiempo*...

ENRIQUE GONZALEZ FIOL



Representación ideal de un cielo crepuscular en Júpiter, donde pueden ser vistas á la vez varias lunas del gigantesco planeta
(Dibujo de Rudaux)

ASTRONOMIA PINTORESCA

EL MUNDO COLOSAL DE JÚPITER

DESDE que comenzó el invierno, no bien se ha ocultado el Sol en el horizonte, brilla en el cielo, con esplendor magnífico, superior al de todas las estrellas circundantes, el gigantesco planeta Júpiter.

Parécenos, pues, oportuno ocuparnos de este enigmático y lejano mundo que, anualmente, y cada vez con mayor retraso en su fecha, torna á ofrecerse de un modo favorable á la contemplación. Como puede colegirse sin dificultad, esta reaparición periódica es consecuencia de la perpetua rotación que la Tierra, en el período de un año y Júpiter en doce, efectúan en el mismo sentido alrededor del Sol. El dibujo adjunto explica suficientemente esos movimientos y permite al propio tiempo apreciar las desiguales proporciones en que Júpiter y la Tierra se hallan alejados del llamado astro-rey.

No obstante la distancia considerable que nos separa de Júpiter, éste se muestra á nosotros con tales dimensiones aparentes, que basta un modestísimo anteojó astronómico para apreciar las principales particularidades de ese mundo colosal, calificativo que no parecerá exagerado si se recuerda que el globo de Júpiter, con su diámetro de 141.600 kilómetros, es, en efecto, 1.295 veces más voluminoso que el de la Tierra.

Pero no es sólo la enorme diferencia de volúmenes lo que hace á Júpiter y la Tierra desemejantes en absoluto. Mientras que la superficie de la Tierra se halla ocupada por océanos y continentes bien caracteri-

zados, presentándose la distribución de esas configuraciones geológicas como un conjunto de figura invariable, nada análogo puede observarse en Júpiter.

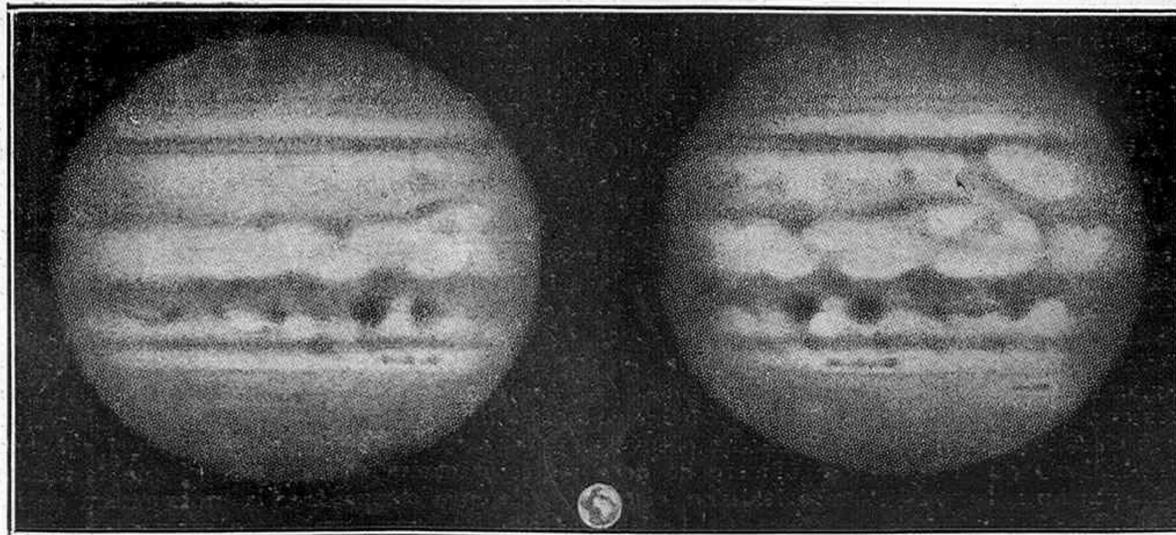
Todo lo que nos es dado distinguir en dicho mundo corresponde á aspectos que, no obstante ser característicos, poseen una manifiesta inestabilidad. Trátase de zonas sombrías y claras, que guardan una posición general paralela al ecuador y cuyo número, importancia, aspecto y coloración son otros tantos elementos variables de una época á otra. Por añadidura, es frecuente la aparición en las referidas zonas de ciertas manchas modificadoras del aspecto general, sin que hasta ahora se haya podido explicar de manera satisfactoria por completo la causa de tan singulares transformaciones.

La más verosímil de las hipótesis atribuye los cambios mencionados á grandes perturbaciones de un medio gaseoso, á una atmósfera muy densa, cuya capacidad ocultaría á nuestra

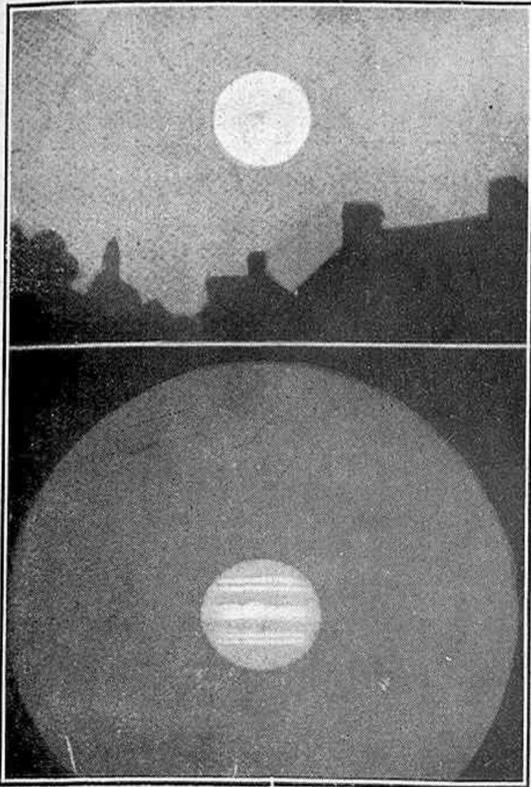
mirada la verdadera superficie del monstruoso planeta.

En este punto, se plantea el siguiente problema: ¿es que, por acaso, Júpiter se encuentra completamente formado, esto es, en tal fase de su evolución, que ella suponga ya una costra sólida? Ello es, en verdad, poco probable, admitiéndose, por lo general, que Júpiter nos presenta la imagen de un mundo en vías de formación. Es este, aunque significativo, un estado de cosas que no corresponde á nada preciso, si se tienen en cuenta los actuales conocimientos astronómicos. No podemos imaginarnos ni remotamente lo que nuestros ojos podrían contemplar si poseyésemos la facultad de transportarnos á Júpiter, y, sobre todo, de encontrar sitio donde asentar la planta. En cambio, nos es posible describir ciertas condiciones particulares de ese cuerpo celeste y ciertos espectáculos nacidos de dichas condiciones, harto distintos de los que contemplamos en el modesto globo por nosotros

habitado. En primer lugar, nos sorprendería la portentosa rapidez con que se suceden en Júpiter los días y las noches. El enorme balón joviano gira sobre sí mismo con tal velocidad, que ello se puede comprobar fácilmente mediante observaciones efectuadas á pequeños intervalos. Ha de advertirse, sin embargo, que esa velocidad de rotación no es la misma exactamente para cada zona del planeta. Por el contrario, presenta una apreciable disminución de rapidez á medida que se trata de puntos más lejanos del ecuador,



Dimensiones comparadas de la Tierra y del planeta Júpiter



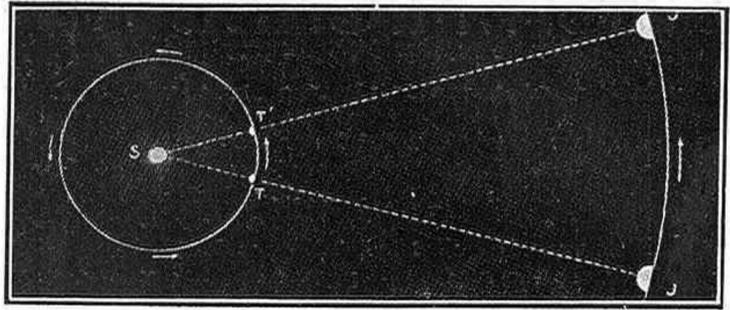
Dimensiones aparentes comparadas de la Luna y de Júpiter

circunstancia que se opone también á relacionar los aspectos visibles de Júpiter á los de una superficie sólida. Como término medio, la rotación joviana dura nueve horas 55 minutos. Consiguientemente, la duración del día, esto es, el tiempo transcurrido entre la salida y la puesta del Sol, no es sino de cuatro horas y 57 minutos, y ello sin variaciones acentuadas, como en nuestro mundo, en cuanto la inclinación casi nula del eje de Júpiter sólo determina estaciones prácticamente insensibles.

El Sol atraviesa, por tanto, el cielo de Júpiter como si tuviera prisa por ocultarse. Su brusca salida sobre el horizonte sería para ojos humanos algo que sobrecogería el ánimo mejor templado.

Y no menos impresionantes nos parecerían sus dimensiones enanas, puesto que por razón de la distancia existente entre Júpiter y el Sol, el disco del brillante astro ha de mostrarse cinco veces más pequeño en su diámetro que contemplado desde la Tierra, iluminando, por tanto, las cosas veinticinco veces menos que en nuestro mundo.

Otra circunstancia que causaría nuestra sorpresa si visitáramos el gigantesco Júpiter, serían sus lunas múltiples, que proyectarán sobre el lejano mundo su pálida luz reflejada, cuando la densa cortina de nubes se desgarrar momen-



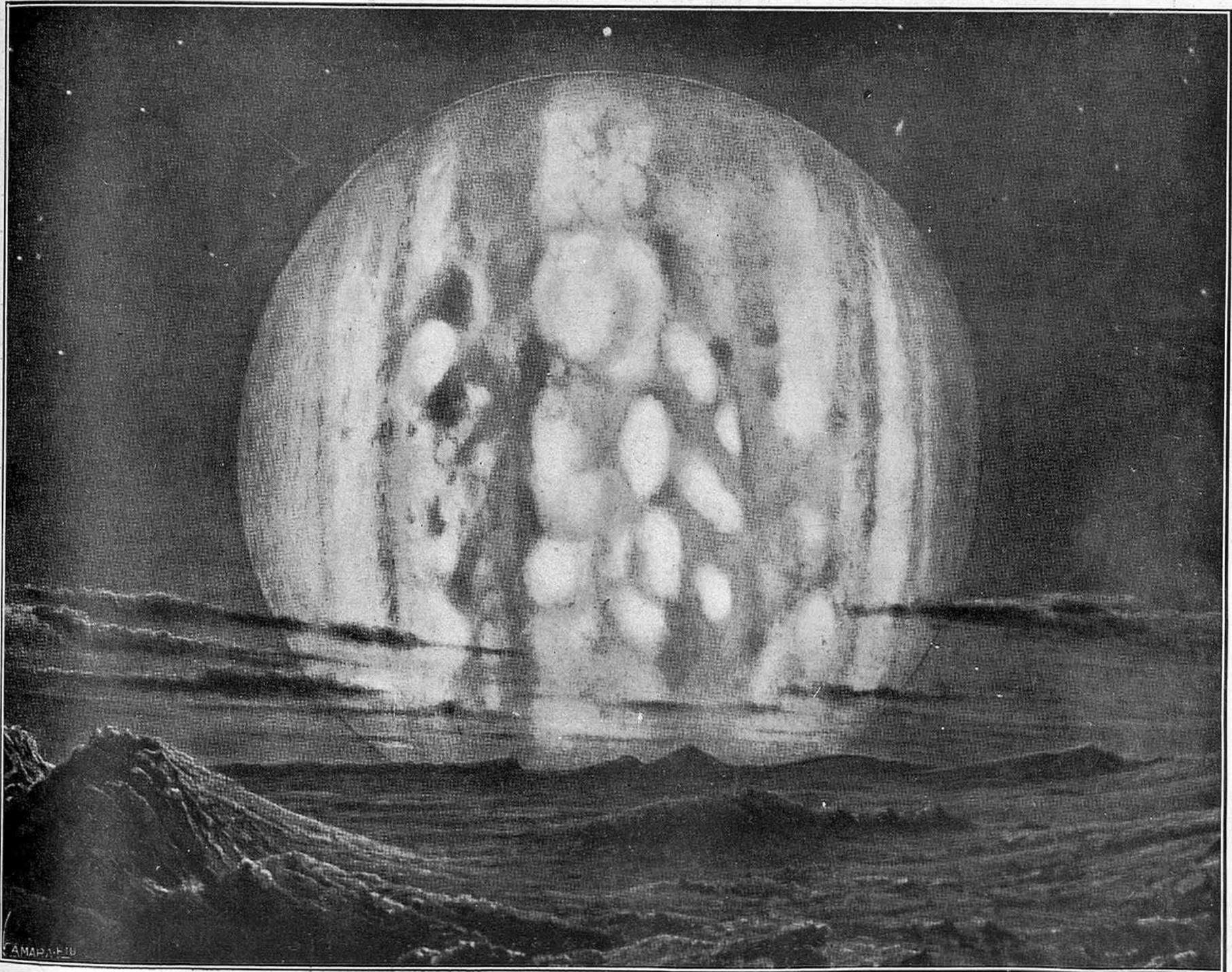
Distancias comparadas de la Tierra, de Júpiter, y movimiento relativo de los dos planetas

táneamente. Ha de recordarse á este propósito que Júpiter se encuentra rodeado de un imponente cortejo de nueve satélites, cuatro de los cuales son visibles aún con unos gemelos poderosos.

¡Espectáculo ciertamente maravilloso habrá de ser contemplar á Júpiter desde su satélite más cercano, ya que el colosal planeta aparecerá como una luna fantástica, cuyo disco aparente es en extensión más de 8.000 veces superior al de la Luna llena terrestre!

Una de nuestras ilustraciones puede dar una idea general de ese espectáculo prodigioso.

D. R.



Júpiter, visto desde su más cercano satélite, aparecerá como una Luna enorme, cien veces mayor que la nuestra (Dibujo de Rudaux en *L'Illustration*)

LUISA MICHEL ANTE LA POETISA INDIA NAIDU



Luisa Michel en actitud de conferenciante (1904)

Sólo en un periódico conservador ó legitimista, de París, he visto recordado el nombre de Luisa Michel, la *Virgen roja*, en este pasado día 30 de Mayo, en que se cumplía el centenario de su nacimiento. Olvido inexplicable ahora que vivimos días de admiración hacia las mujeres que supieron guerrear, como Juana de Arco, ó que saben substituir á los hombres en la lucha desesperada, derendiendo un ideal, como esta dulce poetisa india Sarogini Naidu... En Francia, sin embargo, se guarda un poco de rencor á Luisa Michel. Apenas hace veinticinco años que murió, y se recuerda aún que la sorprendió la muerte cuando en plena ancianidad, cumplidos ya los setenta y cuatro años, recorría el Mediodía, arrastrando tras sí las muchedumbres, descontentas ó desesperadas, en una propaganda revolucionaria. Pocos meses antes, recorrió Bretaña, la Bretaña tradicionalista y religiosa de los *chuanes*, se habían negado todos los teatros, todas las Sociedades á ceder sus salas para que Luisa Michel diera una conferencia; convocó al pueblo en pleno campo, y subida, á horcadas, en el tronco de un árbol pronunció su discurso...

¡Cómo eran sus discursos! Aquella mujer que encerraba las más dulces bondades y ternuras en su corazón, tenía el rostro anguloso y feo, la expresión dura, la nariz acaballada y agresiva, la boca grande y desdenadora. Cuando hablaba en diálogo íntimo, su voz bronca parecía suavizarse y endulzarse; pero en la tribuna se hacía más recia y viril, más detonante y conminadora. Para expresar el dolor humano había en la elocuencia de esta mujer trenos que tenían la soberbia inspiración de Isaías, y para abominar de los excesos del Poder público, de las injusticias sociales, de la explotación del hombre por el hombre, llegaba en el pensamiento, y en la voz, y en los ademanes y los gestos á un desbordamiento de ira y de cólera que frecuentemente ponía término á los párrafos con un grito agudo, con un alarido que penetraba hasta los huesos y los tuétanos en cada oyente.

¡Pobre visionaria, pobre elegida, acaso, del martirio de ser fea...! Esta mujer llegó á su cuarentena, amargada y dolorida, sin haber sabido del amor; ganaba su vida siendo institutriz en un hogar burgués de Batignolles; cui-

daba y educaba sus discípulos con extremado cariño; leía mucho; como Juana de Arco, no sabía nada de su vocación. Su vocación se reveló en las angustias de París sitiado, en el estallido de la Commune. Se unió á la rebelión con tan fervoroso entusiasmo, que en breves días se encontró entre sus dirigentes, y con ellos fué aprisionada y deportada á Nueva Caledonia. En la lejana isla del Pacífico, sujeta al rigor del régimen penal, se definió y concretó su ideal revolucionario y se reveló su arte de prosista y de poetisa y, además, su vocación de Hermana de la Caridad. Escribió allí sus libros *La miseria* y *Las despreciadas*, cuyos originales trajo á Francia cuando la amnistía de 1880 le devolvió la libertad. Pudo vivir bien de su pluma. Los editores y las Empresas periodísticas le ofrecieron colaboraciones bien remuneradas, y muchas veces escribió en los periódicos y compuso los libros *La hija del pueblo*, *Leyendas y cantos de guerra canacos*, que había recogido del folklore en Caledonia; *Los microbios humanos*, *Los crímenes de la época*, y otros; pero la fiebre de la propa-

ganda anarquista la atraía y sugestionaba, y en los viajes que realizaba y en las donaciones que hacía á los núcleos de camaradas consumía cuanto ganaba.

Fué entonces cuando los camaradas comenzaron á llamarle la *Virgen roja*; pero entonces también comenzó la Policía á considerarla peligrosa inductora de todos los atentados, de todas las conmociones populares y todas las alteraciones del orden callejero. Y así, cada vez que se entonaba el himno de *La Internacional* en las

calles de París, Luisa Michel era detenida y llevada á la prisión de San Lázaro. Y allí, como había hecho en la penitenciaría caledoniana, era amparo y consuelo de las demás presas, enfermera ejemplar, bondadosa alegradora de la prisión. Cada vez que partía liberada, las religiosas la acompañaban hasta la puerta. Una vez que fué á recogerla *Séverine*, aquella otra escritora toda corazón también, las monjitas le dijeron: «Sin religión, tiene tanta vocación como todas nosotras.»

Tuvo también su bautismo de sangre. Un día peroraba en un mitin, en el Havre, y un fanático, un loco que la escuchaba disparó contra ella dos veces su revólver. Una bala la alcanzó en la cabeza, y fué conducida á un hospital de París, donde no se separaron de ella durante muchos días dos amigos leales que la conocieron defendiendo heroicamente una barricada en los días de la Commune. Eran Rochefort, el periodista, que estuvo desterrado con ella en la Nueva Caledonia, y Clemenceau.

Cuando vivía en París, en una pequeñísima habitación de Montmartre, Clemenceau la visitaba con frecuencia y gustaba discutir con ella. Un día la encontró sirviendo de comer á un misero, á quien casualmente conocía Clemenceau. Cuando se marchó, Luisa Michel, que había advertido la contrariedad de su amigo, le dijo: «Sé que he hecho mal recibiendo aquí á ese hombre; sé que es un ladrón profesional; pero ¿qué hubierais hecho vos? Llamó á mi puerta diciendo que tenía hambre, y le he dado mi comida...» Y así llegó hasta la vejez y hasta la muerte. Los camaradas la saqueaban materialmente, invirtiendo cuanto ganaba en el servicio de la causa y en remediar las miserias que podía. Para que ella misma no pereciera de hambre en aquella fiebre de apostolado, Rochefort le pagaba, en sus postreros años, la habitación en

que vivía y un abono en un comedor de su barrio. Pronunciando un discurso al aire libre, en Tolón, contra una congestión pulmonar. Llegó á curar en un hospital, y, á poco, enferma nuevamente, tuvo que acogerse á otro hospital de Marsella, donde rindióse, al cabo, á la muerte su recio organismo.

Los psiquiatras consideran esta vida como un caso de locura, de alucinación. Hay para ellos una deformación orgánica, un morbo misterioso que conturba inteligencias tan claras, corazones tan abnegados como los que mostrara Luisa Michel en su ordenado y apacible vivir hasta los cuarenta años, y luego, en su alborotada contienda, afrontando los riesgos de la revolución, los motines y los mitines, padeciendo el rigor de la deportación, las cárceles y los hospitales... Mudado el ideal, este temple mismo, esta exaltación de fe, este gustoso sacrificar la vida son la misma sublimidad en todas las heroínas y en todas las mártires. Tenían razón las buenas monjitas de San Lázaro, que la proclamaban hermana en vocación. Y ahora, el caso se repite con la dulce poetisa india Sarogini Naidu. La llamaban el *Ruiseñor de la India*. Una conmoción popular la arrancó de su hogar, como le aconteciera á Luisa Michel, y la ha lanzado á la desesperada contienda que mantienen sus hermanos de raza contra el Poder constituido... ¡Qué menos que evocar estas vidas, y ofrendarles unas flores retóricas, podemos hacer los hombres que no tenemos el valor y la abnegación de amar un ideal hasta el buscamiento del riesgo, hasta el logramiento del dolor y hasta el rendimiento de la muerte!

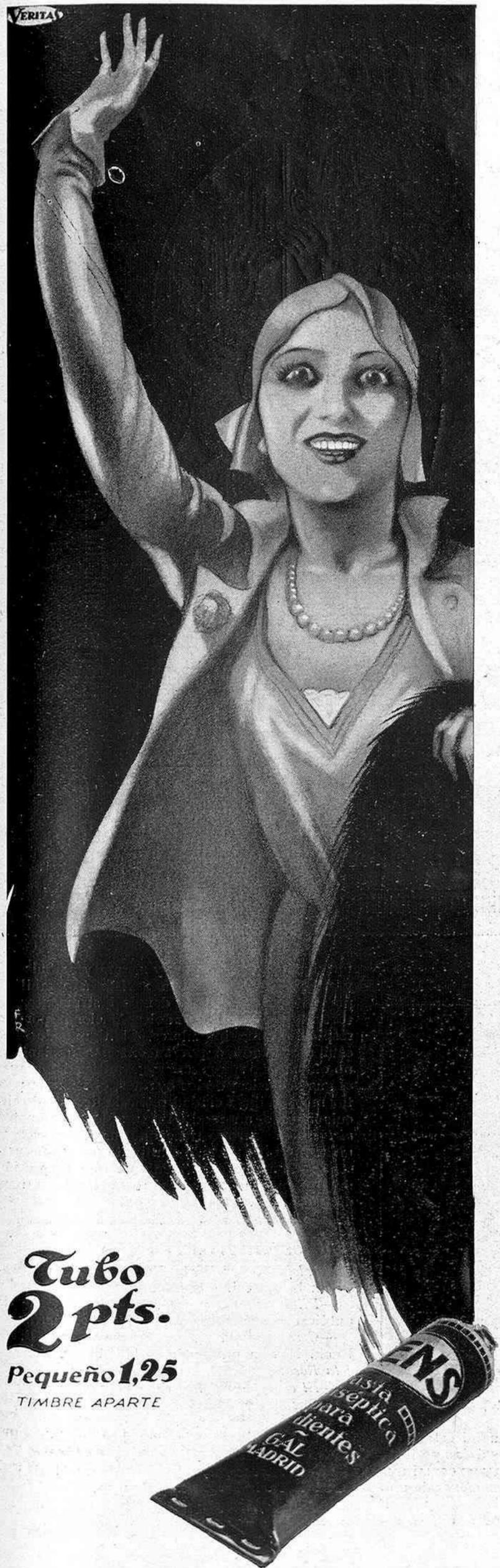


SAROGINI NAIDU
Poetisa india

MINIMO ESPAÑOL

VERITA

PERFUMERÍA
GAL
 MADRID
 BUENOS-AIRES
 LONDON
 NEWYORK



Tubo
2 pts.

Pequeño 1,25
 TIMBRE APARTE

DIENTES BLANCOS Y SANOS

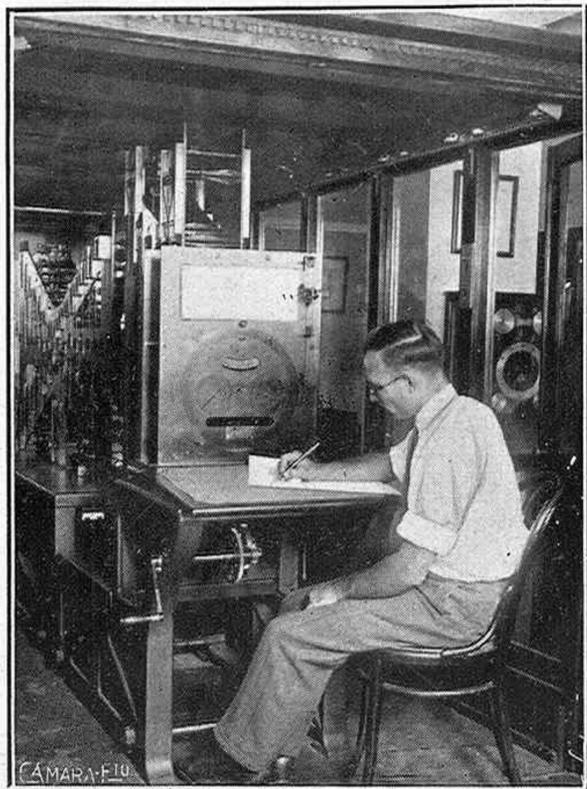
La dentadura donde pone Dens a diario la suavidad de su pasta, encanta por la blancura inmaculada del esmalte.

Boca sana, dientes blancos, aliento perfumado... Cuanto verdaderamente puede exigirse de un dentífrico, lo hace Dens. Enérgico y suave, inofensivo y eficaz.

Vea Ud. en otros anuncios que publicamos, las instrucciones para obtener un magnífico collar de perlas de Manacor, que regalamos, sólo durante este año, a los consumidores de Pasta Dens, y conserve las cajitas que contienen los tubos.

PASTA
DENS

El «Robot» calculista
:: :: de mareas :: ::



Diríase á primera vista que el formidable aparato mostrado por la fotografía es una de esas grandes cámaras empleadas en los talleres de fotograbado. Nada más distante, sin embargo, de la realidad. Nos hallamos ante una de las máquinas más sorprendentes que haya podido crear el ingenio humano. Es, en una palabra, el *Robot* calculador, complicado artificio creado por el ingeniero norteamericano Mr. Cornelio D. Angel, director del Servicio Geodésico y de costas en Wáshington, y con el cual se establece con dos años de anticipación los movimientos de las mareas en todo el mundo. Basta manipular unas simples palanquitas para que el maravilloso cerebro de acero realice casi instantáneamente el trabajo que antes ocupaba á setenta y cinco matemáticos en dicho departamento.

La revista de músicos callejeros



Esta inspección de músicos ambulantes, única en el mundo, por desgracia, se verifica anualmente en la ciudad norteamericana de Boston, una de las más filarmónicas de los Estados Unidos, á juzgar por el número crecido de organilleros, flautistas, violinistas, banjistas y acordeonistas que pululan á todas horas por calles, plazas y plazuelas, mostrando sus habi-

lidades, á cambio, naturalmente, de unos modestos centavos.

Cuidadoso el Municipio de que el estado del instrumental callejero responda á las posibilidades técnicas de los ejecutantes y no constituya un suplicio para el oído de los *amateurs* de música barata, un funcionario, titulado «City Musical Inspector», reúne cierto día del año, en de-

••y me hice



el firme propósito de evitar, en lo sucesivo, las dificultades que como aquélla, pudieran presentármese. La mala jugarreta que el Destino me jugó aquel día nefasto, quedó resuelta mejor de lo que yo esperaba. Y ahora con tener siempre en casa un tubo de *Cafiaspirina* portador de esas milagrosas tabletas destinadas a beneficiar la humanidad, estoy libre de inquietudes y no puedo más que exclamar: ¡Gracias, divinas tabletas de *Cafiaspirina*!

Así opina uno entre tantos otros. Convéznase Vd. mismo con una prueba puesto que la

CAFIASPIRINA

además de poseer el efecto estimulante de la Cafeína, despeja el cerebro, trae el bienestar y no afecta al corazón ni a los riñones.

terminado lugar, á la grey sonora y ambulante, y va pasando cuidadosa revista á organillos, pianos de manubrio y demás instrumentos de tortura pública, haciéndoles funcionar por sus respectivos manipuladores. Si alguno de ellos está desafinado ó por su extrema ancianidad no ofrece sino muy escasas garantías de halagar el gusto musical de los oyentes, el señor inspector musical de la ciudad retira la licencia de circulación de un modo inexorable, y el pobre virtuoso del arroyo tiene que marcharse con la música á otra parte. La adjunta fotografía presenta el curioso espectáculo de esta inspección musical que tantos malos ratos evita á los filarmónicos habitantes de Boston.

Libros nuevos

—*El alojado*, por Berta Ruck. Novela publicada en la colección *La Novela Rosa*.

—*Pilar Guerra*, por G. Díaz-Caneja. Novela publicada en la colección *La Novela Amarilla*.

—*Covazones que no se encuentran*, por Berta Ruck. Novela publicada en la colección *La Novela Rosa*.

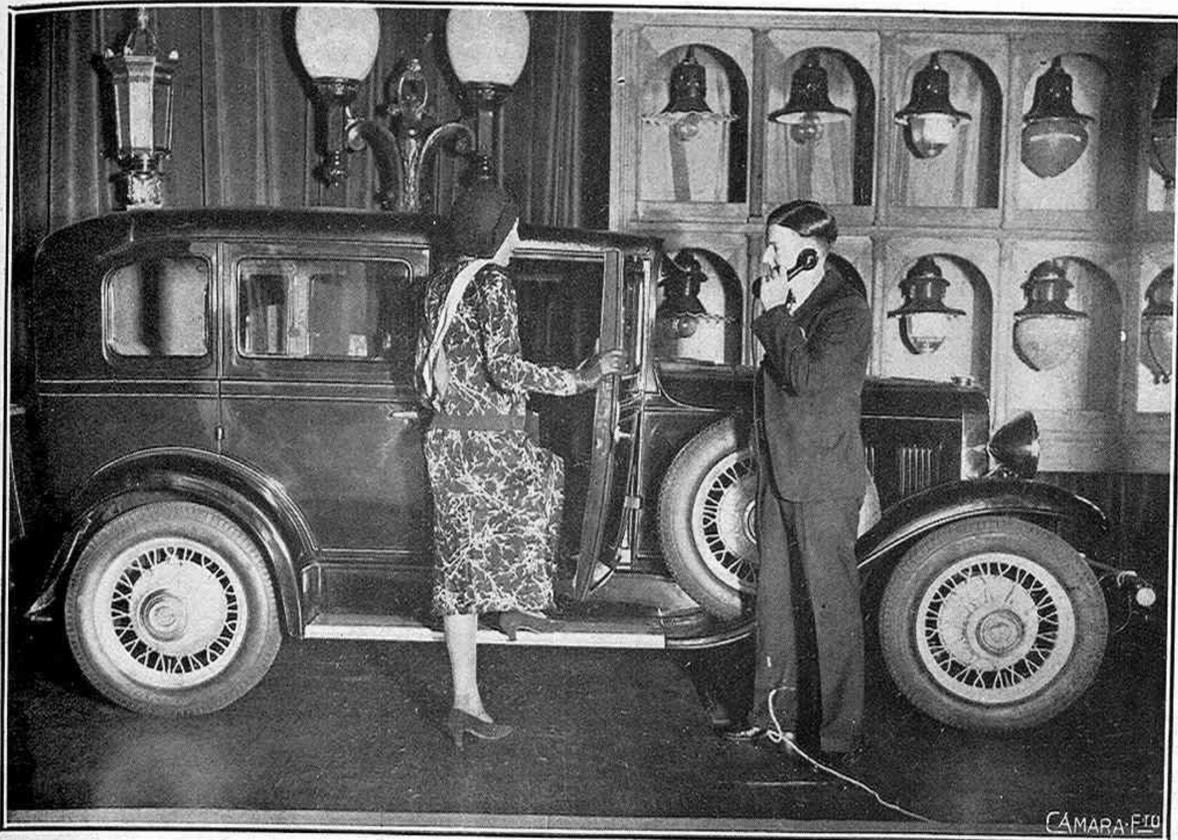
—*El concepto católico de la vida según el cardenal Mercier*, por Juan Zaragüeta. Editorial Espasa-Calpe. Madrid, 1930.

—*La envidia*, novela, por Enrique Pérez Escrich. Editorial Pérez-Escrich. Madrid, 1930.

—*Figuras excepcionales*, por Alvaro Alcalá Galiano. Renacimiento. Madrid, 1930.

—*Política, figuras, paisajes*, por Luis Jiménez de Asúa. Mundo Latino. Madrid, 1930.

El automóvil que obedece á la voz



He ahí una nueva maravilla del hada electricidad. Es el auto que obedece dócil á la voz de su conductor.

Basta que éste le diga por teléfono: *anda, párate ó retrocede*, y seguidamente vese al artillero arrancar, detenerse ó marchar hacia atrás, con la misma seguridad y limpieza que si la maniobra la efectuase un experto conductor. De esta admirable simplificación mecánica del automóvil es autor el ingeniero norteamericano Wensley, quien se ha valido para su hallazgo del sorprendente invento de Flower, llamado el *ojo eléctrico*. Como ya dijimos en otra ocasión al ocuparnos de esta maravilla, basada en las propiedades del metaloide llamado *selenio*, de tanta aplicación en la telegrafía inalámbrica, el *ojo eléctrico* ha venido á substituir el trabajo manual mecanográfico por un aparato con la forma del órgano visual, perfectamente dispuesto para la refracción ó lectura, y la reproducción simultánea, por medio de un ingenioso funcionalismo, de los escritos que se colocan delante de su objetivo. En el invento de Flower, una célula de selenio, situada en la parte posterior, es la encargada de operar el milagro mecánico. El impulso dado por el ruido de la voz es transmitido en ondas, que recoge el

ojo eléctrico, y éste, á su vez, actúa sobre el mecanismo de la dirección. El «conductor automático» ha sido ensayado con éxito en la *National Auto Show*, celebrado recientemente en Nueva York.

PELUQUERÍA RAMOS DE SEÑORAS



ARTISTICOS POSTIZOS PARA SENORA Y BISOÑES DE CABALLERO
TINTES, PERFUMERIA, ADORNOS
MANICURA-MASAGISTA

CASA PERFECCIONADA EN
Ondulación Marcel y Permanente

Huertas, 7 dupl.º—Teléfono 10667

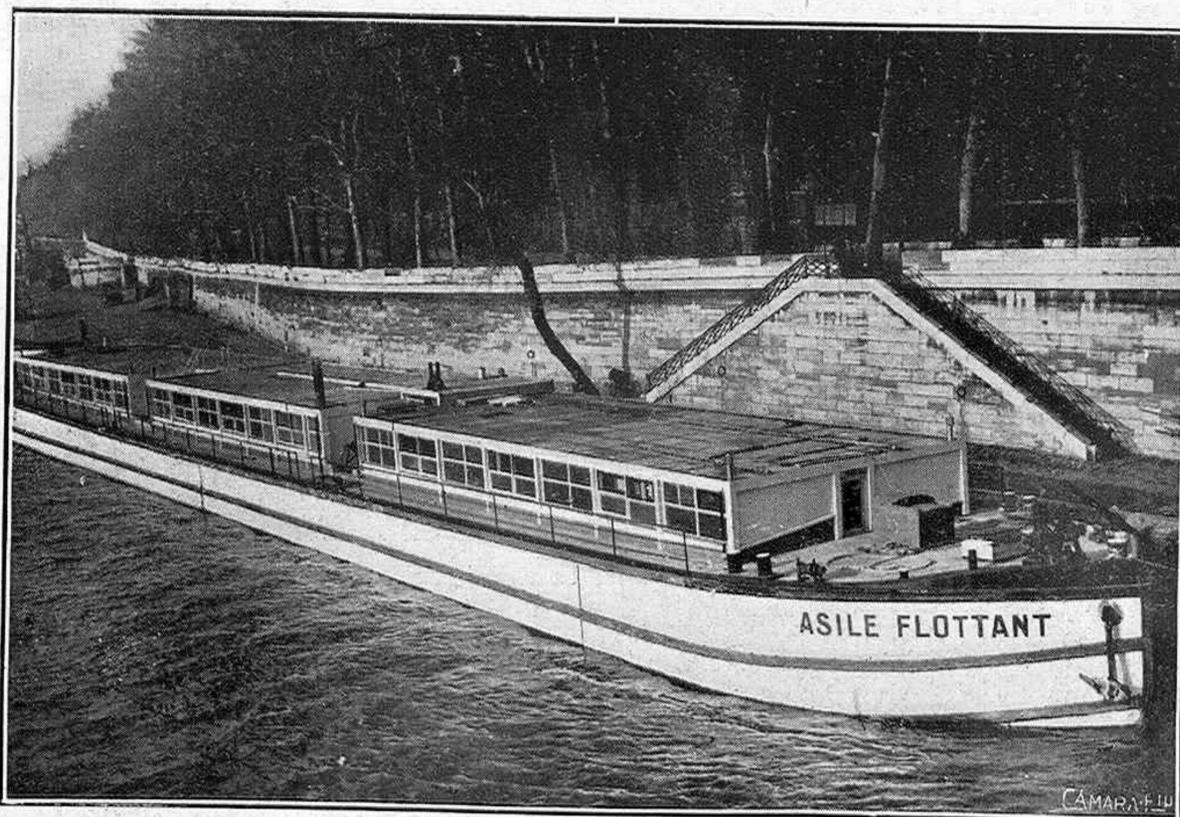
SUCURSALES:

Plaza del Rey, 5. Duque de la Victoria, 4

Teléfono 10839 Teléfono 512

MADRID VALLADOLID

El asilo flotante del Sena



Libros nuevos

- Tomás G. Masaryk, por Vlastimil Kybal. Colección *El Libro del Pueblo*. CIAP. Madrid, 1930.
- El Gran Capitán*, por Juan de Castro. Colección *El Libro del Pueblo*. CIAP. Madrid, 1930.
- Episodios rabelesianos*, por E. Barriobero y Herrán. Mundo Latino. Madrid, 1930.
- Las Eneadas*, por Plotino; cuatro tomos. Nueva Biblioteca Filosófica. Madrid, 1930.

ESTREÑIMIENTO

CURACIÓN COMPLETA CON LOS

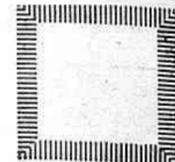


DOSIS: 1 ó 2 gramos al cenar.
SE EXPENDEN EN FRASCOS DE 25 y 50 gramos
en las FARMACIAS, DROGUERIAS y CENTROS

El espectáculo de los *clochards* (desvalidos), que al llegar la noche, durante el riguroso invierno de París, buscaban cobijo bajo los puentes del Sena, era uno de los más dolorosos que podían presenciarse en la *Ciudad Luz*. A hacerlo desaparecer tienden los *Asilos flotantes* creados por la Beneficencia pública, y que empezaron á funcionar el 31 de Diciembre del año pasado. Nuestra fotografía muestra el primero de estos refugios nocturnos, anclado junto á uno de los muelles. En ellos se facilita á los menesterosos cena y cama gratuitos, en forma análoga á la que en Madrid proporciona la Hermandad del Refugio, continuadora de la piadosa obra de la

Ronda de Pan y Huevo. Los *asilos flotantes*, que desde el obscurecer recorren el curso del Sena en toda la extensión de París recogiendo *clochards*, pueden albergar hasta 200 desvalidos en cada barca. En algunos días del año se les distribuye, además de raciones de sopa y verduras, ropa interior y vestido.

BARCELONA - MAJESTIC HOTEL
PASEO DE GRACIA. Primer orden.
200 habitaciones. 150 baños. Orquesta.
Precios moderados. El más concurrido.



LA NOVELA POLITICA

publicará en su quinto número,
el sábado siete de Junio,

SEIS AÑOS DE ABSOLUTISMO

Por César González-Ruano. Evocación amenísima de una de las más negras épocas de la historia española. Emoción de las rebeliones liberales contra la tiranía de Fernando VII. Persecuciones y suplicios. Conspiraciones e intrigas. Cómo morían los mártires de la Libertad. Ejemplos trágicos de la crueldad fernandina. Palabras, figuras y hechos de aquellos días de infamia y de crimen.

Coleccione usted

LA NOVELA POLITICA

que ha publicado en sus números anteriores

LA NOCHE DE SAN DANIEL

Relato de los trágicos sucesos estudiantiles que precedieron a la Revolución de Septiembre.

EL COMLOT DE LA NOCHE DE SAN JUAN

Evocación novelesca de aquella famosa conspiración contra la Dictadura.

LA SUBLEVACION DEL CUARTEL DEL CARMEN

Narración veraz y emocionante de aquel sangriento episodio, uno de los más trágicos de nuestra vida contemporánea.

HEROISMO, MARTIRIO Y MUERTE DE «EL EMPECINADO»

La vida heroica y el suplicio infame de esta gran figura de la causa de la Libertad.

TREINTA céntimos
:: ejemplar ::

Pedidos á Prensa Gráfica
Apartado 571 :: Madrid

